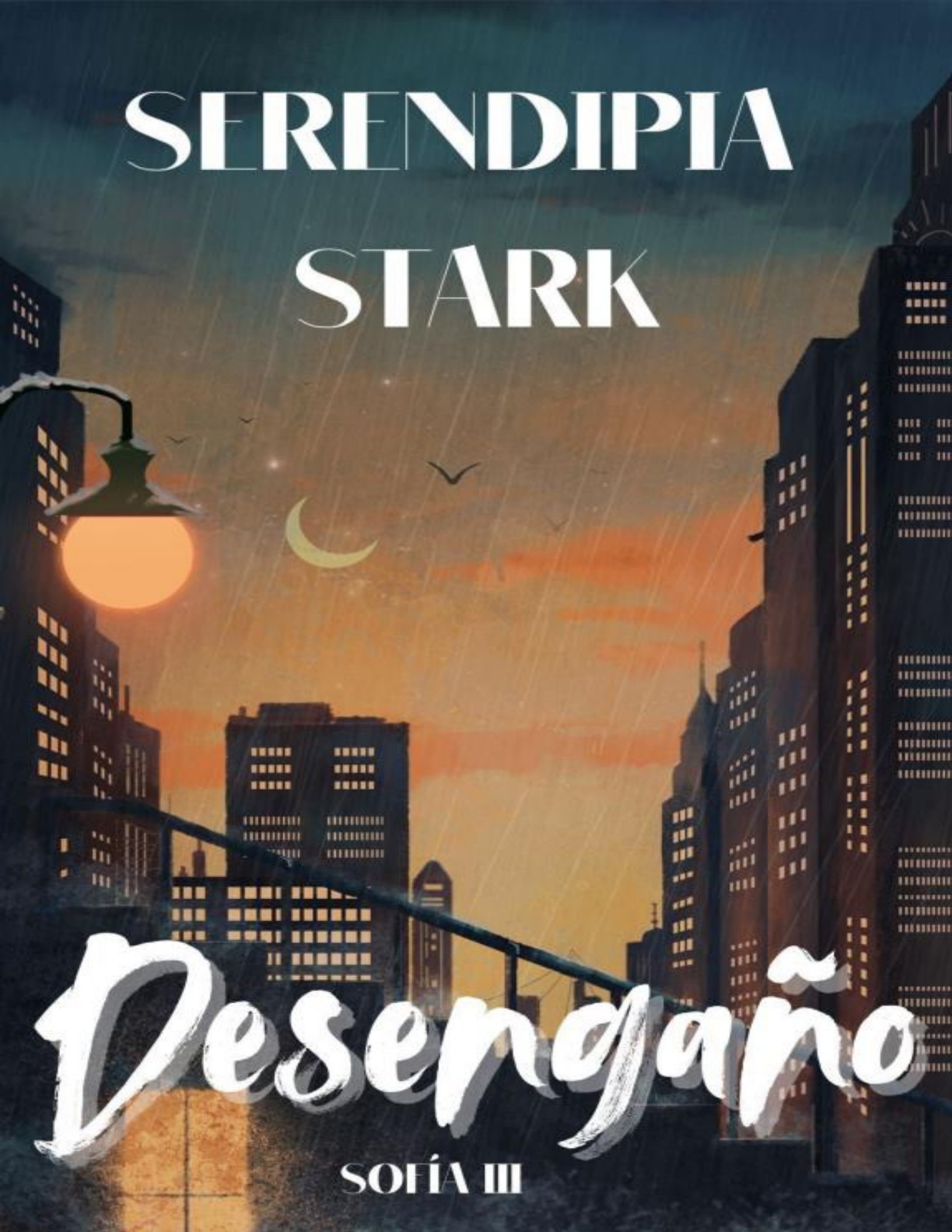




SERENDIPIA STARK

Desengaño

SOFÍA III

DESENGAÑO
Universo Sofía III

Serendipia Stark

La serie «Universo Sofía» se compone de **5 entregas mensuales**, ambientadas en la ciudad de Málaga, en la actualidad.

Si adoras leer historias de amor romántico, celos, pasión, amistades inolvidables, dudas y momentos salvajes, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales:

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

ÍNDICE

[#PorquéMierdaEresTanSexy](#)

[#TeEchéDeMenos](#)

[#VueltaACero](#)

[#PlanesNocturnos](#)

[#AtentadosALaPaz](#)

[#PeroSonóElTimbre](#)

[#LluviaPenosa](#)

[#EnDomingo](#)

[#DisculpaSiTeAmo](#)

[#PiesEnPolvorosa](#)

[#LazosEnvolventes](#)

[#AmigasParaSiempre](#)

[#PreavisoNotFound](#)

[#EmpezarHaceIlusión](#)

[#DetestoALosCríos](#)

[#SoyLaQueSoy](#)

[#EntreElBlancoYElNegroSiempreEstáElRojo](#)

[#¿SobreRuedas?](#)

[#Gatitacallejera](#)

[#AsíComoSuena](#)

[#HablarEnCirculos](#)

[#QuieroQueTeVayas](#)

[#LoQueMeHicisteSentir](#)

[#DejaDePensarEnÉl](#)

[#SiMereceLaPena](#)

[#CumpleañosFeliz](#)

[#SiQuisiera](#)

[#ImpulsosLocosOtraVez](#)

[#CuestiónDeOpiniones](#)

[#EntreLaEspadaYLaPared](#)

[#EllaNoSeMarcha](#)

[#SituacionesRealmenteEstúpidas](#)

[#OrgulloMaltrecho](#)

[#CapitánCaosAlMando](#)

[#TresSemanas](#)

[#SinDemasiadaBrújula](#)

[#DasMiedo](#)

[#EncuentrosFatales](#)

[#LaGranEquivocación](#)

#PorquéMierdaEresTanSexy

El ambiente del Dojo donde Alex Conde entrena Taekwondo está cargado de sudor y testosterona, la onda sísmica me alcanza nada más asomar por la puerta. Ahí abajo se oyen gritos y golpes, se muelen a palos y encima lo llaman ejercicio, ya les vale.

Salgo a unas gradas tapizadas de azul, en un espacio polivalente donde se desarrollan partidos y campeonatos de modalidades deportivas varias. Bajo un par de escalones con cuidado de no caerme rodando, y como prefiero no arriesgarme a hacer mi entrada triunfal rodando como una croqueta, me quito los tacones y salvo la distancia en rampa, grácil como una bailarina. Escojo un asiento en primera fila y vuelvo a calzarme.

La verdad es que la grada está prácticamente vacía, no creo que nadie se entretenga en asistir a estas prácticas brutales, donde tíos como castillos se zurren a patada limpia en todo el costillar.

Enseguida detecto a Alex, imposible no hacerlo, resalta como un diamante limpio sobre una sábana de satén negra. Lleva un kimono blanco ribeteado de oscuro y ensaya un surtido de patadas y vistosos puñetazos contra un chaval, que a su lado parece bajito y enclenque. El contrario se protege la cara con un casco rojo, y el costado y la tripa con una especie de peto acolchado del mismo color. Alex no, Alex pelea a pelo, concentrado y exhibiendo, aún sin querer, esa perfecta anatomía de dios griego que la naturaleza y sus padres le han concedido.

Los taekwandokas se enfrentan en parejas con una sincronización casi musical. El profesor marca el ritmo con órdenes secas que pretenden ser pautas de golpeo, y Alex encadena un soberbio puñetazo en pleno estómago a su oponente y una patada muy por encima de su cabeza cubierta, con la pierna estirada. Comprobar su enorme flexibilidad, su técnica depurada y sus largas extremidades, me arrastra a un torbellino de pensamientos impuros que tienen que ver con su polla en mi boca, su cadera bombeando dentro de la mía y sus labios devorándome sin piedad.

Es imposible resistirse a alguien como él. Si alguien tiene la receta... ¿me la pasa?

Terminan con un ritual de saludos orientales que me excita. Verlo bañado en sudor, sometido a la férrea disciplina coreana, genera en mí un efecto muy parecido al de una película porno. De repente, ya solo pienso en arrancarle la ropa con los dientes, si llega a ponérsela. Oculto mis inconfesables pensamientos tras una sonrisa inocente, y agito una mano en el aire aprovechando que sus ojos se desvían hacia la zona de público, buscando algo que sí parecen encontrar.

La emoción que aflora a su rostro me lo dice todo, está encantado de verme allí.

Atraviesa el tatami con paso seguro y se detiene frente a la valla protectora, con la única intención de taladrarme con su mirada.

—Si no lo veo, no lo creo —esboza su particular sonrisa, esa que trata de establecer distancias sin conseguirlo—. ¿Y esta sorpresa?

Dios, me comen las ganas de agarrarlo por las solapas del kimono, adosármelo a la boca y zampármelo enterito.

—Si Mahoma no va a la montaña... —bromeo—. No tenía a nadie majo con quien tapear esta noche.

—Has venido hasta aquí... —advierte complacido.

—Sin importarme que diluvie. Y solo para enmendar mis culpas previas.

En cuanto digo eso, la expresión de su hermosa cara experimenta un cambio visible. Me recorre entera con evidente deseo.

—Te mereces el peor de los castigos por los dos días de indiferencia —acusa con tono ronco, cargado de sexo. Jadeo sin poderlo remediar.

—Ostras, los has contado —me burlo.

Alex contempla sin pudor mi escote, el movimiento acelerado de mi pecho que sube y baja con las calenturas. Se relame los labios y mis ojos persiguen por completo hipnotizados, el ir y venir de su lengua. Se inclina sobre mí.

—Te follaría aquí mismo tumbada en el suelo —me susurra.

—Hazlo —lo reto.

Vuelve a alejarse. Lo mínimo imprescindible.

—¿Y que todos estos golfos miren lo que es solo mío? Ni hablar. Me ducho y salgo. Cinco minutos.

—Cuatro.

—Que sean tres y medio. —Me guiña un ojo.

Lo veo alejarse mesándose el cabello húmedo con los dedos, y una punzada directa en el clítoris que se propaga vagina adentro como una onda eléctrica, me recuerda que la sesión nocturna con Pato Donald no fue, ni mucho menos, suficiente.

¡Oh, *Dio Mío!*

Así, en italiano, como suena. Solo puedo decir eso.

Gemir a gritos, jadear en llamas y querer más. Alex me vuelve salvaje, impetuosa y egoísta como jamás he sido en la cama. Descubro facetas de mi personalidad ocultas bajo capas de recato, vergüenza o simple falta de curiosidad. Con él me atrevo a explorar los más oscuros recovecos de mi pasión dormida. Es como renacer... pero sin el cómo.

Hemos conducido como dementes por la calle hasta llegar a su casa. Apretados a lomos de su moto. Planeando que cuando yo recoja a Martita, haremos carrerillas y nos retaremos a la salida de los semáforos como dos macarras de barrio, soltando carcajadas sin demasiada justificación, exultantes y locos por llegar para desnudarnos y entregarnos al placer más íntimo y terrenal. Me besa acorralada contra la puerta de entrada de su casa. Es un beso exigente y bravío, como los que Tarzán regalaría a su Jane bajo la luna llena de la selva.

Su enorme mano inmoviliza mi nuca y me retiene a su merced, mientras con su lengua separa mis labios a la fuerza y me explora. Me muerde las comisuras, el arco de cupido, luego todo el contorno, entre tirano y juguetón. Con la otra mano se libra del incordio de mi vestido, lo reduce a la cadera y tantea buscando carne entre las medias, el aro de encaje de las ligas y el

culotte. Lo oigo suspirar a ras de mi cuello.

—Joder, Sofía, llevas ligas...

Sí, llevo ligas, van pegadas a las medias, y me desembarazo de ellas en cuanto quieras.

Me restriego mimosa contra su duro pecho. El tiempo que ahorro al no responder, lo invierto en desabrochar su camisa negra de finas rayas grises, casi invisibles. Me encanta cómo viste. Y sin ropa me encanta mucho más. Sus pectorales esculpidos, su abdomen marcado, sus oblicuos, todo aparece ante mis ojos cuando abro la prenda y la empujo hacia atrás rozando sus poderosos hombros. Reparto toda una colección de mordisquitos libidinosos, lamo sus pezones y hasta me permito chuparlos.

Noto que la cremallera de mi vestido desciende a vertiginosa velocidad y pronto, la tela no es más que un gurrúño en el suelo, a mis pies. Alex me toma de la cintura, me eleva unos centímetros y me saca del círculo que forma el traje.

Soy tan suya en este momento, que no soy de nadie más, ni siquiera mía. Estiro el cuello y lo expongo bien a la vista, para que me bese. Estoy a punto de perder el conocimiento.

Un resorte secreto activa el hilo musical y la voz áspera y personal de Leonard Cohen resuena por todas partes. Alex me arrastra por el pasillo hacia el dormitorio, ya conozco el perturbador camino, los aromas de su cuarto de baño y sus sábanas. Caemos enredados sobre la cama, aunque Alex ya se las ha arreglado para robarme el sujetador y quitarse los pantalones.

—Quédate solo con las medias —murmura pegado a mi boca—. Las ligas y los tacones.

Sonrío bajo su asedio.

Las caricias húmedas que tanto echaron de menos mis pechos anoche, ahora campan a sus anchas en abundancia. Mis pezones duros y casi doloridos lo señalan con osadía y Alex los muerde, los tortura dulcemente para luego calmar su ardor con los labios y la lengua. Estoy tan caliente que podría impulsar yo sola los motores del Queen Mary.

#TeEchéDeMenos

—Di que me has echado de menos —impone, mientras cuele ambas manos por los laterales de mi ropa interior de encaje.

Y el *culotte* resbala muslos abajo. Notar su peso directamente contra mi pubis dispara mi excitación a lo impensable.

—Dilo tú.

—Fuiste la que me plantó.

—Estaba justificado.

—Eres odiosa. —Desaparece de repente su contacto junto a mi cara, su pecho apoyado en el mío y su boca reptando hasta mi sexo. No necesito nada de eso, los preliminares no harán sino adelantar el incendio por combustión espontánea—. Y estás empapada, como siempre.

—Fóllame ya, no te entretengas —le pido con un hilo de voz que se quiebra al primer contacto de sus labios con mi clítoris hinchado.

Me mordisquea y juega. Me está castigando.

Pero al igual que yo, es incapaz de disimular su impaciencia. Me desea con cada fibra de su ser y disponemos de tiempo suficiente para repetir. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, debe de pensar cuando se coloca el condón y me penetra hasta el fondo, casi con rabia. Me posee con una fiereza animal que muestra su sufrimiento.

Lo que sus labios callan me lo grita su cuerpo. Estos dos días sin tocarme han sido un infierno, me culpa por ello y a su manera, se venga. Me complace saber que le importo tanto, tan pronto. Es delicioso el precio que debo pagar por ello, lo haría encantada una y mil veces. Tras un millón de besos ardientes y una danza enloquecida de caderas, nuestros sexos se han frotado lo suficiente como para explotar. Lo inevitable ocurre, entre el arrebato y la absoluta locura.

El orgasmo se desata como una tormenta en alta mar, yo primero, él después, y yo una segunda vez, persiguiéndolo al galope.

Intensidad a la máxima potencia. El delirio más absoluto.

Quedamos derrotados, muertos de fatiga, pero aún envueltos uno contra otra. Los habilidosos dedos de Alex enredan mis mechones y forman bucles. De cuando en cuando, deposita un suave beso en mi sien que me recuerda que está ahí, que piensa estarlo por mucho tiempo.

Me adormezco, me dejo seducir por el río de fascinantes baladas que continúan sonando, enamorándome. Esto es la leche, por mucho que Alex lo tome a chufleta diciendo que sus canciones son «el depresivo no tóxico más poderoso del mundo», tengo que incluir a Leonard Cohen en mi lista de favoritos.

Nadie puede discutirme el viernes cuando llego al despacho. Rebose energía, me paso por el forro de la falda los chaparrones de ayer, el sol luce radiante, la vida es bella. Mis ojos brillando y mis mejillas sonrosadas llaman la atención hasta por la calle. Me cuesta controlar el bailoteo de mis pies dentro de las bailarinas. Estoy contenta, vaya. Anoche me marché de casa de Alex, arañando la madrugada. Hicimos el amor como posesos, comimos y bebimos sin bajarnos de la cama, y la despedida se alargó lo indecible.

El trabajo me cunde que da miedo. Concierto tres citas para el lunes, con pacientes privados que inician terapia. Otro pequeño desafío que Sofía Echegaray está más que dispuesta a vencer. El miedo ha desaparecido, llevo brío y dinamismo inyectados en vena. Y me veo más guapa que nunca.

Para colmar mi felicidad, un mensaje de buenos días pita en mi móvil. Lo reviso casi a escondidas, para no compartirlo con nadie ni tener que dar explicaciones dolorosas a las compañeras solteras, o con goteras en su nido de amor.

«Todavía te huelo. Maravillosa Sofía, ojos de plata»

¡Levitooooooooo!

Pero a medida que el día pasa, se suceden las horas y no vuelvo a recibir noticias de mi chico, el estómago se me encoge. Peco de ansiosa, lo sé, está trabajando, mil problemas ocupan su mente, no solo yo, el placer, lo entiendo...

No. No lo entiendo. Yo tengo que atarme los dedos para no escribirle cada cuarto de hora. Me reprimo porque no quiero asustarlo, podría pensar que soy una paranoica maniaca al estilo Camila. Y es entonces cuando mi cerebro se plantea, si no es culpa de Alex y de su insoportable perfección, el que las mujeres pierdan el norte. ¿Sería la francesita una tipa normal, sensata y coordinada antes de enamorarse de él como una perra en celo?

La ecuación es sencilla: si te pirras por un hombre del montón, hay muchas menos probabilidades de que las arpías formen cola para birlártelo a la primera de cambio. Si tu medio pomelo es feo con avaricia, la cosa mejora mucho, ya casi puedes apostar a que será para ti solita hasta que te canses. Pero si has osado poner tus desgraciados ojos en un bombón de licor tan apetitoso, escaso y selecto como Alex Conde... Tendrás que apechugar con las consecuencias: te van a odiar nada más verte andar por la calle, te pondrán velas negras y formarán cooperativas para dedicarte vudú en grupo.

Así de majas somos las mujeres unas con otras, no nos engañemos.

¿Quién no codiciaría embutirse entre sábanas con semejante espécimen? Habría que ser gilipuertas perdida, cegata o vegana, para no dejarse impresionar. Este tipo de relaciones provocan mucho estrés. Siempre pendiente de no perderlo, de que otra mejor no te robe su atención. Por no mencionar lo que supone trabajarse su «amor».

Recojo aire a lo bestia y con los pulmones a tope, me estiro en la silla. A mayor esfuerzo, mayor recompensa, soy una luchadora que se crece con los retos. Acabo de decidir que voy a relajarme, a permitir, sin volverme tarumba, que Alex marque el ritmo principal de lo nuestro. Me dejaré llevar. No hay nada malo en ello.

Silvia no está de mejor humor que estos días atrás, cabizbaja, sombría y poco habladora. Ha perdido el brillo que la caracteriza y entiendo el porqué, cuando tomando café me informa de que André se marcha a Nueva York la semana próxima.

—De repente su viaje ya no es más una amenaza, es una realidad —gime.

La comprendo. Hasta a mí me duele su repentina soledad. Le tomo la mano y se la aprieto con todo el afecto disponible. Ella no parece inmutarse.

—Cariño, tómallo lo mejor que puedas. Usa y abusa de Skype, manteneos en contacto,

interésate por la evolución de su trabajo...

Me interrumpe con una brusquedad que me deja fuera de juego. Hasta aparta la mano de un tirón.

—Estarás de broma. Que se interese él, que para algo me deja tirada como una puta colilla.

—Me refería a que se mantengan vivos los lazos —le explico algo dolida.

—¡Lo odio! Oh, Dios, cómo lo odio en estos momentos.

—Volvamos a la oficina —resuelvo poniéndome en pie y abonando la cuenta al camarero.

Tengo el convencimiento de que hoy Silvia no es capaz de ver más allá de sus narices y que tomará todo lo que oiga encaminado a consolarla, como una agresión o un insulto. Vale. Pues no estoy en modo «*samaritana on*» tampoco.

Subimos en el precioso ascensor casi sin hablarnos. Oigo rechinar sus dientes, es muy desagradable. Y lo peor, nada en mi mano puede mejorar esta situación. Espero poder desocupar mi escritorio un par de horas después de la comida, para salir zumbando al gimnasio, cumplir con mi última clase de la semana y reencontrarme con el placer ilimitado de los labios de Alex.

Y lo que no son sus labios.

VueltaACero

Alex

Tengo calculado el índice de resistencia máxima de Camila, después de cada una de sus explosiones: día y medio. No falla.

Transcurrido ese breve lapso de tiempo, por monumental que haya sido la bronca, mi ahora exnovia simula olvidarlo todo, perdonar lo imperdonable y me busca y se dirige a mí, como si la última vez que nos vimos no hubieran rodado cabezas.

Es su estilo desquiciante y macabro. Lo era hasta ahora.

No voy a facilitarle el camino, no volverá a posar sus manos nerviosas sobre mi destino. Me he librado de ella y de lo que implica. De su oscuridad. Sofía simboliza la luz más radiante y el contraste alimenta mis días. Cuando he escrito esta mañana, el teclado generó por sí solo un mensaje que, en condiciones normales, me habría parecido cursi.

El Alex que todos conocen, jamás de los jamases se atrevería a dedicarle a una chica una frase así, y menos, dejando constancia de ello.

¡Jesús!

Pero es que me puede la euforia, tengo la sensación de que ayer robé una bocanada de su fragancia y aún la tengo guardada cerca del pecho, allí donde la temperatura late y le permite expandirse. Me llena entero, como el foco de magia luminosa que dicen los zen que te invade cuando meditas. No sé con qué compararlo, en la vida he meditado, no tengo paciencia para algo así. Si se le parece, debe de ser maravilloso. Ella es maravillosa. Cuando me permite tocarla, cuando se agita bajo mi peso tras hacerle el amor, cuando se queda mirándome con esos sorprendentes ojos de plata que me apabullan.

Me repantingo en mi sillón de respaldo alto, con una sonrisa bobalicona instalada en el rostro, regodeándome en los detalles de la tórrida noche compartida. Debo de parecer un imbécil integral, pero no pasa nada, nadie me ve, estoy solo encerrado en mi despacho, dedicándome a hacer nada. Pierdo lastimosamente el tiempo y fantaseo bobadas. Todas relacionadas con Sofía.

Esto no lo había experimentado nunca antes, ni siquiera recuerdo algo similar siendo adolescente, en esa edad a la que no sientes tú, sienten las hormonas. Cuando dicen que te enamoras del amor.

¿Enamorado... yo?

¿Es posible que una chica me haya cambiado tanto en un abrir y cerrar de ojos? ¿Es posible que se hayan cumplido los vaticinios de mi madre, esos solemnes «cuando llegue la tuya, verás, te va a quitar de un sopapo todas las tonterías»?

Parpadeo inquieto. No estar del todo seguro de querer que esto pase me acelera el pulso. Una cosa es que una mujer te mole y otra muy distinta...

Suena el teléfono de mi mesa por la línea que me comunica con recepción. Descuelgo y hablo (es un decir) con Mariana, mi secretaria, porque sisea misteriosa y se comporta de un modo estrambótico a más no poder.

—Alex, está aquí Camila.

Ahora entiendo. Se me forma un nudo duro y desagradable a la altura de la nuez. Literalmente me aprieta a la hora de respirar.

—Le he dicho que no estás —prosigue en un cuchicheo—, es que la he visto bastante nerviosa.

Doy gracias porque las innumerables escenitas de celos que Camila protagonizó en mi lugar de trabajo, sin importarle un mísero bledo quien la escuchase, hayan servido para algo constructivo. Mariana sabe de quién hablamos y cómo se las gasta.

—Has hecho bien, es más, no imaginas lo acertada que has estado, te lo agradezco en el alma. —Siento comportarme como un puñetero cobarde pero no estoy listo para nuevos enfrentamientos. Me he prometido a mí mismo no volver a verla hasta pasado, al menos, un año. Cuando me borre de su memoria y se haya encaprichado de otro—. ¿Se ha marchado?

—Qué va. Se ha sentado en la sala de espera y ha acaparado revistas como para pasar un mes completo de acampada.

—Joder...

—No te dejes ver —me suplica la recepcionista—. Si descubre que le he mentado es capaz de arrancarme los ojos.

—Me veo recluso en este despacho el día completo —gruño sin poder creer mi jodida mala pata.

—No deja de espiar por el rabillo del ojo.

—Ya supongo. Trata de comportarte con normalidad. Y prepárate para pedirme un *take-away* al *Friday's* de enfrente y pasármelo con disimulo a través de la sala de juntas.

—A ver cómo me las arreglo. Como vea la bolsa de comida, va a sospechar.

—O con otro compañero, por favor, ponlos al corriente a todos. No estoy para nadie. Lo del almuerzo tampoco urge, puedo esperar hasta última hora.

—A ver si se cansa y desaparece... —cuchichea preocupada.

Me arrasa un bochorno insoportable.

—Mariana.

—¿Necesitas algo más?

—Gracias.

—No hay de qué.

Creo que ha sonreído comprensiva y piadosa, aunque no he podido verla. La verdad, mi situación no puede ser más patética.

Así transcurre el viernes al completo. Pasado por el tamiz de la amargura, la vergüenza y la furia mal contenida. Lo que me nace es salir ahí fuera, agarrarla por los pelos y sacarla a tirones de mi estudio y de mi vida. Dejarle meridianamente claro que no tiene derecho a perseguirme. Antes de presentarse aquí por las buenas, me ha ametrallado con mensajes y llamadas que no he respondido, pero Camila no es de las que acepta un no por respuesta. Es invencible al desaliento.

Según me cuenta Mariana en susurros a escondidas, mis compañeros entran y salen y la ven allí, esperando en trincheras como si nada. Todos sin excepción han cruzado miradas significativas con la recepcionista y adivinan que hay tormenta sobrevolando nuestro cielo.

Camila no almuerza. Permanece allí sin beber ni agua. Mariana tampoco se la ofrece, se

niega a ser amable, esperanzada con vencerla por agotamiento y que se esfume.

Lo único que consigue es empujarla a una pequeña crisis nerviosa, que monte en cólera y la acuse a gritos de ampararme, de haberme avisado de que ella estaba en el estudio, por eso yo no he aparecido. No sirven de nada las explicaciones, sus voces se escuchan por encima del hilo musical y yo, que ignoro si en esos momentos hay o no clientes en el despacho, daría lo que no tengo porque me tragase el parqué.

Mis compañeros salen de sus cubículos acristalados y se meten por medio, defienden la profesionalidad de Mariana, tratan de sosegar los ánimos y de poner paz. Camila los increpa a todos y finalmente, rompe a llorar como acostumbra. Por milagro aparece Víctor, la convence para ir a refrescarse y tomar algo, alegando que ni estoy ni estaré en todo el día, que he viajado fuera el fin de semana para visitar unas obras en Sevilla.

—¡Pues ella no me ha dicho nada parecido! —acusa a Mariana entre hipidos— ¡Nada de Sevilla!

—Es información interna y confidencial, Camila, entiéndelo, no se puede ir por ahí contando...

—¡Yo no soy ningún *porahí*! —aúlla completamente fuera de sí— ¡Soy su novia! ¡Tengo derecho a saber dónde se mete!

—Venga, vamos a tomarnos un copazo y me cuentas todo lo que quieras —oigo sugerir a Víctor.

Joder, pobrecillo, le va a poner la cabeza como una olla exprés. Le debo una de las mayores.

Me hundo en mi asiento. Apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza sobre las manos. Algo me dice que este no es el último drama que me tocará sufrir con Camila. A mí y a quienes me rodeen. Al final va a tener razón mi hermana, tengo que tomarme las cosas con calma, no prodigarme demasiado, y menos en compañía. No sacar al león de su madriguera, no provocar su furia, ser paciente. El tiempo juega a mi favor.

Miro el reloj. Coño, son las nueve de la noche y ni siquiera he llamado a Sofía. Tengo náuseas y cero ganas de ver a nadie, me siento un mierda de marca mayor, me he escabullido a mi agujero bien a salvo, mientras los demás me sacaban las castañas del fuego, qué asco me doy.

La puerta se abre de forma inesperada y me sobresalto. Pero no hay motivo, solo es una sonriente Mariana que acude a chequear mi estado.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, oteando por encima la comida que me envió para el almuerzo, casi intacta.

—¿Cómo crees? Esto es... vergonzoso.

—No es culpa tuya. Esa chica debería mirarse lo suyo y comprarse una buena camisa de fuerza del color que más le favorezca.

Creo que ha intentado hacer un chiste, pero no me veo con ánimos de celebrárselo. Tomo la primera decisión del fin de semana: pienso encerrarme en casa, bajo llave, y emborracharme lenta y miserablemente. Cuando me despido de mi secretaria y de la afrenta a mi dignidad que ha supuesto el día de hoy, es lo que pienso.

Pero a eso de la una de la mañana, las ganas de tocar a Sofía, de impregnarme en su piel me pueden. Abandono la cama y la botella a medias, me calzo una camiseta cualquiera sobre el vaquero, añado una cazadora de moto y me lanzo de bar en bar, por el centro, hasta dar con ella.

#PlanesNocturnos

Sofía

Tomo la falta absoluta de noticias por parte de Alex como lo que es: un plantón de los peores.

Volvemos a las andadas, pensé que tras la noche de ayer habíamos limado asperezas y retornábamos a la época rosa, pero no. Está visto que aún quedan dificultades por salvar.

Bien, pues trataré de enfrentarlas con mi mejor sonrisa falsa.

Damos un montón de vueltas tontas por el centro. Arrancamos mojando el gaznate con alcohol medio sano en «*La buena sidra*», y continuamos con unas tapas en menú degustación en «*Los gatos*». Voy vestida de putipiji, como me llama Ximena cuando se mete conmigo, con un vestido de encaje elástico color calabaza que se funde con mi melena miel y que, desde lejos, vende la lujuriosa sensación de que voy desnuda. Me he maquillado los ojos en gris oscuro y pintado mis labios con marrón chocolate. Sí, lo que he visto en el espejo antes de dejar mi apartamento, me agradaba.

Pero la saliva sigo teniéndola amarga por culpa de Alejandro el Grande.

Helen participa de la fiesta, la tenté a acompañarnos y lejos de negarse, se puso a dar saltos mortales. Eso sí, por poco corre la sangre cuando Silvia me pilló invitándola, acodada en el mostrador de recepción.

—¿Tienes plan para esta noche?

—*Umm...* ¿Qué ponen en la tele? —respondió Helen con una mueca resignada.

—¿Te animas a dar una vuelta por el centro? Noche de chicas. Algo de picar, unas copas en peligroso ascenso de graduación alcohólica, algún que otro baile... Igual hasta ligamos.

Antes de rematar mi frase, ya la tenía palmoteando como una niña pequeña. Creo que en el tiempo que la conozco, nunca la había visto tan contenta.

—¡Sí, sí, sí, claro que sí!

—Genial, pues a las nueve y media...

—¿Qué pasa? ¿Conmigo no se cuenta?

La dureza del reproche me hizo dudar de que fuera la dulce Silvia la que me atacaba por la espalda, pero me giré y ahí estaba, vestida íntegramente de negro, con un pantalón pitillo encerado, sandalias de tiras a pesar del tiempo fresco, y un top de gasa fluida color cereza, que era toda una fantasía.

—Pensé que querías aprovechar el tiempo que te queda, retozando con André —me defendí.

Y era cierto, ni siquiera había sopesado la posibilidad de salir juntas esa noche. Imaginé que de venir, vendría con su chico, igual que Ximena. Y yo, que no sabía qué mierda me iba a encontrar, pasaba de ser la tercera en discordia una vez más. De ahí que le propusiera a Helen, para colgarme del brazo otra chica soltera y tener, al menos, alguien con quien compartir pedo y carcajadas.

—Pues precisamente es todo lo contrario —replicó Silvia con retintín—. Al modelito engreído le toca sufrir hoy. Me voy de fiesta, y me voy sin él. No pienso aparecer por casa hasta digamos... las seis y media de la mañana, en lamentable estado de casicoma etílico.

—Tú misma —respondí extrañada.

Desde luego, el cambio experimentado por Silvia desde que André anunció su incorporación a la agencia americana es de tal calibre, que apenas la reconozco. Mejor dejarla ir a su aire, en la dirección que le plazca, porque no parece muy dada a razonar últimamente.

Lo dicho. Ahora me sale con que ha recapacitado y se queda con su churri. Joder, me tiene loca del palomar. Menos mal que sus histerias, por una oreja me entran y por la otra me salen, no por nada, es que bastante tengo con las mías.

Así que aquí estamos, en «*Los gatos*», con una copa de Rioja en la mano, charlando con Helen y con Ximena. Echo angustiosas miradas furtivas al móvil, pero no hay más mensajes que los que envían Miguel y Raúl, preguntando que por dónde andamos. En un rato, Antonio también ha llegado y nos reunimos «casi» todos los de siempre, a festejar que no veremos las mesas de nuestros abominables escritorios hasta el lunes. Antonio rodea con ambas manos la cintura de Ximena y la estrecha con pasión. Se me escapa un suspiro melancólico de entre los labios y se me pone cara de pardilla.

Así soy yo cuando me encoño, y Alex me tiene completamente cogido el pan debajo del brazo.

Me alegra comprobar que la presencia de una chica nueva, tan bonita como Helen, activa las alarmas de los dos solteros de oro (si excluimos a Alex y a Víctor que brillan por su ausencia): ambos se lanzan a una voraz lucha por conquistarla, hacerla reír e invitarla a copas. A mí me gustaría mucho fumar para tener excusa y salir a airearme a la calle, pero como no la tengo, salgo igualmente.

Pa chula, chula, mi pirula.

Estoy negra carbón.

Me acuerdo de toda la parentela de Alex Conde y la bendita noche en que se me ocurrió darle patente de corso para que me destrozase el alma.

La plaza de Uncibay es un hervidero de gente joven y no tan joven, pasándolo bien. Los inviernos malagueños son suaves y complacientes, apenas llueve, no es preciso embutirse en grandes abrigos, con un buen plumas impermeable que haga de barrera a la humedad ambiente es más que suficiente. Si te apetece, debajo puedes incluso, ponerte manga corta. Hay decenas de bares, pintados de llamativos colores, rebosando luz, vocerío y música pop.

Observo el modo en que los chicos se me quedan mirando al pasar. Debo de parecer una paria aquí fuera, al sereno, esperando sabe Dios qué.

#AtentadosALaPaz

Cuando ya me planteo volver al redil y cegar mis penas con una botella de tinto a morro, lo veo acercarse a zancadas de gigante. Mentiría si dijera que la fiera expresión de su rostro crispado no me corta la respiración. Doy media vuelta dispuesta a desaparecer dentro del local, pero no soy lo suficientemente rápida. La mano de Alex me agarra el brazo y tira fuerte hacia sí.

—Sofía.

Recupero mi brazo con violencia y un mohín de desencanto.

—Sofía —insiste aún más cortante.

Pierdo el habla. Él me sisea a escasos centímetros de la cara y no sé cómo reaccionar. No sé si alegrarme o mostrarme furiosa. No sé si echarle en cara su silencio. Tengo acumulado el resentimiento en la boca del estómago y tira hacia abajo, es muy desagradable.

Y muy absurdo, porque era yo la que hace tres días, defendía la libertad de los miembros de la pareja y que no se podía uno pasar de posesivo respecto del otro. La tensión entre nosotros es tan fuerte que puede masticarse. La atracción salvaje que desde el principio nos une, sigue allí; sin embargo, solo soy una chica que se ha revolcado con él unas cuantas veces. Un simple rollo. Ni su pareja ni nada parecido. Ni siquiera tenemos establecida la rutina de cuándo debemos vernos, que es el primer paso básico en una relación que arranca. Esto funciona en base al factor sorpresa.

Ahora sí, ahora no, luego también.

—Llevo horas buscándote de garito en garito —gruñe con la voz rota.

Cualquier diría que me lo está echando en cara. Yo elevo ambas cejas.

—Pues no sé el motivo, cuando existen móviles, llamadas, mensajes... —dejo caer con intención.

—Vámonos de aquí —ordena sin satisfacer mi curiosidad.

«¿Por qué diablos no me has llamado?»

Decido hacerme la dura, aunque las piernas ya me tiemblan y va a peor. El brazo que quedó colgando al distanciarme yo, recupera posiciones y roza sensualmente mi nuca.

—No me apetece, están todos dentro —mascullo entre dientes.

—Tú y yo, solos. —Me mira al trasluz de su flequillo sedoso. Las pupilas centellean dilatadas, fijas en mí y en mi respuesta—. Los demás me sobran.

—Puede que a ti te sobren —me atrincheró—, conmigo no es lo mismo. Das por sentadas demasiadas cosas...

Se lo echo en cara porque cuando nos rodean sus amigos, se muestra distante y alerta, como si nuestros ardientes encuentros fuesen fruto de mi imaginación. Porque no está todo el

tiempo, como yo necesitaría. Lo miro y me agobio. Trato de no pensar que en mi mente solo late una maldita pregunta, insistente como una migraña: Y mañana, ¿qué?

—Estás increíble —me interrumpe, midiéndome de cabeza a pies.

Me importa una mierda el halago.

—Pero ¿tú qué te has creído? ¿Piensas que por piropearme...?

—Vámonos.

No ha terminado de decirlo cuando ya me arrastra calle adelante, sin demasiado miramiento. Me excito a niveles enfermizos, debo de ser masoquista perdida. Mi cerebro repasa en microsegundos la escena que dejé al salir del bar: Antonio y Ximena haciéndose arrumacos, Helen y su lunar, felices, adulados a dos flancos por Miguel y por Raúl. Nadie va a echarme de menos.

Martita se queda aparcada en calle Comedias, y Alex me sube en volandas a su potente Harley. Me abrocha el casco sin articular una palabra, y veo que sus ojos se detienen en el encaje de mis bragas, bien a la vista con el vestido arremangado hasta la cadera y las piernas abiertas.

No puedo borrar lo que ya ha visto, pero sí ponerme del color de un coche de bomberos. Conscientemente, ni cierro las piernas ni me tapo. Ha sonreído al mirarlo, y yo babeo.

Diría que el sabor de su aliento me gusta aún más, si es que tal cosa es posible. Alex es dulce y picante, deseable, sabroso y adictivo. No sabe a chocolate, pero provoca los mismos estragos. Su boca me devora ya en el ascensor, me recorren ávidas sus manos. Todo cae a su avance: la línea de mi mandíbula, mi garganta, el lateral de mi cuello, los lóbulos de las orejas y finalmente mis labios. Todo claudica sin condiciones, se rinde y se entrega ante su demoledora pasión.

Manipula la llave en el ojo de la cerradura sin soltar mi cintura, sin abandonar el beso, y en cuanto tiene la puerta cerrada a nuestras espaldas, sus dedos se cuelan voraces por mi escote y buscan ansiosos mis pezones.

Que como es de esperar, responden. ¡Y de qué modo!

Me arranca literalmente el vestido, creo que en algún momento he pensado en protestar, pero no llego a hacerlo. Prefiero entrecerrar los párpados y concentrarme en el tacto y la presión de su pelvis contra mi cuerpo.

—Voy a hacer que te corras una y otra vez sin descanso. Tantas veces, que va a dolerte cuando quieras ponerte las bragas —murmura contra mis labios.

Mis dedos se enredan en sus mechones y conforme tiro y lo atraigo hacia mí, el beso se hace más profundo. No llevo nada puesto, a excepción de mi sujetador de encaje negro, mi tanga a juego, esas medias tan cómodas con liga incorporada y por supuesto, mis zapatos de tacón alto y todo el vello de punta. He desabrochado de un tirón la camisa vaquera de Alex, que me lo pone fácil, porque son botones a presión, de los que usan los *stripers*.

Todavía, después de verlo muchas veces, me sigue asombrando la exquisita perfección de su torso, el suave vello que lo cubre en su justa medida. No me contengo, mordisqueo sus pezones en cuanto me permite zafarme y me estremece el hondo gemido de ronco placer que deja ir.

#PeroSonóElTimbre

Alex se desliza a lo largo de mis caderas, recorre mis piernas con sus manos y queda arrodillado delante de mí, convirtiéndome en una virgen a punto de ser venerada. Claro, que no es precisamente eso lo que ocurre, nada es casto ni inocente con este hombre. Sus habilidosos dedos apartan el minúsculo triángulo del tanga y acarician mi vulva hambrienta e hinchada.

Acerca la cara allí donde se unen los muslos, y la primera pasada de su lengua mojada sobre mi clítoris, me para el corazón. En un abrir y cerrar de ojos, mi pierna derecha reposa sobre su hombro, y con la izquierda y un tacón muy fino, soporto mi peso. Me pregunto cuánto más podré aguantar, si las convulsiones que me provocan sus caricias se transforman en espasmos brutales que se propagan por mi columna vertebral y estallan en el centro de mi vientre.

Alex posee mi sexo lentamente. Lanzo hacia atrás la cabeza, me arqueo. Ojalá fuese tan valiente como para gritarle todo lo que me corre por la mente.

«¡Te perdono, te perdono!» aúlla mi mujer enamorada interior. «No me estás dando explicaciones, pero con semejante fogosidad, ¿quién las necesita? Si cada vez que no me llares ni te acuerdes de que existo esto va a ser igual, borra mi número de tu agenda y sácame a rastras de donde quiera que me encuentre, que no puedo pertenecerte más de lo que te pertenezco en este momento» .

Sin marcha atrás. Tengo nublado el juicio y candente la entrepierna. Y a coro con tan tórridas conclusiones, llega mi orgasmo agitando al aire sus banderas de vencedor. Un colosal tren mercancías que pasa arrollándolo todo y me catapulta derecha a la galaxia del máximo placer físico. Todo mi ser tiembla y se contrae por el efecto de la onda expansiva. Ni siquiera noto cómo Alex me toma en brazos y me conduce al dormitorio. Me tumba en la amplia cama y busca mi boca con la suya.

¡Dios! ¡Oh, Dios! Es tan dulce...

Se despoja de los pantalones, de la ropa interior, los calcetines, los zapatos y se tiende a mi lado, de costado, mirándome con una intensidad que me empequeñece. Yo aún sigo con los tacones puestos y la respiración de Alex sobre mi cuello, reactiva todas las sensaciones de un rato antes, como si no me hubiese corrido a gritos. Vuelvo a estar cachonda como una perra. Vergüenza debería darme.

La culpa la tiene, seguramente, su lengua perversa que lame un lado de mi garganta sin permitirme pensar siquiera, mientras mi mano trata en vano de rodear su erección. A ciegas, Alex está desenrollando un preservativo y prepara la ofensiva definitiva a mi fortaleza vikinga.

—Qué mojada estás, joder —dice con un deje de admiración y, por qué no, algo de orgullo masculino. De sobras sabe que si parezco una fuente es por él, por él y solo por él—. Me encanta.

De una embestida se mete dentro de mí. Una penetración profunda que me hace gemir. Mi cuerpo protesta un segundo y enseguida se dilata y lo acoge. Puedo notar los músculos de mi vagina abrazando la parte más dura de Alex, que entra y sale, desesperadamente lenta en un principio, a velocidad endiablada después.

—No voy a aguantar mucho —me advierte.

Ya ves, como si me importara. Yo pensaba que sería incapaz de correrme de nuevo tan pronto, y aquí estoy, ardiendo en aceite, a punto de caramelo por segunda vez. Cada fibra de la Sofía que nadie conoce se rinde y se entrega a esta avasalladora conquista.

—Si solo pudiese llevarme un recuerdo de mi vida en este planeta, serías tú —musita pegado a mi oreja. Este pedazo de orgasmo va a ser simultáneo, casi puedo jurarlo—, desnuda en mi cama, con los ojos nublados de placer y la sangre agolpada en las mejillas...

En efecto. Explotamos al unísono, con un alarido que debería estar prohibido. Los corazones golpean contra el pecho como dementes y la respiración no es más que un jadeo cercano a una carrera. Los ojos de Alex se clavan en mí, los míos en él, sudamos y nos deseamos como si acabásemos de rozarnos por primera vez.

Entonces lo escuchamos. Porque lo que es oírlo, puede que llevemos rato oyéndolo.

Esos puños aporreando la puerta del apartamento de Alex, no pueden ser humanos. Debe de ser como mínimo, el tipo al que llaman la Montaña, recién llegado de Desembarco del Rey, dispuesto a tirar abajo lo único que nos protege.

—¿Qué coño...? —exclama Alex incorporándose de un salto y prestando mucha más atención de la que yo soy capaz de reunir en todo un día.

No son solo golpes. El rosario de porrazos se acompaña de unos gritos agudos y desagradables con un montón de letras atropelladas entre las que consigo distinguir el nombre de mi amante.

¡¡¿Camila?!!

Deben de ser más de las cuatro de la mañana y esa tipa majareta está en el descansillo de la escalera de Alex, tratando de derrumbar su puerta a patadones, amenazando a voz en grito con que nos despellejará vivos. Eso seguramente no lo dice, pero me lo invento en cuanto el terror me envuelve. Alex se tira de la cama y espléndido en su desnudez, se arranca el preservativo usado y llega hasta el recibidor a la carrera. Le sigo, aguantando la respiración. Acerca con prudencia la cabeza a la puerta, pero una soberana patada hace que toda la madera blindada tiemble como si fuera cartón del malo.

—¡Abre, cabrón! ¡Sé que estás ahí dentro! —brama la francesa, fuera de sí por completo — ¡Ábreme!

Alex me hace una seña comedida para que evite ruidos y yo doy gracias al cielo porque el calentón que traíamos y las subsiguientes bullas, nos impidieran poner música. Así al menos podemos simular que no estamos. ¿Verdad?

—¡Dile a esa hija de puta a la que te estás chingando, que salga también! —volvemos a oír, a un volumen impropio de una mujer en estado natural.

Tenía razón Silvia, Camila alterada, produce escalofríos.

Intercambio una mirada de angustia con el dueño de la casa mientras la puerta retumba con más golpes y patadas. Un vecino acaba de abrir y la está increpando.

—¡Váyase a la mierda usted también! —responde ella tan pancha— ¡Alejandro, cabrón, grandísimo hijo de puta, gallina! ¡Abre!

—Pienso llamar a la policía, se lo advierto —la intimida el vecino.

Ella no parece concederle mucho crédito y reanuda los insultos y los leñazos.

Dejamos de oír la voz enfadada del vecino y rezamos porque el buen hombre esté marcando el 091 en su teléfono. Podrían traer, de camino, una ambulancia del manicomio.

#LluviaPenosa

Camila es como un huracán que no se detiene. Sus chillidos de rata persisten, crecen, se mezclan con lágrimas y súplicas. Los puñetazos van y vienen. Carga pilas, recupera fuerzas y reanuda el asedio. Nosotros nos escudamos vergonzosamente tras la puerta.

Tomo repentina conciencia de que soy la que se tiene que esconder, soy la otra. También estoy de acuerdo en defender la cautela, en ciertas ocasiones, por encima del arrojo. De poco serviría echarle valor al toro, Camila no está en condiciones de razonar.

Y por si nos quedan dudas, llega una pareja de policías nacionales y tratan de separarla a tirones del felpudo de Alex. La paciencia que le echan los pobres es de galardón de fin de curso. Si no se supusiera que no estamos, propondría a estos dos pobres chicos para una condecoración al mérito ciudadano.

Todo está más tranquilo. Van a llevársela. Aquí hemos terminado. Mis pulsaciones aceleradas a nivel de infarto se relajan, pero me escuecen los ojos y desando el camino, recogiendo de paso todas mis prendas tiradas por el suelo, formando con ellas un montón arrugado bajo el brazo.

—¿A dónde vas? —pregunta Alex en un cuchicheo.

¡A la mierda! No pienso responderle, estoy demasiado enfadada con él por lo que acaba de pasar. Me encierro en el baño, tiro mi ropa sobre la encimera del lavabo y llorando a lágrima viva, me meto en la ducha.

Mojo mi vergüenza y mi rabia con agua tibia.

Es posible que esté sobrerreaccionando debido a la tensión del momento, pero si pudiera, mataría a Alex lenta y cruelmente. Se molesta en llamar a la puerta un buen rato, pero hago como que no lo oigo. Apoyo las manos contra la pared forrada de mármol y dejo caer la cabeza, vencida y triste, muy triste.

Controlo las arcadas que me sobrevienen.

¿Por qué me siento tan sucia? No tengo la culpa de nada de esto, no soy más que una víctima estúpida que se ha atravesado, insensata, en mitad de la calzada, mientras otros juegan al rally suicida y le pasan por encima. Pero saberlo no me consuela, no soy capaz de contener las lágrimas.

Cuando el chorro de la ducha queda reducido a un hilillo débil, la voz de Alex se hace patente.

—Sofía, por favor, te lo ruego.

No quiero que me ruegue. Quiero que impida que el fantasma de Camila llegue y destroce nuestra gran noche, que la detenga, que no permita que me destroce a mí. Es lo que ha hecho, lo ha conseguido, romperlo todo, la muy mal nacida.

—Lo siento, siento que hayas tenido que presenciar esto —insiste.
Pero yo no respondo. Continúo callada hasta que se cansa de hablar solo y se retira.
No abro la puerta del baño hasta una hora después.

Tengo los ojos rojos e inflamados de tanto llorar. Me siento fatal, mareada y resentida. Alex intenta abrazarme, pero lo espanto a manotazos. Nada de lo que intenta sirve para calmarme.

—Esa, esa... —escupo—, esa loca de atar que has mantenido en tu vida...

No sé bien de qué quiero acusarlo. Solo quiero marcharme lejos y olvidar.

—Sofía, sé que ha sido desagradable.

—¿Desagradable? —No reconozco la voz que brota, chillona, de mi garganta.

—Vale, más que desagradable. Pero Camila es inofensiva, te lo juro.

Me dan ganas de reírme a gritos. Si no lo hago es solo porque me puede el miedo a que esa asesina en potencia esté de nuevo agazapada tras la puerta y me oiga.

—Esto es demencial —repito entre dientes—. Cada vez que venga a tu casa, ¿voy a tener que aparcar la Vespa a dos manzanas de distancia para despistarla?

De nuevo se acerca para acorralarme contra la pared. Yo estoy completamente vestida y busco mi bolso con cara de enferma terminal. Cada vez más histérica y violenta.

—Déjame en paz. Me voy, necesito... necesito irme.

Hiperventilo y eso lo asusta. Retrocede un paso y renuncia a atraparme.

—Estás celosa —concluye, con los aires de quien descubre un continente desconocido.

Mis tripas se retuercen porque ha dado en el blanco y no lo pienso reconocer, así me arranquen las uñas una a una.

—Vete a la mierda.

—¿Piensas que ella aún me importa?

—Tú sabrás —lo desafío con desdén.

Alex me agarra por la muñeca y se la coloca sobre la entrepierna abultada y dura. Vestido solo con sus *bóxer* negros, está para cometer un pecado tras otro. ¿Cómo puede empalmarse después del mal trago y en plena discusión?

—¿Acaso es Camila la que me pone así? ¿Ella? No, eres tú —me grita—, esto solo me pasa contigo.

Retiro la mano asqueada. Alex se pasa, frustrado, las manos por el pelo, y maldice. Me permito enterrar en él una de mis peores miradas.

—Todo lo que me ofreces es sexo. Cuando la dejes, cuando de verdad la dejes o te canses de malos amores de un rato, me llamas —sentencio, un segundo antes de accionar el pomo de la puerta y desaparecer corriendo escaleras abajo.

Alex

Lamentarme no sirve de nada, puede, pero es lo único que se me ocurre.

La he visto salir, silenciosa y delicada, sin aspavientos ni portazos; la cerradura ha resbalado sobre sí misma casi dulcemente, hasta encajar y cerrarse, toda una crueldad. No pedía nada especial, solo pasar la noche con ella, poder alimentarme con su aroma y acariciar la seda de su piel para verificar que, a pesar de todo, sigo vivo.

Y sin embargo, se ha roto.

Algo importante se ha quebrado en mil pedazos, Sofía no me lo ha reprochado, pero sé que es así, soy capaz de adivinarlo. Me encantaría poder huir de mí mismo y del doble ridículo que he hecho hoy. La oficina, Mariana, mis compañeros... Nada es comparable con la humillación de haberme mostrado como el cobarde que soy, delante de Sofía.

¿Tan terrible es no querer dañar a la gente que aprecias? Puede parecer un sinsentido, pero Camila me ha dado muchos buenos momentos, no puedo decir que la odie. Parte de las locuras que hizo, las hizo por amor, ese amor desmedido y enajenado que la caracteriza y la ciega. Me halaga que sufra tanto por mí, nadie a quien no le importes pone tanto de sí mismo y de su cordura en una relación. Su mayor error es el modo, las formas.

Está desquiciada, pobrecita, no tiene la culpa.

Culpable soy yo por meterla en mi vida sin estar dispuesto a ciertos sacrificios.

Estoy loco de atar, si no hago algo y pronto, permitiré que todo se desvanezca poco a poco en un insoportable fundido a negro.

¿He perdido también a Sofía?

#EnDomingo

Sofía

Las baladas de *Scorpions* me consuelan. Y me deprimen a partes iguales.

Soy masoquista, lo sé, lo asumo, ya lo he confesado antes. Pero así es como nací y así es como pienso palmarla. Rarita de cojones, víctima de mis emociones exaltadas, que son muchas.

Viajo en un cómodo autocar de butacas de piel, más anchas de lo normal. Es el servicio Express que comunica Málaga capital con Fuengirola, el pueblo costero donde viven mis padres desde que se jubilaron. Querían un sitio tranquilo sin perder sol ni playa, y dejar atrás el famoso terral malagueño que sopla sobre la ciudad y la cuece a fuego lento, de modo que se compraron un coqueto apartamento donde hibernan tan ricamente, de enero a diciembre.

Hace siglos que no los visito, la última vez que nos vimos fue con motivo de la lectura de mi tesis. No es que sea mala hija, es que mi padre apenas tiene conversación para un rato, se alegra un montón de verme, me estruja en un abrazo de oso y me llama «su niña», sí, pero enseguida se cansa de nosotras y pone los deportes de la tele. Nos acusa, a las mujeres en general, de tener la voz demasiado aguda y de hablar sin freno.

En cuanto a mi madre... Me obliga a desconectar la parte de los sesos que se corresponde con el entendimiento, en cuanto comienza la tabarra interminable de los novios formales, la decencia y la seriedad, y me recuerda, sin motivo que lo justifique, los años que ya tengo y mi soltería.

Entenderéis que hoy no me quedaba otra que huir de lo conocido. Entre sábado y domingo se suceden las despedidas, Ximena se marcha a Madrid y André a Nueva York. Las parejitas se harán arrumacos que no quiero ver, a esos festejos no estoy invitada. He prometido a mi amiga de siempre que le dedicaré parte de mañana, hasta una hora prudente en que retornará al nido con su Antonio, a hacer efectivo el «hasta pronto».

Claro, que la principal causa de mi espantada es Alex y sus continuas llamadas de teléfono. Cuento más de veintiséis y casi cuarenta mensajes desesperados que se comen los pies unos con otros. Y aunque mi yo insensato se muere por descolgar y prometerle mi cajón de bragas, anulo el volumen de mi móvil y hago como que presto atención a la murga de mi santa madre, porque para eso he venido.

Sin embargo, la oigo parlotear y solo pienso:
«¡Qué pedrada en toda la frente tiene Camila!»

Domingo. Qué día más deprimente, por Dios, deberían borrarlo de un plumazo de la

semana. Ah, no, mi madre se quedaría sin misa y eso puede acarrearle un berrinche que la deje en el sitio. Encima le ha dado por llover. Cuando me levanto y escudriño la calle desde mi ventana, tras los visillos color frambuesa, no hay nada en ese gris sombrío que me alegre. Las aceras se ven húmedas y en la calzada, pequeños charcos actúan de reflectores multiplicando la luz. Son las once de la mañana y ya me he duchado, peinado, maquillado y vestido.

Ximena viene en metro hasta aquí y vamos a hacerle los honores de estreno a una cafetería con horno de pan y pastelería que han abierto por mi barrio, con una pinta pecaminosa. Ahogaremos las penas con un desayuno como Dios manda. Ayer me vine de casa de mis padres cargada con dos bolsas del Carrefour con tomates de la huerta. Sí. A estas alturas del curso, mi padre se ha reinventado como agricultor urbano, la cosecha en las jardineras ha sido abundante y tomates les sobran. Anoche me dieron las tantas convirtiendo tanta hortaliza colorada en salsa, con una receta que encontré en internet. Ni siquiera yo me creo lo buena que ha salido.

Voy a fardar y a contárselo a todo el mundo.

Suena el interfono y mi bolso vuela hasta mi hombro. Bajo correteando por las escaleras, fingiendo una felicidad que no es que no exista, pero la tengo como bloqueada. Es todo muy extraño, demasiadas pérdidas. También Ximena...

En cuanto la veo esperando en el portal con la cara desencajada, tengo la certeza de que siente lo mismo. Nos miramos un microinstante a los ojos y a continuación, nos abrazamos hasta asfixiarnos. No queremos llorar, ninguna de las dos, pero los ojos se nos encharcan y los nudos se aprietan en el estómago, y luego ascienden hasta la garganta.

—Prometimos que no montaríamos ninguna escena —me recuerda con la voz quebrada.

Yo asiento como buenamente puedo.

—Me da mucha pena que te marches. Bueno, mucha alegría porque vas a mejor, vas a triunfar, rubia, pero mucho desconsuelo de no tenerte a mano cuando te necesite.

—Amenazo con volver todos los fines de semana.

—Tendrás que atender a tu Antonio —señalo con melancolía, secándome una lágrima discolá—. Y a tu madre.

—¡Hey! Hay tiempo para todos mis amores. Y recuerda, tú eres de los primeros. Bueno —se estira y le endiña un codazo a la tristeza—, ¿dónde se esconde ese obrador de confitería maravilloso que pienso desvalijar?

—En el camino a la estación de tren, vamos. Cinco minutos caminando. ¿Llueve?

—Ahora no, pero llevo paraguas, nunca se sabe.

No me engaña. Está hecha trizas, igual que yo. Nos agarramos del brazo y recorremos el apenas kilómetro que nos separa del local, que es precioso. El reclamo de los olores que escapan por las rendijas del horno no puede ser casual, todas las mesas están llenas, parece un salón de té parisino, decorado con muchos rosas y blancos, tan mono y acogedor como precisan nuestros maltrechos ánimos.

—Madre mía, voy a pedírmelo todo —anuncia Ximena manoseando la carta—. Traigo un hambre voraz a pesar de...

—¿Los polvazos que te pegaste anoche? —le guiño un ojo travieso.

—Qué más quisiera yo. Esos vendrán luego, si acaso. Ayer sábado se lo dedicamos a mi madre, fue todo muy emotivo. Me reconoció sin problemas, aunque le ha dado porque Antonio y yo estamos casados, y no para de rememorar escenas de la supuesta boda. —Pone los ojos en blanco, pero sé que en el fondo está encantada—. Menuda regañina conquie las mujeres modernas no podemos abandonar de esta forma a nuestros maridos, para ir en pos de fortuna.

Mitigo una risa. Habría dado dinero por ver las muelas apretadas de mi Ximena, con los

cojoncillos que le cantan, aguantando el chaparrón de su madre.

—Y volví a comerme el bizcocho caliente, así que traigo retortijones. Y estoy con la regla. Y luego, esta euforia mutante que viene, me besa y se va. No sé si me entiendes.

—Claro que te entiendo. La perspectiva del trabajo en Madrid te tiene excitada.

—Y el cambio de aires, nuevos compañeros, nuevos retos... Me hace ilusión. Pero al mismo tiempo, me siento fatal. Toda la gente que quiero os quedáis aquí...

—Si prometes no cambiarnos por una madrileñita estilosa de esas que compran en Goya y Velázquez...

—Sois lo mejor que puede pedir nadie en su sano juicio. Odio estos torbellinos de sentimientos entremezclados, no los llevo nada bien. —Se lleva la mano a la barriga y su carita risueña se vuelve a crispar—. ¡Oño, los retortijones!

—Veo que traes el kit completo del «no me hallo» —bromeo—. Pasará, te lo aseguro.

De repente, me hace una seña con el índice estirado y se pone a rebuscar como una endemoniada en ese baúl portátil que ella llama bolso. Extrae, con gesto de triunfo, un paquete delicadamente envuelto en celofán verde, con un tremendo lazo.

—Te traje algo. Un recuerdo para que mientras no estoy, no me olvides.

#DisculpaSiTeAmo

En cuanto el paquete pasa de manos, yo tengo ganas de llorar. ¿Cómo puedo ser tan olvidadiza y tan mala amiga? ¿Cómo pudo el follón con Alex borrarle el buen juicio y superar la pérdida de mi casi hermana? No me lo perdono.

—Xime, no te he traído nada, ni siquiera se me ha ocurrido —confieso avergonzada y roja como un pimiento del piquillo—, soy un desastre, de lo peor.

—Oye, no te compro un regalo para que tú me respondas obligatoriamente con otro, la cosa no funciona así.

—Ah, ¿no? Pues debería.

—¿No piensas abrirlo?

Azorada y torpe, desenvuelvo el papel crujiente, y descubro un zapato de tacón de aguja completamente rosa, con un rollo de cinta adhesiva incrustado dentro. El Fixo de toda la vida, renovado al más puro estilo Marilyn. Mi exclamación de lela integral hace que algunos vecinos de mesa se giren a mirarme con lástima.

—¡Es *precioooooo*!

—Para tu mesa de la oficina. No sé si todavía usáis papel celo, pero el cacharro era tan mono, se me metió por los ojos y aunque no lo uses, adorna. Puedes meter los bolis...

Me abalanzo sobre ella y le reparto unos cinco mil besos por todas las partes por donde me deja.

—Prometo comprarte algo súper especial cuando vuelvas. ¿Tienes ya piso?

—De momento me instalo en un hotelito muy cuco que ha gestionado la propia *Film Office*, a un tiro de piedra de nuestro edificio. Una vez instalada y sin prisas, buscaré algo que pueda pagar y que no quede donde Dios perdió el mechero.

—No me hago a la idea de que tu apartamento quede vacío —lloriqueo mientras acomodo con cuidado el zapato de Cenicienta en mi bolso.

—Si te hace ilusión mudarte... El gato se lo quedan en la residencia. Le hace mucho bien a mi madre, es el único al que reconoce a diario. —Dejamos volar un puñado de minutos. Estudiamos la bollería de los expositores—. ¿Cómo van las cosas con Alex?

Muta mi expresión. Miro al suelo, espío la punta de mis zapatos, gruño.

—*Ummm*.

—Perdona, te he tenido últimamente un poco abandonada. Con todo lo del viaje y demás.

—Estamos torcidos. No sé si él, yo, o la puñetera madre que parió a Camila, que no deja de perseguirlo.

—*Hijapuchi...*

—Ya me figuraba que no iba a ser tan rápida ni tan sencilla la cosa. Bueno, la verdad es que no quise pensarlo, preferí, imbécil de mí, fantasear con que la ex había desaparecido del mapa y no volvería a molestar, igual que hice yo con Sergio.

—Tía, tú eres muy sensata y consecuente, pero no es lo general en este mundo de locos del culo. —Gira la cabeza para atender a la camarera—. Un capuchino, mejor dos. Y uno de estos. ¿Los cruasanes están rellenos de chocolate?

—Los hay rellenos y sin rellenar. Tenemos de chocolate, crema pastelera, trufa, nata o almíbar de naranja.

—¡Diossss!

—Xime... —la reprendo con cariño.

—Uno de chocolate. Y la palmera glaseada que le he pedido antes, no la olvide.

—¿Usted? —Ahora me mira a mí, con el boli en la mano y un delantal de volantitos, de lo más coqueto.

—Pues... Lo mismo, pero con té. Tiremos la casa por la ventana.

Llevo aquí dos horas con Ximena y ya nos han nombrado clientas del año. Vamos a terminar con las existencias, pero es que está todo tan rico, que no me importa atracarme, aunque eso suponga no comer el resto del día. Puede que sea la frustración que me recorre pidiendo azúcar.

Pienso dársela, me consuela.

Para colmo, ponen de fondo baladas italianas y ese «*Discúlpame si te amo*» de Gianluca Grignani, me está rompiendo el corazón en cachitos diminutos que no podré recoger del suelo.

—Dale una oportunidad, joder —me repite Ximena por enésima vez—, cógele el teléfono, quedad y charláis. Él no tiene culpa de que la huida del manicomio apalee su puerta de madrugada. ¿Acaso la llamó?

—No, claro que no, pero tampoco supo ponerle fin al tema. Si vieras lo desagradable...

—Puedo imaginarlo, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Dar la cara para que se la partan? ¿Que la tipa se colara en el piso y la tomase contigo? Creo que hizo lo más inteligente dadas las circunstancias. Puede que no lo más vistoso, pero sí lo mejor.

Mierda.

Esto es lo malo de desayunar con Ximena, su capacidad innata para darle la vuelta a todo, y dejar las razones que justifican mi monumental enfado a la altura del betún. Si cuando yo le digo a mis clientes que todo es cuestión de perspectivas...

—No es solo el enfado, Xime, hay algo más.

—Pues tú dirás —me exige apretando los dientes contra el cruasán que de inmediato, pierde una pata.

—Es la sensación de que esta relación, cuando exista, si existe, será problemática.

—Muchas pegas le pones tú ya de antemano... Sin embargo, te lo dije hace tiempo. Es por su guapura sin parangón —se cachondea.

Frunzo el ceño.

—Oye, menos pitorreo.

—¡Que lo digo muy en serio! Te lías con un tío buenorro de la muerte detrás del que circula media ciudad babeando, no puedes pensar que será un caminito de rosas. Habrá obstáculos, muchos, altas, bajas, curvilíneas, palillo, rubias, morenas, pelirrojas...

—Basta ya.

—Búscatelo feo, verás qué poco te molestan.
Joder, qué brutalmente sincera es, la jodía.
—Aunque tú también eres un bombón deseable, ahí andáis empatados —agrega conciliadora.
Mi respuesta pasa por cruzar los brazos sobre el pecho.
—Lo siento, no me tranquilizas.
—Alex también llevará lo suyo cuando los tíos te repasen por la calle.
—A mí no me ronda ningún ex lunático.
—De acuerdo, para ti la perra gorda, Camila es un puñetero grano en el culo, pero él no es ella.
—Sin embargo, salió y se comprometió con ella, al menos durante tres años —acuso con pasión—. ¡Tres años!
—Una barbaridad. —Ximena sacude la cabeza muchas veces seguidas.
Algo que generalmente me arranca la risa.
—¿Y qué dice eso de Alex?
—No sé... ¿Que tiene la paciencia del santo Job?
—¡Xime!
—¡Coño, no sé! Las majaretadas de esa tía y su apariencia de pajarillo asustado, potenciarán su ego de caballero rescatador, vete tú a saber...
—¿Camila tiene cara de pajarillo asustado? Nooo.
—Un poco, a veces..., depende de cómo la mires. —Detiene mis protestas con una mano abierta—. Ya sé que tú no eres objetiva. Yo tampoco, conste.
—Objetividades a un lado, más bien parece el oso Yogui. No hay nada en ella que inspire ternura. Alex ha debido perder la cabeza para enamorarse de alguien con ese nivel de trastorno.
—O lo tuvo engañado hasta que fue demasiado tarde. Tú eres la psicóloga, pregúntaselo.
—Ni de coña me rebajo a interrogarlo acerca de sus sentimientos por ella.
Ximena me observa con los párpados entrecerrados. Mala me pongo solo con las cábalas de lo que estará pensando. Me dedico a disimular, dándole vueltas con la cucharilla a mi té verde, sabor mojito. Espero que le haga honor al nombre y me coloque y pronto.
—Estás siendo un pelín injusta, lo que no me extrañaría tratándose de mí, pero tú, Sofía, con lo ecuánime y compasiva que sueles ser con todo el mundo...
—Buenaza y gilipollas, eso es lo que soy. Y ya empiezo a hartarme, solo me sirve para que me coronen con buenos cuernos y que las ex me avasallen y se tomen la revancha pisoteándome.
Ximena me sorprende dando una palmada al aire.
—¡Me cago en la mar serena, qué mala suerte tengo! —dice.
Pestañeo, atónita.
—¿Mala suerte? ¿Tú? ¿Por qué?
—Marcharme a Madrid ahora y perderme el culebrón, que va a ser de órdago, qué coraje me da. El guaperas te ha dado fuerte, ¿eh, rubia? Y eso que era un rollete pasajero para echar el rato... ¡Ja!

Lo dicho. Esta condescendencia mía solo me vale para perdonar, perdonar, y volver a perdonar.

Ah, y para que Ximena, alias el enanito sabio, se descojone a mi costa.

Al menos, mi patética historia ha limado asperezas y la despedida no ha sido tan dramática como nos temíamos. Creo que de algún modo no nos hacemos a la idea de que vamos a separarnos, de que no podremos, como hasta ahora, agarrar el teléfono, marcar el número de la otra y tenerla en nuestro apartamento consolándonos en el sofá, con solo pegar un alarido de burra preñada. Era algo así como nuestro grito de ayuda en clave. Empezaré a echarla de menos cuando se haya ido. Y aún tardaré tres o cuatro días en hacerme a la idea. Y para entonces, ya será casi fin de semana y Xime aparecerá por la puerta, de modo que...

¡No tengo que preocuparme! ¡Prácticamente es como si no se fuera!

Ahora viene el paso más comprometido: Alejandro El Grande.

Ximena me ha convencido para que atienda al menos sus mensajes, y sin estar psiquiátricamente preparada para enfrentarme a su voz, voy y me cito con él. Con dos bemoles. Nada serio, vamos a almorzar en plan informal en un mesón del centro, que ponen las gambas al pilpil como en un cinco tenedores. Pero yo me paso hora y media delante del armario, como un pasmarote desnudo que no sabe con qué taparse.

Quiero estar irresistible, pero sin que se note. Aún conservo parte de mi orgullo herido. Y eso implica seguir de algún modo, enfadada. Me decanto por una faldita de vuelo muy sugerente, que lo anime a zanjar la disputa cuanto antes, y a invertir lo que queda del domingo en menesteres más entretenidos; un jersey fino con un foulard alrededor del cuello, medias negras y sandalias de invierno de terciopelo. Cepillo con brío el pelo hasta que brilla, y los labios carnosos solo los cubro con una fina capa de *gloss*. Miro atenta a mi imagen en el espejo: sonrío tensa, incapaz de ocultar los nervios.

—Buena suerte, loca —me dedico a mí misma.

#PiesEnPolvorosa

Por encima de la amenaza de la lluvia, he sacado a pasear a Martita, y he llegado al lugar de la cita en un abrir y cerrar de ojos. Concretamente, quince minutos antes de la hora. Y voy a entrar y a sentarme a esperar, donde no pueda pillarme un nubarrón que me chafe el peinado, que ya está bien de tentar a la suerte.

El local, a primera vista, me gusta. Lo han decorado como una bodega antigua, está lleno de plantas y flores, de las esquinas cuelgan faroles de hierro forjado, que de noche se iluminarán derramando su luz cálida por entre las hojas verdes. Incluso hay una fuente en alguna parte, no puedo verla, pero reconozco el tintineo del agua al caer. La bodega es amplia y está llena de recovecos, así que aprovecho que aún está medio vacía, y escojo una mesa muy bien ubicada desde la que controlo perfectamente la puerta de entrada y los pasillos principales.

Cuando el bellissimo Alex entre, seré la primera en divisarlo y podré secarme las babas antes de que él sepa dónde me siento.

Echo un vistazo por encima a la carta. Tienen de todo y el surtido de ibéricos es espectacular. Ya sé que son famosos por las gambas al pilpil, pero se me van los ojos detrás de las raciones de lomo embuchado que acaban de servirles a los de la mesa de al lado. Pido una copa de vino blanco helado y suspiro almacenando mis nervios rotos en una cajita bien cerrada, de donde no salgan cuando comience la entrevista con mi chico.

Mi chico.

Alex no es mi chico. No he debido decirlo mentalmente, ni siquiera debo pensarlo, es un atentado a la sensatez.

¡Sofíaaaaaa! ¡Regresa!

Vuelvo a perderme en las sugerencias de la carta y para cuando pestañeo y alzo los ojos, la peor de las pesadillas se materializa enfrente, recortada por el chorro de luz que entra por la puerta principal: Camila es una aparición llegada directamente de los infiernos.

Tiene rígidos todos los músculos, al menos los que quedan a la vista: la cara, el cuello, los hombros y los puños, están apretados. Los labios se cierran uno sobre el otro, fríos y crueles. Sus ojos de hurón barren sagaces el espacio. Busca algo, está muy claro.

Y puede que ese algo seamos nosotros, Alex y yo.

Me parapeto tras la carta dando gracias al cielo por su anchura, capaz de cubrirme entera. No controlo la manera inhumana en que mi corazón acelera su bombeo, es posible que me dé una embolia, un ataque de ansiedad o todo al mismo tiempo, porque no solo hiperventilo, sino que

además tiemblo y las manos me sudan. La estampa de Camila, violenta en todo su esplendor revisando mesa por mesa, aún lejana, pero acercándose de modo inexorable, me acojona, lo admito. Lleva un vestido azul y al cuello una cadena dorada con la que podrían amarrarse barcos. Miro desesperada alrededor buscando una vía de escape alternativa, pero lo único que acierto a distinguir son más mesas y borrones. Ya ni siquiera localizo los ventanales, y mira que son grandes.

Cuando Alex aparece por su espalda y la atrapa de un brazo, el aire que acumulo en los pulmones sale de estampida. ¡Jesús, qué guapo está! Trae puestos unos vaqueros grises desgastados y una camiseta ceñida de algodón, de manga larga, con la estatua de la libertad estampada en tonos anaranjados. Medio establecimiento gira sus culos sobre las sillas, para embriagarse con la imagen de un tío que parece un actor de cine escapado de un rodaje.

A Camila se le deshace la mueca salvaje que traía colgada de la boca y parece que se derrite. De pronto, sus ojos sanguinarios se han vuelto dulces como los de una vaca enamorada. Mierda, no puedo escuchar nada de lo que dicen, pero a juzgar por su lenguaje verbal queda claro que Alex está enfadado y la recrimina sin soltarle el brazo. Tira de ella hacia la calle, no me han visto, pero yo a ellos sí.

Especialmente, el microsegundo primero en que se topan sus ojos y se miran con extraña fijeza. Percibo un vínculo entre ellos, una enérgica conexión, puede que no amorosa pero sí intensa. Algo que hasta el momento no he detectado en él, cuando es a mí a quien mira.

Decido dejar de esconderme en cuanto Alex arrastra a Camila fuera del local.

Fase dos, huida a lo cobarde.

Aviso alterada al camarero, le pago la copa de vino y le pregunto si disponen de una salida lateral o trasera de emergencias, por la que pueda escapar sin ser vista. El hombre retrocede desconcertado y balbucea el pretexto previo a una negativa, pero mis ojos enrojecidos y llorosos que suplican, y la fina película de sudor que cubre mi frente, lo predisponen a mi favor.

—Se lo ruego... Tengo que salir sin que me vean... —farfullo con la boca seca.

Realmente, estoy al borde del colapso y el camarero ve venir el marrón de una muerta en su local.

—De acuerdo, sígame.

No dejo de repetir «*gracias, gracias, muchas gracias*» como si fuese mi mantra privado. Es, desde luego, el que va a salvarme la vida. Atravesamos las cocinas, y todos los empleados vestidos de blanco nos miran sorprendidos al cruzar. Si no estuviese tan turbada me daría la risa, es la típica escena de las películas de humor. Atontada y más asustada de lo que creería poder llegar a estar, pongo el pie en la calle, y la bofetada de aire fresco tras la lluvia de principios de invierno, me espabila.

Me apoyo un segundo contra la pared y recupero el aliento.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el camarero con las cejas juntas. Pobre hombre, al final he conseguido que se asuste— ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias, muchas gracias —repito sin entonación.

No voy a rodear el edificio para recoger a Martita, no puedo arriesgarme a encontrármelos de frente. De momento, solo quiero salir pitando, mientras más lejos mejor, refugiarme en algún local de la zona, a salvo, y tomarme un cubo de tila, a ver si me tranquilizo. Cruzo la calle, atolondrada, más pendiente de lo que ocurra más allá de la esquina cerrada a donde mis ojos no llegan que del tráfico, que no es que sea endemoniado a estas horas del almuerzo, pero bien merece una chispa de atención.

Vago sin rumbo y solo escucho el taconeo de mis zapatos sobre las losetas.

Sin permiso, el chirriar de unos frenos se cuela en mi cerebro y mis ojos agotados buscan el origen del irritante sonido. Es un *Jeep Wrangler* negro que se me antoja enorme, por culpa de cuatro ruedas monstruosas tamaño camión, y ha estado a punto de atropellarme de la peor manera.

—¡Sofía!

¿Me conoce? ¿El conductor que ha estado en un tris de convertirme en un sello, me conoce?

A veces, el destino se confabula para darme unos sustos de muerte. Tras la aberrante aparición de Camila fuera de sus casillas, si es que las tiene, ahora desembarca en mi vida Mario Vallés, el guapo doctor en psicología desaparecido meses atrás. Más que desembarcar, se ha arrojado del coche casi en marcha, para venir a recoger lo que queda de mí, una pobre chica tambaleante que suma el sobresalto de un «*porpocoteatropello*», al mal rato que ya traía puesto.

No hay justicia en el mundo, aunque sí tíos buenos que la toman a una por el talle, con un estilo romántico que apabulla.

—Sofía, ¿te encuentras bien?

Tardo lo mío en enfocar. En distinguir sus dulces rasgos, sus ojos de obsidiana clavados en mí con preocupación.

—¡Mario! —Me zafo de su inesperado abrazo y me alejo con prudencia— ¿Es tuyo ese cochaco enorme y peligroso?

—No es culpa de mi coche, te has tirado al ruedo sin mirar siquiera. Estás pálida, ¿en serio no te pasa nada?

—Bueno, has estado a punto de convertirme en astillas, ¿te parece suficiente?

Trato de imprimirle un poco de humor a la frase, pero a juzgar por sus labios que se aprietan, no da demasiado resultado.

—¿Estás segura de que es eso todo lo que te ocurre? Porque no ibas nada atenta al cruzar, si me permites decirlo.

Mi mente rebusca frenética en el cajón de las excusas imposibles.

—Bueno, sí, claro. Por un momento creí que me habían robado la moto —suelto tal cual se me va ocurriendo—. De hecho, aún no recuerdo dónde la he aparcado.

Mario entorna los ojos y entonces, solo entonces, esboza una sonrisa. Me sorprende asombrarme con su masculina belleza, es como si hubiera olvidado lo guapo que es.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta en tono distendido. Yo me recompongo la ropa como puedo, me aliso la falda y me humedezco los labios, porque de repente, estoy nerviosa.

Y no es por el intento de asesinato.

—No viniste a la lectura de mi tesis —le reprocho vehemente.

Mierda. ¿Para qué he dicho algo así? Agacha la cabeza, como avergonzado.

—Tienes razón, no quise forzar las cosas...

Un vehículo se ha atascado tras el formidable *Jeep* de Mario, y pita con impaciencia.

—¿Forzar? ¿Qué se supone que habría que forzar?

El señor debe de tener mucha prisa, irá camino del paritorio o algo por el estilo, porque encaja la mano en la bocina y aprieta con irritación. Pronto tendremos toda una pelotera de coches y conductores cabreados dentro.

—¡Oiga! ¡Retire el coche, está en mitad de la calle!

La verdad, tiene razón.

—¿Has comido? —me pregunta Mario con una seña de cejas dedicada al desconocido, que despotrica sin parar.

—Pues no —recuerdo de pronto.

—Sube, te invito y charlamos tranquilamente.

No me lo pienso demasiado. Primero, porque los gritos y bocinazos del conductor bloqueado son tan acuciantes que no me dejan pensar. Segundo, porque tras lo sucedido en el restaurante, un poco de distracción sana será un regalo caído del cielo. Tercero, porque Mario está tan atractivo que corta la respiración y, una puede que esté encaprichada, encoñada, enamorada, pero no es de piedra.

Tira *p'alante*, Sofía.

Nos hemos acoplado bien lejos de la zona de desastre nuclear. He sido astuta, lo reconozco, inventando un sinfín de patrañas para que Mario condujese a muchas calles de distancia; no me fío de girar una esquina y chocar de bruces con Camila, o peor aún, con el propio Alex. Así que el restaurante mirador que desde el castillo de Gibralfaro domina toda la bahía malagueña, me ha parecido una excelente opción.

Suerte que Mario esté de acuerdo conmigo.

Pedimos nuestros almuerzos, yo una simple ensalada César, por cumplir, teniendo en cuenta el nudo que me aprieta la boca del estómago. Cuando mis pupilas se cansan de sondear la silueta de la ciudad a través de la neblina y regresan a mi acompañante, me maravillo de que un chico así se limite a dar clases y a hurgar en la psique de gente aburrida sobrada de pasta, en lugar de posar para las mejores publicaciones de moda.

#LazosEnvolventes

—Bien, volvamos al punto de partida. —Me sonrío y me deslumbra— ¿Qué tal te trata la vida, mi querida doctora?

—*Psche...* —Chasqueo la lengua y me hago la interesante—. Tengo un buen despacho, entra trabajo nuevo todos los días, no me puedo quejar.

—No lo cuentas saltando de felicidad, precisamente.

—Puede que esto no sea lo mío —confieso en un arranque de franqueza.

Vuelvo a arrepentirme, con Mario delante no sé morderme la lengua. Las letras se anudan, forman palabras y escapan de entre mis labios sin filtro ni contención.

—¿Te refieres a la psicología? —asiento— ¿Me estás hablando en serio?

De nuevo sacudo la cabeza, despacio y un poco avergonzada, la verdad. Con la grandísima incoherencia de que acabo de hacer gala, ahora mismo debe de estar pensando que me falta un tornillo.

—Lo lógico es que a continuación, me recuerdes el porrón de años que he invertido en sacar adelante mi licenciatura y mi doctorado —me adelanto—, lo absurdo que resulta el que no sea del todo feliz, y no te lo niego, tendrías toda la razón.

Mario no opina nada, al menos, no enseguida. Eso me permite bucear y perderme entre las notas de la canción que flota en el restaurante. Me encanta James Blunt, su voz potente, nasal, y su «*Goodbye my lover*», que me encoge el corazón.

—Sofía, todos vamos a la universidad por motivos diversos y a la hora de escoger carrera u oficio, mil elementos de juicio entran en consideración. Aquello que elegimos para que nos dé de comer y pague nuestras facturas, no siempre es la vocación para la que fuimos hechos.

—¡Leñe! Yo no lo habría expresado mejor.

—¿Sabes para lo que naciste?

—No tengo ni idea. Me cuesta admitirlo, me hace sentir inútil y perdida, pero lo cierto es que puse muchas esperanzas en este trabajo. Mi amiga Silvia no ha podido portarse mejor ofreciéndome una oficina fabulosa, todo el mundo me envía clientes, no me falta de nada, estoy ocupada todo el tiempo, de eso se trata, ¿no?

—Dímelo tú. —Sonríe enigmático y la chica que nos trae la comida, entra directamente en estado de shock al verlo.

—Creo que soy una completa desagradecida —le cuchicheo cerca de la oreja.

Umm... qué bien huele.

—Se trata de disfrutar, de sentirse vivo y de saltar cada mañana de la cama con unas

ganas locas por emprender cosas relacionadas con tu trabajo. ¿Experimentas algo parecido?

—No voy a decir que mis informes y consultas no supongan un reto entretenido, porque estaría mintiendo, pero hasta ese punto que mencionas... No. —Permito que la camarera se regodee con Mario y para cuando nos deja solos y en íntima charla, yo me pregunto cómo es que hemos llegado hasta aquí—. Caramba, te estoy abrumando con mis achaques tontos.

—Nada de eso, no volví a verte tras la tesis y la verdad, tenía interés en saber cómo te va. Lamento que no seas todo lo feliz que te mereces, no solo por razones obvias, también porque eres una psicóloga aguda y prometedora.

Creo que me ruborizo hasta la raíz del pelo.

—Te lo agradezco. Si te sirve de consuelo, creo que continuaré dedicándome a esto, de momento.

—Deberías pasarte por el departamento alguna vez, el profesor Martínez pregunta mucho por ti, en confianza, creo que se siente un poquito abandonado.

—¡Pero si fui! —la exclamación me brota de las mismas tripas—. Fui a visitaros y esa rubia estirada no me dejó entrar y me dijo que el doctor Martínez ya se había jubilado. Precisamente iba a echarte la bronca por no contar conmigo para su fiesta de despedida.

—¿Paula te dijo eso?

Umm... Paula. Ese *Paula* me ha sonado algo así como demasiado familiar. Y es curioso, porque nada me ata emocionalmente a Mario, y sin embargo, me ha sentado fatal.

—Está claro que me quería lejos de allí —deduzco con amargura—. Entonces era mentira, el profesor Martínez continúa dando clases, maldita bruja. ¿Te has liado con ella? —espeto sin darle tregua.

Debería pensar un poco lo que digo, este chico tan amable me ha recogido de la calle en mitad de una situación desesperada y me ha invitado a almorzar. Yo, a cambio, lo atosigo con preguntas indiscretas y me meto donde nadie me llama.

—Err...

—Lo digo, porque cuando me ayudabas con la tesis, estaba más que claro que le gustabas. El modo en que te rondaba... Y luego este detalle que acabamos de descubrir...

—Vaya, Sofía, qué agudeza la tuya.

Suelto una carcajada para relajar el ambiente, que de repente se ha espesado.

—Incluso no siendo buena psicóloga, seguiría siendo mujer. Si no aprovechas la oportunidad que te pone en bandeja, es que estás loco.

—Bueno, nos acercamos algo, tenemos una muy buena relación profesional.

—¿Y nada más?

Me inclino hacia adelante y lo acoso con los ojos entrecerrados. Juraría que se está sonrojando. ¡Por Dios, qué *monooo*!

—Algo hay —confirma mirándose la punta de los zapatos de cordón—, aún nada demasiado serio.

—Pues cuidado, porque es una auténtica arpía, que lo sepas.

No me corto un pelo porque Mario me importa. Es buena gente, y esa rubia, una cabrona de la que no te puedes fiar. ¿Hago mal en advertirle?

—Lo tendré en cuenta —promete muy serio—. En cuanto a ti, ¿qué tal de amores? Ya podemos tocar tranquilamente esos temas de los que hablan los amigos, ya no nos liga una relación profesor-alumno.

—Igual que tú, también trato de construir algo con alguien, no sé si con mayor o menor fortuna. El mundo de los enamoramientos es hartito complicado.

—Y que lo digas.

—Me molesta que las mujeres pasemos por enrevesadas e incomprensibles, algunos de vosotros sois peor, mucho peor.

Mario se retrepa en su silla y me analiza interesado.

—No lo niego.

—Y qué decir del residuo que una relación enfermiza o tóxica deja en las personas, la manera en que enturbia otras posibles historias futuras...

Joder, estoy hablando con una pasión desenfrenada que solo noto cuando agito el tenedor con furia, y el queso con la salsa César sale volando sabe Dios a dónde.

Mario vuelve a su posición inicial, cercana y estimulante. Me mira como a un espécimen de laboratorio a punto de disección.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No —me apresuro a indicar—, no. En realidad, solo pensaba en voz alta. En el fondo es que debe gustarme la psicología, me va la marcha.

Él se ríe y yo me diluyo en el poder balsámico de su risa. Es un hombre muy, muy atractivo. Empiezo a mirarlo con otros ojos, tratando de imaginar los músculos esculpidos ocultos bajo ese pantalón chino oscuro, su jersey de lana de cuello en uve, su camisa debajo, con un solo botón desabrochado. Me entran tentaciones de abrísela un poco más, hasta ver el nacimiento de su vello, ese que se dirige sensualmente hacia el pecho y más allá.

En presencia de Mario, el deseo carnal se dispara, sí, pero de un modo distinto a como ocurre con Alex. Quizá con Alex las emociones están más elaboradas o coincide que son mutuas, me encanta tocarlo, me hace feliz que él disfrute con lo mismo.

Es un tira y afloja compensado de algún modo.

En el caso de Mario, no hay, por su parte, signos de alerta que me animen como mujer, salvo sus penetrantes miradas. Sus ojos me gritan muchas cosas, pero tan escandalosas que temo estar alucinando.

No. No pueden ser reales.

#AmigasParaSiempre

¿Sabéis que cada siete segundos se enamora una mujer? Eso afirma el anuncio de una famosa crema facial.

¡Qué agotamiento solo pensarlo, por el amor de Dios!

Es lunes y como casi todos los lunes, Sofía Echegaray llega tarde. No es que se me peguen las sábanas, es una especie de ritual morboso que yo misma me impongo, despidiendo el tiempo libre, martirizándome mientras repaso las tareas pendientes, todas las cosas desagradables que debo hacer el domingo a partir de las seis, las hago yo el lunes desde la ducha.

Así no hay modo de llegar a tiempo, por mucho que me lo proponga.

Tampoco salto de entusiasmo al escuchar el despertador, soñando con los expedientes que me esperan sobre la mesa. Al final tendrá razón Mario, ¿amo lo que hago? ¿Lo amaré con el correr de los meses?

Desde el ascensor dorado envío un mensaje a Ximena deseándole buen viaje, recordándole que me llame sin falta por la noche. Ya sé que tiene mucha gente de quien ocuparse, pero quiero fotos de su cuchitril en el hotel, quiero verle la carita sin maquillaje y chillarle cuantísimo la echo de menos.

Eso mejor me lo guardo, que no quiero ponerla triste. Ella, a diferencia de mí, adora su trabajo y está haciendo grandes sacrificios para avanzar.

—Señorita Echegaray —me recibe Helen con una sonrisa pícara desde sus labios color rubí—, por llegar tarde, se ha perdido usted la madre de todas las visitas.

Pongo cara de «más perdida que el barco del arroz». Ella mueve el dedito índice en forma de gancho para que me acerque.

—Un chico guapísimo... ¡Qué digo guapísimo...! En la vida vi nada parecido, ha venido a buscarte.

Miro alrededor. La sala de espera está más vacía que mi nevera. Me entran ganas de estrangularla.

—¿Y por qué demonios no me has avisado? Existen las señales de humo y las palomas mensajeras.

—Silvia se hizo cargo de la situación, tuve la impresión de que se conocían. Dijo que nada de follones personales en el despacho. Al final resultó ser... ¡su hermano! ¡Menudo hermano! Y yo sin saberlo.

Alex. Alex ha venido buscándome.

La emoción sube y baja por mi garganta y me impide respirar. Nada de follones en el despacho, es comprensible. Y yo no quiero incomodar a Silvia, mi inestable relación con su hermano es una inagotable fuente de estrés.

—Porque si te fijas, se parecen mucho... —sigue parloteando Helen.

Mi cerebro vuela entre mariposas a kilómetros de calle Larios y del centro de Málaga. Soy repentinamente feliz, es el regalo de inicio de semana. Y como lo soy, me porto como una buena compañera y me intereso por las jornadas de ocio de nuestra secretaria. Sus noticias son sabrosas: el viernes cerró las calles en compañía de Miguel, y ayer domingo comieron juntos.

—A ver, conste, no es que me vuelva tarumba, pero es muy agradable, tiene buena conversación y me hace reír. Y es alto. Eso es imprescindible. Por lo de los pateaculos —añade señalando sus tacones de plataforma.

—Cuentan las malas lenguas que la tiene como un trípode —dejo caer.

Abre mucho los ojos, parece que el detallito le agrada.

—¿En serio?

Carla sale de su despacho y nos pilla en plena carcajada. Está preciosa, vestida como una niña bien, chic y moderna, con una falda de vuelo estilo años cincuenta color fresa, una camisa estampada en blanco, azul y fresa, y un jersey de pico blanco. Sobre su brazo descansa una gabardina azul que es la pera, y en las manos lleva unas gafas de sol «ojo de gato» con la montura decorada en carey.

Lo más gracioso es que hemos coincidido en la paleta de colores, yo visto un pantalón capri azul y un top de manga larga color fresa. Parecemos pareja en un catálogo de moda. Nos señalamos y nos echamos a reír. Ha resultado una alumna aplicada, en solo dos jornadas de compras ha espabilado y cambiado por completo su forma de enfrentarse al armario.

Primero, definimos su estilo para evitar que no se reconociera. Luego, le enseñé las reglas de los básicos, los secretos del *colorblock* y aquí la tenemos. Renovada y perfecta.

—Vas a tener que sacarme de compras a mí también —rezonga Helen haciéndose la envidiosa.

Silvia asoma la cabeza por el pasillo y frunce el ceño.

—¿Reunión sindical?

—¿Podemos tomar algo juntas? Tengo que comentaros una cosa —nos ruega Carla a media voz.

—Yo no puedo ahora, hay cosas que debo terminar antes de entregarme al placer —responde Silvia con retintín—. Puede que en un rato...

—Por favor, Silvia, es importante —insiste Carla.

Y Carla no es de las que insisten, la verdad.

—¿Qué pasa? ¿Te marchas a otro despacho? —bromea Silvia haciéndome un guiño.

—Algo así.

Se le corta de cuajo la sonrisa que lucía.

—Joder. Helen, pásanos por mensaje solo los recados urgentes. Estamos en Lepanto.

—Bueno, tú dirás. Nos has dejado patidifusas con el notición —arranca Silvia queriendo ser delicada, sin conseguirlo.

Carla da vueltas y vueltas a la cucharilla del café entre los dedos. Yo mareo la pajita dentro de mi batido.

—Veréis, voy a ocupar un puesto vacante en el servicio de orientación jurídica del

Colegio de Abogados.

—¿Ya está decidido? —se enerva Silvia.

—A día de hoy, parece que sí.

—¿Y no podías haberlo avisado con más tiempo?

La dueña del despacho se sube por las paredes. Puede que tenga un poco de razón, no sé, estoy algo atontada con eso de que Alex haya venido a por mí a la oficina... ¿Algo?

Señor, estoy literalmente en las nubes.

#PreavisoNotFound

—¡No lo sabía! —se defiende Carla con brío.

—¿Cómo que no lo sabías?

—Tengo un amigo... especial... trabajando allí, él se enteró de que buscaban a alguien y formalizó mis datos y mi currículo...

—El colmo. Encima tienes novio y tampoco lo has contado —ladra Silvia muy contrariada.

—No es novio, es solo amigo especial —puntualiza Carla con paciencia.

—¿Y eso qué coño significa?

Veo que el momento de intervenir se avecina. Hasta ahora me he mantenido neutral en esta especie de contienda entre ellas. Natural, son sus cosas. Una es la casera, otra la inquilina, una se marcha, la otra se cabrea, tendrán que hablarlo. Pero el tono hiriente de Silvia y sus exigencias me parecen fuera de lugar.

—Tampoco tiene obligación de contarnos sus intimidades —insinúa con timidez.

—Le hemos abierto las puertas de la empresa sin conocerla de nada, creo que nos merecemos al menos un poco de confianza. —Vuelve a clavarle su mirada verde—. Y respeto, Carla, respeto.

—No sabía que iban a darme el puesto, ha sido toda una sorpresa. —Desde luego que lo ha sido—. Podría rechazarlo...

Deja la frase en suspenso y mira a Silvia esperando un «no, mujer, qué barbaridad, cómo vas a hacer eso». El caso es que Silvia la mira a ella esperando que defina día, hora y palabras exactas con las que renunciará al trabajo.

—Pero la verdad es que no me apetece —remata—. Quiero trabajar allí.

Silvia se levanta de un brinco y el ruido que las patas de la silla arrancan al suelo, me sobresaltan.

—Tú misma. Te deseo toda la suerte del mundo, aunque vuelvo a repetir, un preaviso como marca la ley habría estado de puta madre. En la oficina os veo, tengo cosas haciendo cola.

Y se marcha. Miro sus caderas contonearse camino de la puerta, su gallarda y esbelta figura, y me recuerda tanto a su hermano que me duele.

—Qué mal rato, caramba —resopla Carla.

La miro con afecto y le propongo otra ronda para aliñar el rato de charla.

—No te lo tomes muy a pecho. Está alterada y muy afectada desde que se marchó su chico.

Carla alza sus ojos redondos de rizadas pestañas y hay un nanosegundo en el que tengo la completa seguridad de que la quiero como amiga, la quiero en mi vida, aunque ya no vuelva por el despacho.

Algo parecido me pasa con Mario. Son buena gente.

—Ese es el problema con Silvia. Cualquier cosa nimia que se tuerza en su vida pluscuamperfecta, le afecta mucho, le afecta demasiado. Y todos pagamos el pato. —Posa su mano pequeña y fría en mi antebrazo y me regala un apretón—. Cuídate mucho, voy a echarte de menos.

Me alegro de que se haya adelantado, tengo el corazoncito tontorrón con lo de Alex, necesitaba sentir que genero cariño en alguien, ganitas de quererme.

—Yo a ti también. Nos veremos, iremos a comer juntas.

—¿Y de compras?

—De compras, por supuesto. Incluso tendremos alguna que otra hora feliz...

—Sé que soy una cateta, pero ¿qué significa?

—Emborracharnos por poco dinero. ¿Puedo abrazarte?

Madre mía, el momento «exaltación de la amistad» en plena cafetería, ha arrancado sonrisillas de complicidad a los camareros, con lo estirados que son. De regreso al despacho, Helen me hace una seña significativa arqueando las cejas. Ya la entiendo sin necesidad de hablar: «la jefa está que trina».

Entro directa a la oficina de Silvia, mientras Carla se refugia en la suya.

—¿Puedo pasar? —pregunto tontamente cuando ya estoy dentro.

—¿Vienes a decirme que me he pasado?

Se muerde el labio inferior, pesarosa. De repente, parece una parvulita a la que han pescado robando gominolas.

—No, voy a pedirte que me fijes una renta de alquiler.

—Sofía, las condiciones que marqué cuando entraste no han cambiado.

—Pero las circunstancias sí. Tengo algunos ahorros, estoy ganando dinero, vamos, si Carla se va, quiero pagar algo.

—De verdad, no hace falta —bufa mirando al techo.

—Deja al menos que colabore con el sueldo de Helen, puedo pagar, digamos, la mitad.

—Chica, qué pesadita te pones. Acabo de encargarle que ponga un anuncio en el Colegio de Abogados cagando leches. Es cuestión de semanas que esa oficina esté de nuevo ocupada y como hay Dios, que esta vez me aseguraré de que sea alguien que me encante. De todas formas, si insistes... Te lo compro.

Mucho más tranquila conmigo misma y con las finanzas del despacho, de cuyo derrumbe no quiero ser copartícipe, me entiero en mi cómodo sillón y me entrego al cien por cien a mis informes. No tengo visitas programadas para hoy porque las he mudado a mañana, pero sí una montaña de casos que examinar y diagnósticos que emitir. Es tardísimo y entre unas cosas y otras, no he pegado ni chapa de nueve a doce. Por eso, cuando mi móvil tiembla y se agita frenético sobre el tablero de mi mesa, doy un respingo que casi me incrusta en el techo.

Para colmo es Alex. Estiro mi mano y compruebo que tiembla. Ella y toda yo. Completa. Me aclaro la voz con un carraspeo.

—¿Sí? —Quiero sonar profesional, distendida, indiferente... No sé. ¿Cómo quiero sonar?
—Sofía.

Esa simpleza reverbera en mi interior como un cuenco tibetano. Su voz grave de terciopelo desliza las sílabas de mi nombre y las acaricia. No creo que pueda jamás acostumbrarme a algo así. Alex desnuda mi nombre cada vez que lo pronuncia.

—Dime. —Mi tono es cauteloso, pero no beligerante. En absoluto.

—¿Sería mucho pedir que nos viésemos hoy para comer?

Me cuido de responder. Pero no porque quiera hacerme la dura, que también, es que no sé qué decir.

—Es vital que aclaremos algunos puntos oscuros —añade.

Eso me hace gracia.

—Debe de ser que ahora les llaman así a las cabronadas —rujo entre dientes.

—Yo no creo haberte hecho ninguna —se defiende *ipso facto*.

Es un hombre de recursos, inteligente, con respuestas rápidas. Da lo mismo, pienso saltar por encima de su armamento.

—Te diré que mi memoria no acierta a localizar un sitio lo suficientemente lejos, lo suficientemente desconocido, lo suficientemente cutre, como para que Camila no nos descubra y se presente a dar la nota.

—¿Estabas?

No hace falta que acabe la frase, entiendo que se refiere al restaurante. Siento un sutil cosquilleo de satisfacción por la espalda. Qué bien, tenemos esa forma especial de comunicarnos sin palabras de las que solo presumen las parejas consolidadas.

Lástima que no lo seamos.

—Claro que estaba. Prácticamente entrando por la puerta —miento, por no reconocer que llegué antes de tiempo, ansiosa perdida— y tuve suerte, me tragué todo el espectáculo.

—Me preocupaba más que creyeras que te di plantón. La saqué de allí volando y no regresé.

—Te tendría entretenido hasta tarde, me figuro —asumo con malicia.

Alex no entra al trapo.

—Se las arregló para revisar los mensajes de mi móvil, no sé cómo, así supo a dónde dirigirse —reconoce en voz muy baja.

Y oír eso me altera lo indecible.

—¿Y cómo es que tuvo acceso a tu teléfono? ¿Quizá porque estabais juntos?

No quiero comportarme como una histérica celosa, ni debo. Apenas hemos salido un puñado de veces, que él signifique mucho, muchísimo para mí, no implica que lo mismo en sentido inverso también funcione.

Puede que para Alex yo no sea más que un entretenimiento, así que sonará hasta gracioso que me ponga a despotricar. Si puedo permitírmelo, es solo porque no lo tengo delante. Si nos topamos en una misma habitación y me roza, es probable que estalle sin más y me ahogue en mis propias babas. Pero la atracción fatal que nos une no significa, ni mucho menos, que lo nuestro esté definido.

—Tomamos un café en alguna parte, debió de cogerlo cuando fui al baño... —admite con voz mortecina.

—Chico poco precavido —le regaño.

Y ya no sé qué más añadir porque, aunque trate de hacerme la difícil, el estómago me burbujea como una pastilla efervescente y lo único que me apremia es escucharlo repetir su

invitación para aceptar de mil amores.

—Las cosas hay que solventarlas paso a paso. Uno no siempre es tan rápido y certero como quiere. Y con Camila, lo difícil se hace aún más cuesta arriba, lo que no significa que no pueda gestionarse. Entonces, qué, ¿firmamos una tregua y almuerzas conmigo?

Lo medito un instante.

—De acuerdo, en el Rincón de la Victoria. Conozco un sitio de *pescaíto* frito, que en invierno es una gozada.

#EmpezarHaceIlusión

Podría pensarse que arrastrar a Alex hasta un pueblecito pesquero a casi veinte kilómetros de Málaga para comernos unos calamares a la romana, resulta un pelín excesivo. Pero tratándose de Camila, la francesita caliente, toda precaución es poca. La única exnovia buena, es la exnovia muerta y, teniendo en cuenta que no puedo cometer asesinato sin lamentarlo entre rejas el resto de mi vida, decido que huir, pronto y lejos, es la mejor solución.

Nos acomodamos en una mesita con mantel a cuadros rojo y blanco, que recuerda a las cestas de picnic entre alcornoques, y al principio, ninguno tiene demasiado claro cómo empezar. Justo al borde del mar, como en la pasarela de un barco que nos recoge para apartarnos del mundo. Solos él y yo.

Lo sé, vuelvo a caer en el sentimentalismo, estoy siendo de nuevo, romántica en exceso. Debo llevarlo en los genes. Mira que con Sergio no les dio por manifestarse.

—En un idioma un poco galáctico, te he pedido otra oportunidad para comenzar algo de lo que poder arrepentirnos —me dice sin mirarme a los ojos.

Juguetea con el servilletero de alpaca en forma de estrella de mar, y mis ojos disfrutan con el baile de sus dedos.

—Ahora es cuando no te entiendo —confieso con los labios apretados, dispuesta a no ponérselo nada fácil.

La servilleta da dos vertiginosos giros y cae directa al suelo.

—Las mujeres y los hombres, ya sabes, Venus y Marte —se agacha y recoge la servilleta, que lanza a la silla vacía—, nos expresamos de un modo diferente. Pero sé que esto no es divertido para nadie, no soy tan gilipollas como para no verlo. —Deja ir una pausa, pero yo mantengo un inquebrantable silencio que lo empuja a añadir más cosas. Eso, que hable—. Entiendo que estés enfadada.

Elevo ambas cejas en un gesto de sorpresa que tiene mucho de irritación.

—Faltaría.

—No dije que fuese simple para ninguno de nosotros. —Interpreto que se refiere en exclusiva a él y a la impenitente Camila de los huevos—. Todo lleva su tiempo, especialmente si te enfrentas a un proceso doloroso.

—¿Doloroso para quién? —suelto, rogando a todos los santos, que no la incluya.

—Para todos, Sofía. Para todos los que tenemos alma y hemos entregado alguna vez el corazón. Las heridas son profundas.

¿Qué queréis que os diga? Oír eso duele.

A ella se lo dio, su hermoso corazón, en bandeja de plata. A mí no me ha dado más que

unas noches de intenso placer y algún que otro mal rato.

—No te pido que lo comprendas. Tampoco que te acoraces hasta hacerte indiferente. Las interferencias de Camila son molestas, lo admito. Pero acabarán pronto.

—No lo creo. Ella te reclama como algo propio —exclamo ofendida, y más desolada de lo que podía sospechar.

—Solo tiene que acostumbrarse a la nueva situación.

—Acostumbrarse a estar sin ti —pienso en voz alta. Como si eso fuera tan fácil después de haberse perdido en tus brazos. Percibo un fogonazo de compasión por Camila, que se aleja a toda velocidad— y a la presencia de otras mujeres en tu vida.

A propósito, me expreso en plural, cito «mujeres» en abstracto, en lugar de hablar de mí. Pero Alex no recoge el testigo, ni me corrige. Mis ilusiones se desinflan.

Es terrorífico lo que siento por él. Y peor aún que vaya creciendo.

—En lo que a mí respecta, la historia con Camila está finiquitada, pero no puedo pretender que ella pase página tan pronto. Yo tengo otros entretenimientos —¿Se refiere a mí? Detesto ser un entretenimiento. Pero lo pronuncia tan sexy y cargado de intención, que se lo perdono. Lo que quiera que sea, seré. Entretenimiento suena bien entre sus labios, mi objetivo también es divertirme—. Ella no tiene nada, salvo una manera de ser, digamos, un tanto peculiar.

Lo observo con dureza.

—Fuera eufemismos, Alex, a esa chica le faltan varias docenas de tornillos.

—No creas que es así todo el tiempo. También sabe mostrarse dulce y complaciente.

Lo de «complaciente» me achicharra el tímpano.

—En serio, puede ser una chica muy sensible, es solo que a veces... Ni siquiera es ella —su mirada se vela, se vuelve opaca y los ojos verdes miran a ninguna parte—, son esos demonios voraces que le roban la identidad, la dominan y sus reacciones dejan de pertenecerle.

Digna de un exorcismo, vaya. Menuda zorra.

—Lo dices para que no piense que estabas igual de loco por enamorarte de ella —refunfuño.

—¿Enamorarme? No sé si he estado enamorado —suelta tan campante.

—Estuviste con ella bastante más de dos años.

—Eso no tiene nada que ver.

Jamás de los jamases entenderé a los hombres.

—Ah, ¿no? Explícame eso.

Me temo que mi exigencia lo trae al paio, porque se encoge de hombros y pincha con flema un par de aceitunas.

—Hay cosas que simplemente no tienen explicación. Ocurren y ya. Cuanto más vueltas intentes darles, más absurdas te parecerán. Habría que sentirlas para entenderlas, porque se trata de eso, de sentimientos y de emociones.

Suspiro hondo. ¿Por qué será que de repente regresa mi ira y me siento apartada de un manotazo?

—Sofía, vamos a tratar de olvidar todo lo que nos llegue torcido.

Toma mi mano y acaricia mis nudillos con la ternura justa para derretirme, en desafortunado simultáneo con el camarero que llega gritando «¡Sus calamares! ¡Saltando de frescos!», con una botella de Casera bajo el brazo.

Alex le da educadamente las gracias y me libera para abrir hueco en la mesa.

—Seamos fuertes, si no es mucho pedir —agrega cuando volvemos a quedarnos solos—, recuerda que solo los que perseveran tienen éxito.

—Hace que me sienta como una intrusa —confieso en un débil zumbido.

Alex alarga el brazo de nuevo y sus dedos alzan mi barbilla. Enfrentarse a sus ojazos equivale a una tortura medieval de la que nadie podría salir indemne. Estoy enfadada, más que eso, estoy furiosa, aunque no quiero espantarlo. Tengo la impresión de que no quiere perderme, pero no sabe bien qué ofrecerme tampoco.

—¡Hey! Estamos aquí, vivos, locos de ganas por tocarnos, disfrutar, hacer cosas juntos. —Me coge la mano y con la punta del índice, recorre mi muñeca—. ¿Te hago una lista de todo lo que te haría en este mismo momento? Porque son cosas tan perversas, que solo de pensarlas va a reventarme el pantalón.

Esbozo una carcajada.

Ha conseguido desafiar a mi mal humor y ha vencido. Mis temores, mis reparos, todo se disipa cuando Alex sonrío.

—Prometo poner todo de mi parte —asegura, la risa bailoteando en la comisura de su labio—, tratándose de mí ya es mucho. No quiero dedicarme a estropearlo mientras tú esperas que funcione...

—Yo no tengo muy claro qué espero —musito.

—Tampoco arrastrarte a una relación de mierda que te desespere o te haga llorar por las noches. Me temo que es lo que te he dado hasta ahora. El papel de novio no es que lo borde, se me da mejor hacer de amante.

Tengo un oído muy selectivo. La palabra «relación» se me ha quedado pegada por arte de magia, y el resto, poco importa. De acuerdo, recojo velas. A partir de hoy, meteré mi lógica en una jaula. No para esperar que cante, sino para que deje al corazón tomar decisiones sin interferencias.

Algo me dice que la primera noche que nos besamos, en su lengua palpitaban unas palabras que no llegaron a salir, y que yo no habría querido escuchar: un «*acabaré haciéndote sufrir*» o algo parecido.

#DetestoALosCríos

De momento, sigo igual de sorda. Traía mucha rabia acumulada, decenas de trastos que arrojarle a la cara, y aquí estoy, sonriendo como una boba, convertida en un auténtico charco y mirándole el culo como una depravada mientras se dirige al baño, del que acaba de salir correteando un niño.

Al regresar, une los dedos índice y corazón formando una pistola con la que simula disparar al peque. Le pregunto qué le ha hecho el pobrecillo.

—Menuda peste en los aseos —me explica irritado—, ha sido ese niño, ese pequeñito de ahí. Habría que ponerle un tapón en el culo.

—Resumiendo, no te gustan los críos.

—Me ponen histérico.

—Y no piensas tenerlos nunca, para que tu preciada paz vital no se resienta —deduzco algo contrariada.

Me mira con fijeza, de un modo significativo.

—Hasta ahora pensé que era algo ya decidido.

—Pero... —le insto a continuar.

—Imagino que, como todo en esta vida, supone dar con la mujer adecuada.

Abro los ojos, creo que con desmesura.

—¿Hablas de mí?

Busca a tientas mis dedos con los suyos.

—Por ti haría muchas cosas extrañas, Sofía.

—Ser padre no es extraño —le recuerdo con un hilo de voz.

¿Estoy oyendo lo que estoy oyendo?

—Es arriesgado. Y tratándose de mí, una auténtica marcianada, de marciano. Pero la cometería con gusto.

Señor... Me tiemblan las rodillas. Esto se está poniendo demasiado solemne. Necesito hacer un chiste malo. Rápido.

—Para matarte es poco, hablar del futuro de la raza con tal falta de respeto...

Alex continúa serio. Muy serio. Demasiado serio. Y la versión de «Stay» que suena por encima de nuestras cabezas no ayuda a que el momento se destense. Carraspeo y recupero mi mano, que hormiguea por todas partes. Devoramos el almuerzo a toda velocidad y para cuando llegamos a su cama, ya hemos follado tres veces.

Nada más lejos de mi intención que ser vulgar cuando os cuento nuestros... polvetes. Pero con Alex es simplemente así, ávido, salvaje y candente.

Me gustaría poder decir que hacemos el amor con dulzura y sentimiento, pero lo cierto es que la necesidad química que nos empuja a fusionarnos es casi animal y no deja espacio para nada más. Manos que recorren la piel a velocidad de vértigo, pecho desnudo contra torso, el calor que aflora y lo asola todo, me adormece, me atonta, cierra el túnel de mi visión para que solo pueda mirar sus ojos devorándome. Pura magia sin cabos sueltos.

Me ha desnudado como a un plátano de pie en el salón de su apartamento. Él luce cuerpo en calzoncillos y me regala una mirada llameante.

—No puedo esperar —farfulla.

Atrapa mi nuca, me pega a él y me besa con furia. Ya lo ha hecho antes, en el ascensor, y la sensación que me ha recorrido la columna mientras me rendía al placer, no puede describirse. He flotado por encima del bien y del mal.

—Yo tampoco —respondo.

No me lo pienso, deslizo los dedos dentro de la cinturilla de su ropa interior y tiro con brío hacia el suelo. Su pene erecto golpea mis muslos y mientras con el pie lo desvisto y los aparto, centro mi postura y lo acojo en la entrepierna.

Aprieto.

Jugueteo.

Alex sujeta mi labio inferior con los dientes, masajea mi trasero con una mano y con la otra tira de mis pezones. Me sorprende.

¿Quién dijo que los hombres no son capaces de hacer varias cosas al mismo tiempo?

—Ponte a cuatro patas, cariño. —Señala el sofá.

No lo dudo un segundo. Estoy tan caliente que podría tirarme por el balcón si me lo pidiera. Apenas separa su cuerpo del mío mientras me inclino, apoyo las rodillas y quedo a su merced, expuesta y anhelante. La temperatura de mi piel asciende muchos grados de golpe. El deseo corre libre, se convierte en fiebre incandescente. Alex arrastra la mano por la curva de mi espalda y se detiene en la parte interior del muslo. Con un leve tirón me separa las piernas, con la otra mano me inmoviliza el trasero, y siento su cadera presionar y aposentarse.

Solo por unos instantes, el contacto desaparece enseguida.

—¡Hey...!

Muere mi protesta porque noto su lengua recorrer mi sexo y desde esa posición, tan atrás, el brutal efecto me empuja al abismo. Gimo en voz alta, su caricia se intensifica y yo me acomodo al roce de sus labios para hacerla más íntima. Puede que toda mi sangre disponible haya decidido concentrarse en mi clítoris, porque no siento nada más, a excepción de placenteros pinchazos en unos pezones que parecen diamantes.

—No pares, no pares...

Puede que yo sea esclava de las necesidades de mi cuerpo, pero Alex sabe muy bien cómo domarme. Noto dentro sus dedos, confundidos con su lengua y los pequeños mordiscos que reparte por mi vulva. Entran y salen con suavidad, no hay impedimentos, solo lubricación. Introduce un tercer dedo.

De repente, soy puro deseo. Lucho por mantener a raya mis emociones, si bien el estímulo es demasiado devastador, sigo al borde del precipicio, con el interior de los muslos mojado.

Interrumpe el maravilloso momento que estaba regalándome y vuelve a aproximarse.

¡Qué calor despiden su piel!

Hierve como un horno, noto su respiración contenida y me preparo para el ataque. Se clava en mí hasta el fondo, a sabiendas de que estoy más que preparada para recibirlo. Así y todo, es tan intenso que permanece quieto unos segundos permitiendo que me acople a la nueva situación. Lo noto duro y firme dentro de mí, iniciando su baile. Arqueo la espalda con un gemido largo y él rodea mi cintura con sus grandes manos.

Ya soy suya de nuevo.

Todo mi ser se tensa con cada embestida, lo anima a que se hunda bien dentro y luego se retuerce a su alrededor para impedir que salga. No tengo otro modo de retener a Alex, su amor se me escurre de entre los dedos.

En el día a día, la memoria de Camila no me hace sentir cómoda. Y mucho menos segura. Pero cuando cerramos la puerta a nuestras espaldas y nos entregamos al sexo, todo queda atrás. Combino su empuje con mi movimiento, atrás y adelante, sintiendo cómo se engrosa y me provoca descargas casi eléctricas. No puedo verlo, pero lo imagino sudoroso, de pie entre mis piernas, con una rodilla flexionada contra el sofá, tomando lo que por derecho le pertenece.

—Nena, voy a correrme —me avisa.

Ya sé que algo se precipita, una mano se levanta, abandona la curva de mi cintura y se enrosca alrededor de mi melena, formando una coleta. No tira, solo sujeta con fuerza y me atrae en su dirección.

Me dejo ir. No tiene sentido reprimir el estallido por más tiempo. Llega la oleada de escalofríos y grito, liberada de la ansiedad, del anhelo de tenerlo, que me ha golpeado durante todo el día. Los violentos espasmos se disparan cuando sus dedos tantean buscando mi clítoris y lo masajean en círculos. Alex se está corriendo, pero no se olvida de mí, consigue que tenga un segundo orgasmo, tan abrumador y tan cercano al primero, que dejo caer la cabeza y me obligo a cerrar con fuerza las piernas, para evitar que el estímulo se prolongue más allá de lo soportable.

—Alex... —Sueno desfallecida.

Me encojo sobre mí misma. Él sale de mis entrañas y atrapa mi cintura con ambos brazos. Mantiene la postura, aunque apoya su mejilla en mi espalda. Luego me da un suave beso al inicio del trasero.

—Mi niña. Eres deliciosa. Deliciosa por dentro y por fuera.

#SoyLaQueSoy

Apenas han transcurrido treinta minutos, que invertimos en reposar y recuperar el compás de la respiración en el sofá de cuero, y ya estamos de nuevo al tajo. La culpa la tiene este hombre casi perfecto que me disloca con solo mover el meñique. Si llevara un cartel estampado en la frente que advirtiese «*no me mires a los ojos porque te hipnotizaré sin remedio y haré contigo lo que me dé la gana*», el mundo sería más justo.

Sencillamente me toma de la mano y me conduce hasta la cocina, sin preguntar.

—¿Vamos a comer algo? —Soy yo la que pregunto, emocionada cual niña de teta.

Por cierto, las llevo al aire y bambolean que da gusto, Alex no les quita ojo.

—Tú, lo que quieras. Yo a ti, enterita y sin pelar.

Lo silabea en plan amenaza mientras me pellizca un pezón que de inmediato, responde, el muy traidor. Disimulo mis nervios con una risita que igual me hace parecer tonta del bote.

—¿Otra vez?

¡Jesús, si todavía me palpita el totete...!

—¿Te parece que abuso?

Se está burlando de mí, lo noto en el deje de su tono. Y en que me agarra por la muñeca y me fuerza a exhibirme, en una pirueta de boba enamorada en porretas.

—No he dicho eso.

—Entonces, iré a por ti sin clemencia, todas las veces posibles.

Se me acelera el pulso cuando me iza y me sienta en la encimera de la cocina. Me traspasan sus pupilas fijas en mi boca, resbalando hacia mi ombligo. Sé lo que ocurrirá a continuación, me separa las rodillas y de pronto, ya no veo más que su cabello oscuro y espeso entre mis piernas. Me entrego sin oponer resistencia, lanzo atrás la cabeza con un jadeo, y a medida que la succión sobre mi sexo crece y se combina con batidas de lengua, trato de aferrarme a algún objeto, con desesperación.

No hay nada sobre aquella piedra lisa color crema a lo que agarrarme.

—Oh, por favor... —gimo, sumida en una espiral de delirio que me zumba en los oídos.

Alex ha vuelto a introducir dos dedos en mi interior mojado y juguetea buscando el punto rugoso que me catapultará directa al Olimpo. Mueve esos largos dedos provocadores con tanta habilidad que me derrito y la necesidad de alojarlo en mi interior es tal, que deja de pertenecerme.

Apoyo los pies en sus anchos hombros. El hormigueo que precede al temblor, la niebla que anticipa el orgasmo, ya están aquí, llamando a mi puerta, y yo solo tengo que ceder el

control y dejarlos entrar.

Lo hago con sumo gusto.

Lo que escapa de mi garganta es más bien un alarido de animal en celo. Alex persigue mi placer y al minuto, antes de que el aturdimiento se evapore, lo encuentro de pie a mi lado, besando mi cuello, haciéndose hueco para penetrarme.

—No voy a poder soportarlo —susurro ronca—. ¿No has visto cómo ha sido de intenso?

—Estás muy sensible, eso es bueno.

Lo tengo dentro. Empalmado y duro como una puñetera piedra. Me deshago de gusto.

—¿Sensible? Debo estar a punto de batir algún récord *Guinness* de corridas encadenadas, o algo parecido.

Se ve que no tiene ganas de seguir charlando, sella mis labios con un beso ansioso que despedaza mis razones, y se funde conmigo llenándome por completo.

Nunca imaginé que follar cansara tanto.

Si me hubiesen retado habría apostado todo lo que tengo y lo habría perdido. Alex me tiene a su lado, abrazada fuerte, tumbados en la cama tras esa maratón interminable a que se reducen nuestros encuentros, totalmente exhausta.

Son casi las siete, ha visitado la cocina, esta vez a solas, y vuelve cargado con una bandeja de embutido, piquitos, patatas fritas, limonada y agua fresca con gas. Me incorporo a toda prisa y olvidándome del protocolo y del quedar bien, zampo a cuatro manos.

Él me observa divertido.

—Siento no ser mejor cocinero. Podría hacer unas tortillas a la francesa o unos huevos duros. ¿Qué tal algo de pasta? Debo tener por ahí un bote de salsa que...

Con la boca llena, le hago una seña para que calle.

—Déjate de delicatessen, esto está de miedo.

—No entro demasiado en la cocina, me temo.

—Para cocinar, se entiende —añado con malicia—. Da lo mismo, tienes una casa preciosa. Yo no podría comprar algo así ni por asomo.

—No creas que salió tan cara.

Sus dedos, los mismos que un rato antes pellizcaban mis pezones hasta volverme loca, pinzan una loncha de lomo y se la lleva a la boca. Persigo el movimiento, extasiada, casi sin querer.

—No me refiero al precio. Creo que adquirir algo de por vida no es lo mío.

—¿Vives de alquiler? —Asiento—. La propiedad tiene sus ventajas —me dice.

Yo me encojo de hombros.

—Depende del estilo de vida que lleves. Para mí, el alquiler es la opción más cómoda. Miro adelante y contemplo la posibilidad de cambiar de casa cuando me convenga o cuando la mía ya no satisfaga mis necesidades, y me siento libre, es genial. Será porque soy ligeramente...

—¿Inestable?

—¡No, joder, eso no! —ríó—. Impredecible.

Inestable no es un adjetivo que defina bien mi manera de ser, pero sí la de ella. Camila. Siempre presente, incordiando. Ella sí que es inestable.

—¿Te atraen las mujeres inestables?

—Me atrae el cambio, la rutina me asfixia.

Sirve agua burbujeante en dos vasos y añade dos rodajas de limón. Me tiende uno.

—Huyes de la normalidad, entonces —sentencio con los dientes apretados.

—Define normalidad.

Chasqueo la lengua y me río sin fe. Tocado y hundido.

—Tienes razón, es casi imposible. Me refería a una relación agradable y pausada que te llene y te haga feliz, que te ayude a crecer y te enriquezca.

—¿Eso existe?

—Ten por seguro que sí.

Por los testículos del puto Minotauro... Este chico está tocado en serio.

¿Qué clase de herencia le ha dejado esa loca? ¿La de la indiferencia? ¿La del desinterés, la indolencia y la apatía? ¿La del creer que nada es posible aun cuando ames con todas tus fuerzas?

Mientras él siga pensando así y yo sea devota del amor puro, sin reservas, es difícil que entre Alex y yo brote nada sano.

Se me amarga lo que ando masticando, me dan ganas de escupirlo al suelo. No entiendo exactamente el porqué, pero de repente pierdo la paciencia. Aparto el plato, me alejo de la bandeja y abandono la cama.

—¿Dónde vas?

—Creo que me marchó.

El movimiento de Alex se anticipa a cualquier otro que yo pueda prever. Salta y me cierra el paso. Sujeta mi brazo, autoritario, y escruta mis rasgos.

—¿Qué coño ha pasado, ¿cómo ha sido y cuándo?

Soy transparente, no puedo evitarlo, y en este momento echo humo. La historia se recrea sola en mi mente sin necesidad de nada más. Yo me esfuerzo inútilmente por alcanzar la paz, y Camila me propina la patada que no merezco y me lanza lejos.

—Es tarde.

—No es tarde, Sofía. Es solo lunes antes de la cena.

—Pues eso. —Evito mirarlo—. Mañana trabajo. ¡Déjame salir!

El garfio de sus dedos se aprieta alrededor de mi brazo. Mis ojos ascienden tímidos hasta su cara, está mordiendo el labio inferior con una mueca de salvaje lujuria. Está más empalmado que nunca, si es que eso es posible.

Intenta besarme. Me resisto, y su erección crece.

—Mírame. Mírame, Sofía.

Estamos forcejeando, me aparta la melena y busca mis ojos sin suplicar. Él manda y lo sabe.

No puedo luchar contra su superioridad física ni contra el deseo que me debilita. Le ofrezco mi boca y los que empiezan siendo besos dulces y suaves, acaban siendo auténticas dentelladas codiciosas. Me carga sobre su cadera y me remolca a la cama como un hombre de las cavernas, como si no estuviese ya saciado de mí y de mi olor.

Un manotazo suyo despeja el colchón de platos y vasos, todo rueda por la alfombra, me lanza contra las sábanas y ciego de desenfreno, muerde mis pechos, mi cuello, mis hombros y me penetra sin siquiera prepararme. Un sexo caótico y algo salvaje, como si llevase un año entero sin fornicar.

El latido de su vigoroso corazón retumba, es casi audible.

Entonces lo comprendo.

A Alex, una simple mirada de desafío lo pone a tono. Discutir lo excita, y al primer grito

está duro como el hormigón. Es a lo que está acostumbrado, a las feroces descargas de adrenalina. Camila lo convirtió en un adicto al drama.

¿En serio quiero que me arrastre a ese mundo tan sórdido? ¿A ese pozo negro tan profundo? ¿A otra relación tóxica como la que él tuvo?

Un orgasmo bestial da al traste con mis reflexiones.

Pues va a ser que estoy perdidamente enamorada, por él cedería hasta el infinito, por él haría cualquier sacrificio, por absurdo que suene. Entre el blanco y el negro, siempre hay más colores.

Soy suya por entero. Qué le voy a hacer.

#EntreElBlancoYElNegroSiempreEstáElRojo

Alex

Estoy de espaldas a la puerta, pero lo suficientemente atento como para percibir que se abre. En realidad, cualquiera lo habría notado, ha sido una especie de huracán violento lo que la ha empujado hasta empotrarla contra la pared.

Y tras la avalancha llega Camila. Lo sé, lo presiento, aunque aún no he girado para verla.

Está furiosa, la energía que emana es de tal calibre, que se estrella contra mi espalda como un muro en movimiento. Justo cuando planeo enfrentarla y saludar, me arroja algo pesado a la cabeza. Lo esquivo con facilidad y cae al suelo. Es un libro grueso que me habría abierto la ceja de haber podido.

—¿Quién cojones es Ana? —vocifera fuera de sí.

—Camila, joder, ¿es que quieres fracturarme el cráneo?

—¡He dicho que quién es Ana!

—Una vieja compañera de la facultad, ¿por qué lo preguntas?

—¿Te la has tirado?

Intento distraer lo que se avecina, estudiando el paisaje exterior a través de la ventana.

—¿A qué viene eso? —gruño malhumorado.

—¡Contéstame! ¿Te la has tirado? ¿Te has tirado a la buena de Ana?

—Una vez... creo.

No voy a darle importancia. Compongo una expresión casi inocente, le muestro las palmas de las manos en señal de entrega. No funciona.

—¡Hijo de puta!

Con un grito que no parece humano, busca otra cosa que arrojarme a la cara. Agarro su muñeca lo bastante rápido como para evitarlo. En el fuego que despiden sus ojos oscuros hierve mi sangre lentamente. Joder, me está poniendo cachondo toda esta odisea, la tensión embota mi entripierna de un modo irracional. Ahora me gustaría arrancarle la ropa, tumbarla en el suelo y partirla por la mitad a base de empujones.

—Fue hace siglos —remacho, clavándole una mirada obscena a su escote—, ya ni me acuerdo.

Doy un paso adelante. Camila me sostiene firme la mirada.

—Pues bien que te escribes con ella.

—¿Has vuelto a hurgar en mis correos? —entono como si regañase, cuando lo cierto es que todos sus desvelos me hacen mucha gracia.

Esta chica invierte ingentes cantidades de tiempo y energía en mí, buscando fantasmas que ni siquiera existen. Se abalanza con los puños en alto, presa de un súbito ataque de demencia y me golpea repetidamente, con todas sus fuerzas.

—¡No te rías! ¡Coño, no vuelvas a reírte de mí!

Su paliza no me da ningún miedo, sujeto sus muñequitas de juguete y gozo viendo cómo se retuerce.

—Nena, me troncho imaginándote tecleando como una loca o rebuscando en mi papelera de reciclaje, a la búsqueda de pistas como una traviesa detective.

Remarco mi descripción con un lento lametón a lo largo de su cuello. Puedo sentir cómo el vello se le pone en pie y me aplaude. Los pezones ya están duros, como sabrosos guisantes congelados.

—No me dejas otra opción —chilla hiriente—. Me engañas. Cada vez que me doy la vuelta, me engañas con la primera jodida zorra que se te pone por delante.

—O por detrás. —Sabe bien que eso no es cierto, que no existe más que en sus escabrosas fantasías. Pero que me acuse y se lo tome tan en serio, me pone. La arrinconó contra la pared y dejó que mi sombra la cubra—. Quítate la ropa y chúpamela.

—Te odio —me jura, sin resentimiento alguno en sus ojos.

Solo un brillo febril que me indica que voy por buen camino.

Le subo la falda, cierro los dedos en torno a su culo. Los celos de Camila me excitan. Su marcado instinto de posesión dispara mi temperatura. Intenta abofetearme, la esquivo pero su mano ha planeado peligrosa junto a mi cara. Rodeo la suya con ambas palmas y en cuanto Camila queda libre, sus dedos se cuelan por debajo de mi camiseta y van directos a mis tetillas.

Odio que tire de mis pezones, pero lo hace siempre, para atormentarme. Mis pulgares acarician sus mejillas y Camila atrapa uno de ellos con sus dientes. Se lo introduce en la boca y lame con cara de viciosa integral.

Joder, podría correrme solo mirándola. Mi imaginación se encargaría del resto.

—Métetela en la boca. Hasta el fondo —ordeno.

Y cuando su mullida humedad aterriza sobre mi miembro, cuando galopa por el tronco a pequeños sorbos dispuesta a conducirme al éxtasis, mis ojos entrecerrados se abren y de un brinco inesperado, me siento en la cama.

Es de noche. La melena rubia de Sofía descansa a mi lado, su respiración es sosegada y rítmica. La mía, agitada y confusa. Recuerdo lo mucho que me ha costado convencerla de que se quedara a dormir. Se estira entre las sábanas y su perezosa sensualidad se apodera de toda la habitación. Es como un soplo de armonía coloreada capaz de invadir los rincones más tenebrosos y llenarlos de luz.

Tengo la boca seca, el corazón al límite, parece que hubiera corrido cientos de kilómetros por un desierto pedregoso. No es real, me digo, no es real.

Ella me persigue. Está en todas partes.

#¿SobreRuedas?

Sofía

Si la semana decidiera durar varios lustros me importaría pimienta y medio. Lo mío con Alex marcha sobre ruedas, nos vemos casi a diario, y si bien es cierto que apenas si hacemos otra cosa que encerrarnos a follar como leones, estamos cerca de ser esa gente que se llama y queda por costumbre para cosas rutinarias, uno un poco parte del otro.

En mis horas de oficina, el trasero inquieto se me despegaba de la silla, no es allí donde quiero estar sino en la cama, con Alex. Y como no puedo, pienso en él, en nuestros momentos juntos, en el calor que desprende su cuerpo esculpido. No atiende a casi nada de lo que me cuentan, y desde luego, ando bastante desconcentrada.

No importa, me digo, es por amor.

Cuando me tumba sobre su cama, o sobre la mía, que por mi minúsculo apartamento también pasamos, se me queda mirando de un modo... No sé expresarlo, va mucho más allá de lo intenso. Alex me está gritando sin palabras que me necesita y ojalá también, que me quiere. La fuerza arrolladora con que sus ojos verdes me traspasan, disipan a ratos todas mis dudas. Si fuese así siempre, si yo supiera exactamente qué necesito de una relación y qué debo darle a él para que no ocupe su corazón ni su mente con nadie más...

Lo sé, esta impaciencia mía es criminal y asesina. Ahí la tengo, dando la lata.

Mi elaborada mentira basada en enfermedades raras e interminables pruebas hospitalarias para disponer de un puñado de tardes libres, puede costarme el puesto en el gimnasio. A mi favor, cuento con la suplencia obligada que asumí cuando mi compañera se dejó el menisco pegado en un escalón. Cumplí sin rechistar, cargué con mis clases y con las suyas, ahora quiero mi contrapago.

Merezco un poco de auxilio. ¿No? Al menos, por parte de mi gimnasio, al que tantos desvelos he dedicado, ya que mi compañera Silvia no está por la labor. De hecho, aparece gruñona, por sorpresa detrás de las puertas, dando la sensación de que me espía.

El martes por la mañana, después de haberme quedado a dormir en casa de Alex y haber recaído un par de veces en el fornicio más insensato de buena mañana, llegué al despacho a las tantas. Eso sí, feliz como una rosa temprana. Silvia no estaba, pero Helen tenía los pelos tiesos y mil cuarenta mensajes de «la jefa» reclamando mi presencia urgente.

—Está buscándote histérica perdida, no sé bien lo que ha pasado —gimió.

Y tuve la sensación de que la chica estaba apurada. Señalé mi móvil, atónita.

—¿Y por qué no me ha llamado? Un mensaje...

—Tengo entendido que unos clientes querían consultarte algo, una emergencia, no sé bien de qué iba la cosa.

—Sigo pensando que pudo localizarme por teléfono en lugar de montar este pifostio y meterte a ti en medio.

—Imagino que querrían verte aquí, en la oficina —se atusó nerviosa la melena—, ay, Sofía, cuando Silvia se cabrea no da muchas explicaciones, ¿sabes? Solo grita y gesticula.

Suspiré y mis ojos volaron sin querer hacia la puerta cerrada del despacho de Carla, ahora vacío. Iba a tener razón, convivir con Silvia iba a ser que pasaba por concederle todos los caprichos a la hora que se le antojasen.

—La llamaré —traté de tranquilizarla—, no te preocupes. Si pregunta, dile que ya me has puesto al tanto.

—¿Te preparo un té?

—Por favor —le agradecí por encima del hombro, camino de mi cubículo.

No marqué ningún número, por descontado. Si Silvia precisaba de algo, que volviese a telefonear y se explicase como Dios manda. Ya estoy harta de pataletas. Pero ni regresó de la calle en toda la jornada, ni envió mensajes amenazantes, ni llamó a gritos. A veces las cosas se solventan solas, me dije, mecida por la dulce memoria de mis sesiones de sexo con Alex.

—¿Puedo pasar? —Era Helen cargada con su taza de té y unas pastitas de Lepanto.

Pecado mortal para la celulitis y las redondeces en las caderas.

—Sí, claro, adelante.

Abrió hueco con una mano en el caos que a veces es mi mesa, y dispuso el minidesayuno con una sonrisa. Le hice un gesto distraído de agradecimiento. Para aquel entonces ya estaba yo sumida en un sesudo informe.

—Si no necesitas nada, visto que Silvia no volverá hoy y que no tenemos más visitas pendientes hasta la tarde, me llevo al Colegio de abogados no sea que cierren, a solicitar currículos de posibles inquilinos. Silvia quiere rematar el tema cuanto antes.

Calculé lo testaruda que es mi amiga negándose a cobrarme un alquiler. Igual lo necesitaba y se negaba a reconocerlo. Asentí sonriendo de vuelta.

—Perfecto.

En cuanto oí cerrarse la puerta principal, me arrebató un inexplicable sentimiento de añoranza, en el centro del cual se encontraba Carla.

#Gatitacallejera

Estamos a jueves y la actitud de Silvia me ha empujado a modificar sensiblemente mis intenciones. No he vuelto a rendirme a los encantos de Alex y aunque nos hemos visto y follado hasta morir cada tarde, he procurado dormir en mi apartamento a diario y llegar a las nueve de la mañana, como de costumbre.

El miércoles tuve una medio bronca con Silvia por culpa de los horarios, que no va a volverse a repetir.

—Pensé que aquí manteníamos un cierto orden —dejó caer con retintín—; en cuanto a programa y agenda.

—Claro —repliqué muy tranquila—, tú tienes tu horario y tus compromisos, yo los míos.

Una mueca de contrariedad le crispó la preciosa cara. La tenía de pie, delante de mi escritorio, intimidándome, y yo tuve que apartar mi tarea y concentrarme mucho más en la discusión porque superaba el mero intercambio superfluo de palabras que parecía en un principio.

—Ah, ahora es eso. Pero Sofía, hasta anteayer, venías y te marchabas invariablemente a la misma hora. Cometo el error de confiar que estés aquí en ciertos momentos...

—Tú no apareciste ayer martes y nadie te pidió explicaciones —la corté sin que se lo esperase.

Dio un respingo y se retorció entre los dedos un mechón rubio.

—Mira, no voy a discutir estos asuntos, ya somos mayorcitas para saber cómo atender nuestras respectivas profesiones. Lo único que necesito saber es si puedo o no, contar contigo.

Los tonos de ambas se habían endurecido y creí oportuno suavizarlos. Estaba a punto de mandarla a la mierda por controladora, cuando recordé que la única condición con la que había aterrizado en aquel idílico despacho era encargarme de las evaluaciones forenses de sus clientes cuando hiciese falta.

Vale, es posible que tampoco su petición fuese del todo descabellada.

—Claro que puedes contar conmigo, cielo —contesté mucho más serena—, es solo que algunos días se desmadran un poquito desde la noche anterior.

Aliñé mi frase con un guiño por ver si le arrancaba una sonrisa, pero Silvia me siguió mirando con más curiosidad que otra cosa.

—No sé de qué pueda tratarse —refunfuña—, no me haces el menor caso, no salimos, ni de compras, ni de cena, ni nada. Cuando André se marchó me prometiste que no nos separaríamos.

¿Yo prometí eso? Más bien ella esperaba que lo prometiera.

Silvia frunció el morrito como una niña pequeña a la que se niega una golosina. Sus

ojitos verdes demandaban atención.

—Salí a dar una vuelta con tu hermano —informé con una sonrisa bobalicona.

Convencida de que la noticia la convertiría en mi cómplice.

En lugar de darme ánimos o información privilegiada, Silvia cambió de tercio, arqueó el cuello, me repasó casi con lástima y giró sobre sus tacones dando por finiquitada la charla.

—Espero que sepas dónde te metes —sentenció camino de la puerta.

Y el modo en que lo dijo me regaló un fúnebre escalofrío.

No negaré que el desinterés de mi amiga cuando por fin reconozco tener algo con su hermano, hecho que hasta ahora ha pasado por alto pese a las pistas que hemos ido dejando, me desconcierta. Entiendo, hasta cierto punto, que Silvia pretenda mantener al margen nuestra amistad, pero no implicarse absolutamente nada, ni para alegrarse siquiera... Joder, no lo entiendo.

—Debe ser que está celosa —aventura Ximena cuando se lo cuento. Mi cita de las doce, una anciana en continua gresca con su vecina, interesada en saber si presenta rasgos paranoides, ella, no la vecina, ha cancelado, y aprovecho para llamar a mi casi hermana, con los tacones tirados por el suelo y los pies descalzos sobre la mesa—. Entiéndeme, no celosa en el sentido literal del término. Pelusilla, el tiempo que le dediques a su hermano, de algún modo, se lo sisarás a ella.

—Coño, Xime, qué análisis más profundo.

—Es que debe sentirse muy sola desde que su novio se las piró a hacer las Américas —se cachondea—. Cómo mola que a una tía tan buena la abandonen, tirada cual colilla, me impulsa a creer de nuevo en la existencia de justicia divina.

—No seas cerda —río.

Ximena, su espeso flequillo, ahora rojizo, y sus cosas.

—Era broma, Silvia no me cae del todo mal. Tampoco bien, conste. Desde que la conocimos se ha mostrado muy posesiva respecto a tu persona, así que supongo que contaría con que ahora que anda sola, Sofía, su mejor amiga, la entretendría y le curaría las pupitas del corazón.

—Yo mientras tanto, me tiro a su hermano —murmuro reconcomida.

No me siento muy orgullosa de mi nuevo yo, el que nació cuando Sergio me regaló la patada en los dientes que me hizo espabilar.

—Di que sí, hija, al folleto y a disfrutar, que el mundo se acaba. Que si no es el coronavirus es otra chirimbaina, pero siempre nos tienen en un «ay». ¿Tú eres feliz?

Me quedo pensando. Si doy un conveniente zarpazo al montón de dudas estúpidas que corretean y hacen cosquillas en mis neuronas, lo soy. Más feliz que un conejo en una mata de tréboles.

—¡Sí! —Y mi afirmación brilla con fluorescentes por sí sola.

—Pues eso es lo único que importa.

Tiene razón. Así son las cosas cuando se vive sin miedo. Ojalá yo no lo tuviera.

—¿Qué tal el curro?

—Interesante. Absorbente, acabo molida, pero apasiona. Estoy aprendiendo mogollón de cosas nuevas. Esto es otra historia, Sofía, otro universo.

—¿Y el hotel? ¿Sigues allí? —Chupo el capuchón del boli hasta hacerme daño en la

encía.

—Ya me he puesto manos a la obra, pienso pillar el mejor apartamento de Madrid, y al mejor precio.

—¿Y eso, de repente? Dijiste que...

—Ya sé lo que dije, pero la habitación del hotel es tan impersonal...

Una ráfaga de lucidez cruza mi mente y detecta algo sospechoso en el tono de su voz.

—Hay algo más.

—Bueno...

—¡Desembucha!

—Tengo una compañera de piso.

—¿Eing?

—Una gatita callejera, mimosa y divina, que me hace compañía. Se llama Simi y de momento vive conmigo al estilo clandestino.

—¿Te la dejan tener en el hotel?

—Claro que no, boba, por eso somos ilegales, tenerla me ha costado comprar el silencio de la camarera de piso. Menos mal que adora los gatos y solo me pide una bolsa diaria de gominolas como pago por mantener la boca cerrada, pero no puede durar, cualquier día nos pillan y vamos las tres a la calle: la camarera golosa, Simi y una servidora.

—Entiendo. Sí, necesitas un piso. Especialmente habilitado para recibirme cuando me rompa en pedazos y tenga que correr a refugiarme en tus brazos.

Realmente, no sé a qué viene esa patochada, habíamos quedado en que yo era dichosa. Ximena suelta una exclamación al aire que más bien parece el rugido de una leona defendiendo territorio.

—¿De qué hablas ahora? ¡Que estás en las mieles del comienzo de un noviazgo!

—Es que no creo que tenga ningún noviazgo, todo lo más, un amante... ocasional.

Pronuncio la última palabra con reverente temor y lo único que consigo es que el boli se caiga al suelo y mi amiga se descojone a mi costa.

—Pero bueno.

—Buenísimo —confirmo con un silbido.

—¿Entonces? ¿Es que voy a tener que convencerte de la suerte que tienes? No te recordaba tan pesimista, chata barata.

—Sabes que para ciertas cosas soy tradicional —comienzo con un tartamudeo.

—Más que un equipo de monjas.

—Pues no me gustan las que arrancan sin nombre.

Señor, ahora estoy a punto de echarme a llorar. Debo estar en uno de esos días de ovulación que me trastocan, porque igual recuerdo las caricias de Alex y toco el cielo, como me arrebató con la certeza de que me dejará plantada cuando menos me lo espere.

—Sofía, por tu madre... ¡No te comas más el coco!

—Lo intento —gimoteo, poco convencida.

—Cuéntame cosas bonitas, chulas, divertidas. Cuéntame alguna anécdota de los dos.

Me quedo pensando. Fuera de la cama no tengo muchas para elegir y dentro, la selección es escandalosa y por supuesto, privada.

—Bueno, por ejemplo... Alex nunca había probado las garrapiñadas...

—¿A quién coño le importan las almendras pasadas por almíbar cuando te estás beneficiando al que probablemente sea el tío más bueno de Málaga? ¿No hay nada más excitante que contar?

—Creo recordar que no lo aprobabas.

—Y sigo sin aprobarlo. Pero si te tiene contenta la almeja, con lo que yo te quiero, tiene mi bendición.

#AsíComoSuenas

Silvia actúa en plan araña tejiendo su tela y yo soy la mosca enredada que acepta salir a cenar con ella el viernes por la noche, cuando pensaba pasarla con Alex. A él le explico por teléfono, me comprometo a no ir más allá de unas tapas con su hermana, y me asegura que me espera en casa, en pelota picada, con sorpresa.

No puedo con el ansia viva.

Silvia me relata mil y un detalles de la vida de André en la lejanía, yo simulo atenderla, pero no aparto el trabuco de Alex de mi pensamiento, el modo como me hace suya. Tengo la sensación de ir contracorriente porque floto eufórica en una nube de rosa felicidad, mientras que a mi alrededor la gente se estresa y se cabrea. Hoy, sin ir más lejos, Silvia ha estrellado un expediente contra la pared y Helen se ha pasado casi una hora de rodillas recogiendo y ordenando papeles.

Menuda semana, coño, casi me siento culpable por no estar deprimida.

—Dice que vendrá pronto a verme, pero ¿cuándo es pronto? En el caso de André, pronto es nunca.

Caigo del guindo porque, aunque no entiendo lo que dice, un runrún de letras cantadas se pega a mi oreja. Es Silvia, abrazada a su cerveza y un pelín piripi ya, despotricando para variar. Yo ya estoy un poco hasta el moño de consolarla con palabritas blandas. Si André piensa venir o follarse a medio Nueva York, es algo que ni sé a ciencia cierta, ni me importa.

—Vas a tener que trabajar tu paciencia —indico profesional y seria.

Ya ves, le dijo la sartén al cazo, cuando yo peco de lo mismo.

Me dirige una mirada atravesada.

—Eso no me sirve.

—Pues chica, no tengo disponible otra cosa.

Silvia se endereza y se aparta el pelo de la cara. Lleva una camisa vaquera con cinturón de cuero a la cadera, pitillos también tejados y a su lado, en el asiento, pulcramente plegado, un abrigo turquesa que centellea. Como se descuide, acabará bañado en cerveza, está moviendo demasiado las manos.

—¿Qué coño te pasa? Estás rabiosa o algo parecido...

Resoplo preguntándome si me conviene hablar. Quizá sea el momento de soltar mi colección de demonios.

—Hay algo que me duele. Bastante.

Como ahí freno, ella hace un gesto impaciente con la mano para que continúe.

—No entiendo tus reparos a que salga con tu hermano, supuse que darías saltos de entusiasmo y me contarías un montón de chismes con los que conocerlo mejor —escupo haciendo girar mi vaso de limonada—. A fin de cuentas, seríamos cuñadas.

Silvia se encoge de hombros y suspira.

—Alex no es de fiar, es un mujeriego inconstante que probablemente te rompa el corazón. Y de algún modo, yo me sentiré culpable cuando eso suceda.

Intento embozar el malestar que me produce su confesión. De hecho, estoy temblando. No es lo mismo temerlo que oírlo, verbalizado, de boca de su propia hermana.

—Además, tienes lo de Sergio muy reciente —balbucea—. Se llamaba Sergio, el cabrón, ¿no? Deberías tomarte un tiempo para reponerte, solo para ti, sin complicarte con nadie, salir y entrar con amigas, divertirte...

Y entretenerme a ti de paso, claro. Me indigno y exploto como un cohete de verbena.

—Debería darte vergüenza.

—¿A mí? ¿El qué?

—Tener esa opinión de tu hermano y encima irla contando.

—No la voy contando —recalca—, te lo digo a ti porque eres la que se acuesta con él. Y es la pura verdad.

—Deberías darle una oportunidad, el beneficio de la duda —agrego con pasión.

Silvia me mira y tuerce un ojo. Creo que está a punto de echarse a reír y si lo hace, me moriré aquí mismo.

—Genio y figura hasta la sepultura, eso dice mi padre.

Me pongo de pie de un brinco y cojo mi capa negra. Llevo pantalón del mismo color y un suéter rojo vivo que no ha conseguido alegrarme.

—¿A dónde diablos vas?

—He quedado. Con tu hermano, por si quieres saberlo.

—Vas a dejarme plantada.

—Como un geranio. Ya hemos pasado un rato juntas, es lo que prometí.

Esto, que parece una discusión entre amigas, es en realidad, un planteamiento de ultimátum. Estamos furiosas, desilusionadas y nos gustaría liarnos a tortas. Solo que preferimos lanzarnos flechas invisibles que hacen el mismo daño.

—Vaya, contando los minutos que me dedicas.

—Podemos tomar café mañana —sugiero tendiendo un cable a la tregua.

—Qué, ¿ofreciéndome las migajas?

Decepcionada conmigo misma, giro sobre mis zapatos y me dirijo a la salida.

—No te vayas. —Consigue que suene como una orden.

—Hasta el lunes, Silvia. Cógete un taxi.

Por el camino, helada y embutida en mi abrigo, a lomos de Martita, me zafo del mal rollo. Estoy como loca por descubrir cuál es la sorpresa de la que habló Alex. Aparco en una calle lateral donde quede menos a la vista, una costumbre no sé si mala o buena que he adoptado tras el asalto de Camila, y pulso el botón del ático en el telefonillo. —¿Sofía?

Me derrito con solo oírlo decir mi nombre. Es sexual y caliente. Me llama y exige que me deje atrapar. Es un juego, el que me ofrece, que invariablemente aceptaré cueste lo que cueste.

—Soy yo.

Sin más intercambio de información, la puerta se abre con un zumbido musical. Es

viernes por la noche, Alex no ha hecho el menor intento por salir de juerga con sus amigos. Mientras yo atendía a su absorbente hermana, se ha quedado en casa y me ha preparado una sorpresa. Todo eso significa algo.

El espejo del ascensor me devuelve el reflejo de una chica expectante con las mejillas arboladas de emoción. Me brillan tanto los ojos que parezco extraterrestre, es lo que me decía mi hermano el sieso cuando era pequeña y quería amargarme.

El apartamento de Alex está entreabierto. Apenas una ranura, suficiente para entrar sin llamar. Empujo y lanzo una exclamación. Las luces apagadas hacen que el caminito de velas que ha dispuesto en el suelo sea más visible e irreal, parece un cuento de hadas, el camino de baldosas amarillas que me conduce al cuarto de baño del que sale un extraño resplandor anaranjado.

—Oh, qué bonito —susurro.

Aseguro la puerta de la calle, me desprendo del bolso y la capa sobre el sofá. Ando despacio con mucho cuidado para no pisar nada. Flexiono la cintura y me libero de las *slippers* planas que llevo en los pies. Las tiro, no sé a dónde. El corazón me galopa y solo quiero saber qué se esconde tras ese velo luminoso.

En la bañera me espera Alex. Rebosa espuma y un millar de velas la delinean. Me seduce con la mirada de sus ojos transparentes y me indica sin necesidad de hablar, que me desnude y entre con él. Fuera ha empezado a llover, pero me importa poco. El chisporroteo de las gotas sobre el techo plano del apartamento acompaña hasta que Alex pulsa algún dispositivo remoto y las notas de «*Lost*», en la voz de Chris Martin, invaden el espacio.

¿Por qué la habrá elegido?

Trato de no concentrarme en la letra, mejor dejarme llevar por la melodía mientras me contoneo y me saco el jersey por la cabeza. Alex persigue mis movimientos con suaves toques de aprobación. Bajo la cremallera de mis pantalones y me los bajo del modo más sensual que sé. Me abandono a la música, que es deliciosa y tan envolvente como un abrazo de mi amante. Cuando mis braguitas de encaje y el sujetador a juego saludan desde el suelo, mi piel empapa la humedad jabonosa que llena la bañera y Sofía sube directamente a las nubes.

#HablarEnCirculos

Hemos hecho el amor en el agua, lentamente, él sentado y yo a horcajadas sobre su cadera. Enlazando su cuello con los brazos, nos hemos besado, con suavidad primero, con ansia devoradora después.

Ya me lo encontré erecto y deseoso, yo venía húmeda y preparada, de modo que solo he tenido que encajarme en su miembro hambriento para quedar unidos por una eternidad que dura un instante. Me mece con dulzura desde la cintura, me acomodo a sus envites, entrecierro los ojos y suspiro embelesada.

—No, mírame —me pide en un susurro ronco. Obedezco de inmediato. Encontrarme con esos ojos de gato en celo me arrastra al abismo. Sus dedos se abren a lo largo de mis costados y aprietan el lazo que me une a su cuerpo—. Intenta escaparte ahora —me provoca con una turbadora sonrisa.

—Ni se me ocurriría. ¿Dónde iba a estar mejor que aquí?

—Tonteando por ahí con mi hermana, buscando emociones fuertes...

—Ah, claro. —Empujo con violencia mi cadera y me hundo hasta el fondo. Alex gime y yo sonrío satisfecha—. Resulta que existen emociones más potentes que esta —vuelvo a machacar contra su pene—, y que esta —una vez más—, o esta...

Me corro estrepitosamente. Mi espalda se arquea, mi cabeza busca la lejanía mientras mi garganta jadea y mis sensibles pezones rozan el dolor cuando Alex los chupa y los muerde, aprovechando la proximidad. Me obliga a replegarme de inmediato. Entierro la cara en su cuello y él desperdiga un millón de suaves besos mientras me acaricia la espalda.

Qué gozada.

Beso las comisuras de sus labios y lo desafío con un mohín y un ronroneo sedoso. Permito que mi mano resbale hasta su entrepierna y aferro su pene, duro peñón, entre mis dedos.

—Señor, seguimos para bingo.

Estamos arrugados de tanta agua y ya hay más en el suelo, fuera de la bañera, que dentro. El sexo ha sido tan escandaloso y movido, nuestros orgasmos tan intensos, que hemos rebosado sin reparar en nada más.

Observo callada cómo Alex recoge una a una las velas y las acomoda en sus grandes manos. Le caben muchas, no se quemará, las mudará de sitio y convertirá otra zona sombría de la casa en un pequeño universo privado, enriquecido con los destellos de nuestro sol particular.

Como tampoco se quemará dándolo todo en una relación.

En cualquier esquina de su prodigiosa anatomía, Alex lleva escrito a fuego que no se entregará jamás. No, al menos, del modo que yo necesito para respirar a su través.

Noto un leve estremecimiento que ojalá volase lejos, porque empaña mi dicha.

—Alex, ¿hacia dónde vamos? —pregunto con voz queda.

Se incorpora a medias y sonríe. Bate huracanes cuando lo hace, es sencillamente irresistible.

—A la cama. Verás que bien.

Eso es todo. Su gesto ha sido pícaro, travieso y cómplice, incluso sensual, pero no amoroso. Me siento vacía, desorientada, desesperada por saber cómo me ve. ¿De verdad le importo?

Tres minutos más tarde, lo he olvidado todo, lo he perdonado todo. Bajo su peso, con parte de él dentro de las entrañas, agitándoseme en lo más profundo, exigiendo que le entregue todo mi placer sin condiciones, las cosas se ven distintas.

No tan amenazantes.

He llegado a la conclusión de que la gente, mucha gente, habla en círculos. Hoy desayuno sola, ya que Silvia se ha marchado cagando leches para el juzgado, cargada de carpetas hasta los dientes, con un humor de perros y casi sin dirigirme la palabra.

Todavía no hay nuevo inquilino o inquilina para el despacho libre.

Como siento una especie de agujero negro a nivel del estómago, me consuelo pensando que con un poco de relleno mejorará. Aprovecho mi libertad para variar la rutina, cambiando de cafetería. Toda una aventura de riesgo, me digo. Y desde la mesa, a pesar de que el zumbido que retumba entre mis orejas pide por compasión un poquito de silencio, no tengo otra que tragarme la charla de dos chicas con frases que vienen, van, vuelven a ir diciendo lo mismo... Son la caricatura de un gato dando vueltas sobre sí mismo tratando de agarrarse el rabo.

¿Seremos Alex y yo también así? ¿Por qué tengo la sensación de que caminamos en círculos en torno a un mismo error y no sabemos cómo liberarnos?

El sábado fue redondo y perfecto. Silvia, enfurruñada con mi huida del viernes, no se atrevió a interrumpirme. Ni llamadas ni mensajes de nadie con intención de incomodar. Amanecí en el apartamento de Alex, en su inmensa cama de sábanas revueltas, saturadas de sexo del mejor, y después de desayunar, devorarlo y dejarme devorar por enésima vez bajo la ducha, volví a casa a cambiarme de ropa y preparar una pequeña bolsa de viaje con lo imprescindible que, después de hecha, abandoné sobre la cómoda por temor a parecer una caradura.

En ningún momento Alex me había invitado a quedarme allí con él. Tomé el aperitivo con Luluis y con sus ocurrencias me eché unas risas tan de verdad que cuando llegó la invitación de Alejandro «el grande» para el almuerzo, casi me sobresaltó.

Acudí resuelta, irradiando buen humor, con el arrebató de posesividad y mis comeduras de coco, bajo control.

Invertimos juntos el resto del día, almorzamos, fuimos al cine, cenamos de tapeo, tomamos más de cuatro copas, bailamos en un par de garitos, y mientras eso ocurría, nos contamos muchas cosas de nuestra infancia, manías y gustos, nuestras rencillas con los hermanos, nuestra música, nuestros planes por cumplir. Ahí le confesé, algo borracha y sonrojada, que estaba empezando una novela. Él me pidió leerla, yo me negué rotunda, y acabamos enredados en un manoteo que se transformó en abrazo.

Nos replegamos un poco achispados al hogar, donde nos aguardaba la mejor maratón de

sexo que recuerdo. Entre gruñidos nos devoramos, exploró mi vagina con los dedos, su lengua succionó mi clitoris mientras mi boca lamía y chupaba su pene. Creo que no hay nada mejor que un 69 bien hecho. Cabalgué sobre Alex hasta caer rendida y alcancé un número de clímax equivalente al de cualquier mujer durante toda su existencia. Sus orgasmos me explotaron dentro una y otra vez, llenándome.

Es alucinante el modo como nos compenetramos.

Me arrastró al colchón, empecinado en que me quedase a dormir y tuvo que prestarme un cepillo de dientes. Mierda de mi bolsa de viaje malgastada.

El domingo no podía cerrar las piernas y estaba como escocida. Qué ganas de reír a carcajadas y de contárselo a Ximena. Lástima no poder compartirlo también con Silvia.

Pero por la tarde llegó el derrumbe.

El horno última generación de mi arquitecto nos cocinó dos pizzas que parecían salidas de una *Trattoria* veneciana, crujientes y deliciosas. Las saboreamos acompañadas de un *prosecco* bien frío, arrebuados en el sofá de cuero dulce. Chupándose el tomate de los dedos, Alex se levantó, fue hasta un mueble del salón y giró con lo que parecían dos carátulas de DVD, una en cada mano.

—¿Película o karaoke?

—¿Tienes un karaoke?

—Claro, para las fiestas. Este ático es un antro de perdición, nena, aquí el que viene no se va sin la experiencia del cachondeo máximo.

Calculé lo requetemal que aulló en la ducha y decidí mantener intacta la buena imagen que Alex tuviera de mí.

—Dejemos el karaoke para otro momento más inspirado. ¿Qué peli es?

—*Moulin Rouge*. La compré y nunca la he visto.

Se me desencajaron los ojos de pura emoción. Cuando vine a darme cuenta estaba de pie en el sofá, haciendo equilibrios.

—¡Es una de mis pelis favoritas! —Me puse a saltar y a palmotear, como si me estuviesen saliendo los dientes— ¡Ponla, ponla!

Alex me estudió conteniendo la risa y en cucullas, manipuló el aparato. Estaba desnudo de cintura para arriba, llevaba puesto el pantalón del pijama y su torso, sus hombros, su espalda y sus brazos, eran un monumento a la perfección hecha carne. Me entretuve en observar el modo en que sus músculos se marcaban aquí y acá, mientras introducía el disco.

También me mordí el labio superior para controlar el impulso de arrojarme en plancha sobre él y violarlo diez veces seguidas.

—Vamos allá.

Recuperó su espacio en nuestro sofá y pulsó el mando a distancia. En unos cinco minutos, la más hermosa historia de amor convertida en musical que mi memoria recuerda nos aletargaba con sus miradas incendiarias y sus melosas cantinelas. Cuando llegamos a la escena en la que él le dedica su canción y salen a bailar al tejado bajo las estrellas de la noche de París... Alex se puso de pie y ceremoniosamente, me tendió la mano para que se la cogiera.

—¿Baila usted, señorita?

Por supuesto que bailo. Faltaría.

Consentí que me envolviera en un abrazo apretado, que su mano encarcelase mi cintura y compusimos una danza que levemente recordaba a un vals. Para remate de mi sorpresa, Alex arrancó a cantar con una voz de barítono capaz de superponerse a la de Ewan McGregor, mucho más aterciopelada y sensual.

Se me descolgó la mandíbula. ¿Más talentos... ocultos?

—¿También cantas?

No me hizo el menor caso y prosiguió desgranando la letra en un perfecto inglés sin acento, clavándome una saeta de ojos verdes. Sus pupilas se dilataron al mirarme.

—Deberías presentarte a un concurso —susurré empequeñecida.

Los dedos de Alex acariciando los míos, mi pelvis adosada a sus muslos y mis ganas comprimidas a punto de explotar. Grandes pupilas que lo decían todo. Mis absurdos comentarios no venían a cuento, los soltaba únicamente para calmar el nerviosismo que me provocaba su cercanía, a la que no me acostumbraba.

Entonces, como si adivinase que necesitaba quebrar la tensión, rozó con la punta de un dedo el borde de mis pestañas.

—Joder, nena, qué largas ¿son auténticas?

Hice como si me mosqueara y traté de apartarlo de un manotazo.

—¿Cómo te atreves? Pues claro que lo son y de la mejor calidad, mira —pestañeeé furiosa y rápido—, como abanicos cordobeses. ¿Con quién te crees que tratas?

La broma se diluyó en el ambiente y esa tirantez de la que huía, empeoró al inclinar él la cabeza y buscar mis labios. Para romper ese instante mágico, estaba el timbre del porterillo. Di que sí.

Me puse rígida. Él también.

Cabía la posibilidad de que fuese Camila de nuevo a la carga. En contraste con mi incipiente ataque de nervios, Alex solo parecía contrariado, arrugó con suavidad el ceño y me hizo una seña con el dedo.

—Aguarda un momento, voy a ver quién es.

Eso, mira a ver quién demonios interrumpe un domingo de resaca a las cinco y media de la tarde.

#QuieroQueTeVayas

Regresó un poco pálido pero sereno. Para mi total pasmo, se puso a buscar y a recoger todo lo que me pertenecía, básicamente, ropa tirada por el suelo, y se la cargó en el antebrazo.

—Nena, son mis padres; me vas a disculpar, pero pretendo no dar demasiadas explicaciones acerca de mi vida privada. ¿Te importa marcharte antes de que suban?

Me quedé del color de la leche. Y por dentro, ardí de coraje. Allí estaba, dedicándome su mejor sonrisa, ignorando la furia grabada en mi rostro.

—¿Que me vaya?

Puso esa ofensiva cara de póker de nuevo, que me encabritó.

—A ser posible, por la escalera, ellos vienen en ascensor.

—Por la escalera. Desde el ático.

Yo había empezado a vestirme allí mismo en el salón, un poco aturdida, lo reconozco, pero sus continuas y ansiosas miradas hacia la puerta tumbaron mi paciencia. Le arranqué el anorak de las manos, me lo coloqué tal cual encima de «su» pijama, me colé los zapatos, me colgué el bolso al cuello y con una mirada furibunda rescaté mi vestido hecho un gurrño.

—No me acompañes a la salida, gracias, sé llegar solita.

—Oye, Sofía...

Giré sobre mis talones, con el índice como un espagueti almidonado.

—Tampoco se te ocurra pedirme que no me cabree, que me parece muy fuerte —le advertí—. Tengamos la fiesta en paz.

Esos y el camino de vuelta a casa, helada a lomos de Martita, son mis recuerdos de un fin de semana que comenzó de premio, para rematar como el rosario de la aurora.

Ya empiezo a hartarme de las fluctuaciones de esta insegura relación, que lo mismo va de perlas que se estrella contra el asfalto. Alex es un pantano de arenas movedizas en el que a mí me ha dado por retozar sin precaución.

Ojalá pudiera extirparlo de mi pensamiento. Ojalá no me gustara tanto. Ojalá no enloqueciera con solo verlo.

Alex, Alex, omnipresente Alex. Mi purgatorio particular.

La banda sonora de *Gladiator* instalada en mi móvil desinfla el globo de mis fantasías. Es Helen desde el despacho. Y si la secretaria llama es que un buen marrón te espera.

—Sofía, ¿terminaste el desayuno?

—Justo ahora iba a subir, ¿ocurre algo?

—Hay aquí un... un chico —me pregunto por qué titubea al calificarlo como ser humano del género masculino—. Viene por lo del despacho en alquiler.

—¿Avisaste a Silvia? —No me gusta meterme donde no me llaman.

—Imposible, tiene desconectado el teléfono. En cualquier caso...

—Quieres que lo atienda yo —comprendo sin necesidad de muchas explicaciones.

—Sí, porfa, el caso es que me comenta que ya se entrevistó con Silvia, o que ella lo seleccionó previamente... No me he enterado demasiado bien.

Pestaño, asombrada.

Por lo general, Helen no es tan despistada, es aguda y pizpireta.

—¿Y eso? ¿Cuántas cosas hacías al mismo tiempo?

—Me puse nerviosa. —Transcurre una pausa sospechosamente larga—. Cuando vengas lo entenderás.

Y vaya si lo entiendo.

Tengo delante al mismísimo clon vivo de David Gandy con barba de dos días y traje de chaqueta de impecable azul marino. Este abogado corta la respiración, no le arriando las ganancias a la multitud de juezas que tengan que vérselas con él a diario.

Se me escapa una risita insolente cuando le tiendo la mano y me presento.

—Soy Carlos Reyes —me responde. Y su voz de bajo rivaliza con la de Alejandro «el grande». Intercambio una veloz mirada de comprensión con Helen, que estira las comisuras en un gesto que grita «*Mon dieu, está pa mojar pan*» —. Dejé mi currículum en el Colegio de Abogados porque estaba interesado en compartir despacho con otros compañeros.

—Yo no soy precisamente compañera de profesión, pero sí de oficina. Silvia no está, puedes pasar a mi despacho, no sé si podré darte demasiada información acerca de las condiciones...

—Ah, no hace falta, Silvia me llamó y las enumeró todas. Las acepté, de hecho, solo falta firmar el contrato y traer mi ordenador.

—Vaya —me giro en mitad del pasillo y hablo por encima del hombro. El guapérrimo Carlos me sigue de cerca—, ignoraba que los trámites estuviesen tan adelantados, no me ha comentado nada.

—Por lo visto hizo una preselección de candidatos con nuestros currículos en mano y nos entrevistó a todos, por teléfono. —Alcanzamos la altura de mi mesa y le indico con cortesía que ocupe uno de los confidentes, yo me siento en el otro—. Tuvo gracia... —Se roza la nariz con un gesto tímido.

—¿El qué?

—Silvia me preguntó... Me preguntó si el de la foto era realmente yo.

Suelto una risita cómplice y enredo mis dedos unos con otros, me retuerzo las manos y me turbo. Decido echarle un capote a la infantiloides insensata que tengo por amiga.

—Seguramente estaba de broma.

—Eso espero. —Carlos ladea el cuello y tuerce los labios en un mohín realmente encantador—. La verdad, estoy un poco hasta las narices de que se cuestione mi valía como

abogado por culpa de... —se señala a sí mismo con un vaivén de mano—, esto que sale al exterior. Cuando las mujeres hermosas e independientes os quejáis de quien os utiliza como un objeto, puedo asegurar que comprendo la sensación.

—El mundo está demasiado...

No llego a rematar mi sentido discurso, Silvia aparece jadeante por la puerta, con las mejillas arrojadas y el pelo revuelto, los ojos brillantes y pinta de haber echado un par de carreras.

—¡Por fin llegué! —exclama enterrando en Carlos una mirada codiciosa—. Soy Silvia Conde, lamento la demora. —Se planta en mitad de la oficina y extiende una mano que Carlos estrecha con gesto complacido—. ¿Puedes venir y charlamos? Te enseñaré el despacho vacante. —Él se pone en pie, obediente y ella se dirige a mí, que sigo sentada dándole vueltas a un bolígrafo—. Veo que ya conoces a Sofía, mil gracias por atender a Carlos.

—No hay de qué.

—Hasta ahora —me dice con una arrebatadora sonrisa—, encantado.

—Lo mismo digo.

Apenas lo pronuncio, ya he desconectado. Me hundo en mis garabatos y no salgo de este estado de extraña concentración profunda hasta que la rubia de ojos verdes invade mi espacio para invitarme a comer.

—Voy a tomar un aperitivo con Carlos, la casa corre con los gastos, ya sabes, una especie de bienvenida para que se sienta acogido y feliz.

Arqueo las dos cejas.

—Por lo que veo, su incorporación es cosa hecha.

Silvia suelta una risita malvada.

—Con esa facha, ¿cómo voy a dejarlo escapar? Venga, haz un kit-kat, baja con nosotros.

#LoQueMeHicisteSentir

Me mantengo firme en mi negativa.

—Tengo consultas esta tarde y me gustaría terminar esto primero. Id vosotros, al fin y al cabo, eres la jefa, ya habrá ocasión más adelante.

—No soy la jefa de nada —me corrige—, aquí, cada cual es independiente.

—Ya me entiendes, para saludar al nuevo fichaje, lo ideal es que seas tú, la más representativa.

Me escruta, me disecciona hasta hacerme sentir molesta.

—Tienes cara de acelga pocha. ¿Qué te ha hecho mi hermano?

Me sobresalto. Joder, soy transparente como el agua del grifo.

—¿Por qué habría de...?

—Te advertí el otro día y te lo tomaste fatal —me acusa con una bajadita de pestañas.

—Silvia, el otro día discutimos por muchas cosas revueltas.

—Ya nos vamos conociendo, amiga —me corta conciliadora—, eres una chica alegre, lista y encantadora a la que solo le amargan el día las penas de amor. Ni más ni menos que como yo, por eso nos llevamos tan bien.

—Pues hoy te noto resplandeciente como una campanilla bañada en polvo de hadas— bromeo recuperando el humor.

—Bueno, Carlos es un bombón muy distraído... Vamos, no te hagas de rogar.

—En serio, no sería buena compañía. Discúlpame con él y disfruta.

—No uses ese retintín, sigo enamorada de André.

Finjo escandalizarme. Ahora, las dos estamos de coña, ambas manejamos el mismo lenguaje.

—¿Quién lo duda?

—Luego me lo cuentas.

—¿El qué?

—Todo. Todo lo que Alex el rompebragas haya jodido para que estés alicaída y tristona. Cuando lo vea, lo mato. Última oportunidad.

Me río sin ganas.

—Adiós.

No han pasado ni tres cuartos de hora, tras soportar la despedida de Helen, más larga que

nunca, hablando de Carlos, su bella perfección y el hecho de que ella es la única hembra soltera del despacho, circunstancia sobre la cual, discrepo, pido unos sándwiches a domicilio y me los como tranquilamente retrepada en mi silla, delante de la pantalla, disfrutando un episodio atrasado de «*Outlander*».

En estas, mi móvil vuelto del revés vibra y cuando leo el nombre de Alex en el recuadro de texto, se me corta la digestión. Tomo aire y respondo aparentando naturalidad, cuando no debería ni cogerlo.

Esto empieza a convertirse en una peligrosa costumbre.

—¿Salimos a picar algo esta noche? —propone a bocajarro.

Eso, hijo, ni buenas tardes, siquiera.

—Tengo clases en el gimnasio —rechazo escueta.

—¿Mañana?

—Me temo que mis tardes locas han terminado. Ahora tengo clase todos los días, incluido el viernes.

—¿Hasta las...?

—Hasta tarde —lo corto antes de que avance—. Y salgo molida.

Por si quieres más detalles. Aprieto las muelas, unas con otras.

—Joder, Sofía, diría que estás enfadada, ¿por qué?

—¿Enfadada yo? ¿Por hacerme sentir como una fulana ayer? No, ¿qué iba a molestarme?

—¿No te parece que exageras un poco?

—Puedo exagerar lo que quiera, recuerda, estoy dolida —silabeo.

—Puede que me pasara de bruto en los modos —reconoce bajando la voz—, al pedirlo...

—¿Al pedirlo? Prácticamente me lo ordenaste, ¡salí a la calle vestida con tu pijama!

—Porque te dio la gana, pudiste haberte cambiado.

—¿Sí? ¿Disponía de tiempo? Viéndote temblar mirando la puerta, yo diría que no.

—Las he visto más rápidas vistiéndose —replica acerado.

—Lo que no hayan visto tus ojos...

—Mira, Sofía, sé que no lo entiendes, pero no puedo permitir que mi madre se meta en mi vida. Ya lo hizo una vez y fue una catástrofe.

—Como si lo viera, Camila de nuevo. Por favor, ahórrame los detalles.

—No fue con Camila, señorita sabelotodo —aclaro, con una chispa de resentimiento—, pero te aseguro que no me quedaron ganas de facilitarle un segundo intento. —Deja correr una pausa que yo no rompo—. Oye, no juzgues tan duro, mi madre sabe ser muy liante cuando quiere y hay cosas que debo proteger.

Mantengo una expresión hosca, como si pudiera verme, como si me rebotasen sus explicaciones. Y es que creerle no disminuye mi rabia.

Debería estar más furiosa conmigo que con él, al fin y al cabo, usa lo que le regalo a manos llenas. Desde que caí en la trampa pensando que Camila estorbaba menos, empecé a creerlo más mío. Me emocioné, me entusiasmé sin venir a cuento y sin apenas base. Si no mido mi entusiasmo y aseguro cada paso, quedaré como una idiota.

Pero si no sé darle su espacio, estaré comportándome como la irracional de su exnovia, esperando que se me abalance con una palabra de compromiso entre los labios.

Alex no es, considerándolo con frialdad, culpable de mis ansias.

—¿Hacen esas tapitas a la salida del trabajo? Una gratificación más que justa tras el día que nos espera. Venga, nena, dime que sí.

Me trago por poco el suspiro a punto de volar. No sirve de nada perder el tiempo sola,

sufriendo, cuando puedo pasarlo en buena compañía con Alex. Lo que tenga que venir, por tenebroso y lúgubre que resulte, que venga. Hoy, como siempre, he decidido arriesgar.

—Luego puedo secuestrarte un rato...

—¡No iré a tu apartamento ni muerta! —advierto avinagrada.

—Pues en el tuyo, entonces —accede, sin alterarse—. Quien sea el dueño de la madriguera es lo de menos, nena. Estoy loco por desnudar ese precioso cuerpo tuyo y recorrerlo con la lengua de pies a cabeza...

Con la entrepierna encharcada, decido poner punto final a esta conversación más que candente antes de que decida prometerle la luna.

—Tú ganas. Salgo a las nueve. ¿No será muy tarde?

—Para nada. A las nueve te espero en la puerta del gimnasio.

#DejaDePensarEnÉl

Colgada en ese instante *flotoso* y feliz, me sorprende Silvia que sube, animada y más temprano de lo que la esperaba. Viene sola, tengo que preguntarle dónde ha dejado al nuevo compañero de los ojazos profundos.

Pero no dispongo de oportunidad.

Me analiza, severa, desde el umbral y como si lo trajera aprendido de memoria, me espeta:

—Deja de pensar en él, él no piensa en ti, precisamente.

La frase es tan ácida e hiriente que palidezco.

—Ah, ¿no? ¿En quién piensa, si puede saberse? —Caigo en la cuenta—. No me lo digas.

Camila.

—Pues no. Olga.

—Olga —repito en plan autómata—; Leches, esa es nueva!

—No, en realidad es muy antigua, fue su primera novia y le ha dado por acordarse de ella. Alex puede ser muy pesadito cuando se lo propone —aúlla mirando al techo con gesto de hastío.

—Y..., y... ¿se ven? Quiero decir, ¿han vuelto a verse?

—Tendría que averiguarlo, aunque no me extrañaría, lo de Alex con esa chica raya la obsesión. —Se apoya perezosa contra el marco de la puerta para restarle importancia a su charla. Lo que es a mí, me está quebrando en pedazos—. Dijo que la localizaría por redes o por amigos comunes, lo que hiciera falta para encontrarse de nuevo. —Chasquea la lengua y se dispone a desaparecer, dejándome rota—. Fue su primer amor, el pasado siempre vuelve.

Puede que haya muerto.

Del todo.

No siento la sangre ni en los dedos de los pies.

Ahora es Olga.

¿A qué viene esto ahora? ¿Por qué cada maldita vez que mi enclenque fortaleza se estira y mira al mundo con gallardía, sucede algo que la tira por el suelo? Creo que va a darme un ataque de risa nerviosa. Antes de revolcarme sobre la moqueta, tomo una sublime decisión: con razón o sin ella, me encabrito.

Esta noche, Alex va a tapear con Rita la cantaora.

Agarro el teléfono y marco el número de Ximena. Necesito confiarme a alguien

imparcial. Bueno, si no objetivo del todo, al menos que no odie el talante mujeriego de Alex como ocurre con Silvia, y haga lo posible por separarnos. Xime responde al cabo de muchos tonos, cuando estoy ya a punto de colgar. Acabo de interrumpir su jornada laboral, está ocupada, con su mente en otra galaxia.

—Mucha gente usa las redes sociales para contactar con antiguos compañeros de instituto, viejos amigos... No tiene por qué significar nada drástico —me tranquiliza.

No le resultará tan sencillo.

—Creí que en Camila se terminaba todo, que ya es bastante —me lamento—. Su preocupación por ella y el sitio que ocupa en su mente, ya fastidian lo suficiente. ¿Necesitábamos en el cuadro a la chica cuyos morros se comió de jovencito? —Ximena suelta una carcajada a medias—. Si por Camila pierde el sueño, de Olga sigue enamorcado a juzgar por los datos que me facilita Silvia, entonces yo, ¿yo qué soy? ¿Qué lugar ocupo en la estantería de sus libros favoritos?

—Tú eres la colección de TBOs de entretenimiento de la balda baja —me orienta, sin ponerse ni roja.

—¡Xime!

—¿Qué? Los tebeos son guais, uno siempre regresa a los tebeos cuando se satura de literatura profunda y Alex puede pertenecer al grupo de los «sin corazón», pero para echar una cana al aire... hija, no tiene desperdicio. Y eso es lo que deberías proponerte, diversión, diversión y más diversión. Desde que lo conoces no paras de darle vueltas a todo. No querrás casarte.

—No, claro —digo con la boca pequeña.

Pienso justo lo contrario. ¿Cómo no voy a querer?

—Pues eres única jodiendo un momento chachi.

Me desoriento. Más de lo que estaba al inicio de esta conversación.

—¿Momento chachi? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ya sabes, la semilla de algo que promete.

—No promete, te lo repito, nos acostamos y punto.

—Y te manda al cielo de cabeza, no lo niegues que me lo has contado —me acusa.

No, no voy a negarlo, ni que estuviera loca.

—Pero no va a comprometerse, Ximena, se lo veo en los ojos. Está demasiado asustado o escarmentado o vaya usted a saber qué... —No narro el episodio de «*despedida por la escalera*» porque me resulta demasiado humillante y solo recordarlo me crispa los nervios—. Esas declaraciones pomposas que se hacen las parejas y que marcan la diferencia entre un polvete ocasional y una relación de verdad, él no las hará nunca.

—No juegues a adivinadora. Se le pasará.

—No concibo el amor si no es tirándose de cabeza, con fuegos artificiales, explosiones y toda la pesca.

—Joder, nena, qué exigente eres. Una empieza conformándose con lo que le toca y con el tiempo, ya si eso, nos vamos consolidando.

Niego, abatida, con la cabeza. Yo no lo veo así. Ximena tampoco lo ve así, aunque lo falsee y me cuente milongas. Es por animarme, la conozco metida en un saco.

—Supongo que todo se reduce a una palabra, miedo —analizo con debilidad—. Me gusta demasiado y vivo en un constante carrusel.

—En efecto. Tómallo con calma. Tengo que dejarte, tesoro.

—¿Vienes este fin de semana?

—Haré lo posible. Nos iremos de borrachera juntas y que se mueran los feos.

Eso, que se mueran.

Pero Alex no entrará en el cupo. Alex es endiabladamente guapo.

#SiMereceLaPena

Alex

Cuelgo el teléfono con un sabor agridulce en la boca y cierta angustia en el pecho. Oír la voz de Sofía es siempre un regalo, pero no acabo de entender que esté tan irritada. Tampoco sé qué busca. Desde que Silvia me leyó la cartilla, me mato por localizar señales por todas partes.

Lo único que cosecho son dudas y más dudas.

Las mujeres son complicadas y quien diga lo contrario, miente. ¿Tan difícil es decir lo que realmente se piensa, no pretender aparentar justo lo contrario de lo que se siente? Coño, si algo te fastidia, dímelo para que lo tenga claro y no vuelva a repetirlo. Si los hombres caemos una y otra vez en los mismos errores es por falta de «calificación»: lo que calificamos como negativo, chungo, improcedente, se etiqueta en rojo vivo y en lo posible, no insistimos. Pero si las señales son confusas, incluso contradictorias...

Joder, sabía que la chica de los ojos de plata me haría padecer. Yo que no quería enamorarme... Puedo ser muy calzonazos si me cuelgo de alguien, por eso lo evito como si llevara aparejada la peste.

Silvia me regaló un toque de atención, se lo agradezco, sus advertencias frenaron mi entusiasmo que iba desmedido y a todo gas. Si no me lo dice, yo no habría reparado en que Sofía hace dos telediarios que finiquitó una relación larga y penosa, que tiene cicatrices que han de curar y que no está, en ningún caso, dispuesta a enamorarse de nuevo. Necesita tiempo, es sencillo. Y mi velocidad me impedía dárselo.

En resumen y según mi hermana, Sofía que quejó de que la estaba agobiando.

A veces creo vislumbrar su falta de interés y deduzco que aún deben pasar meses para que otra cosa más allá del sexo se asiente entre nosotros. Algo que nos una en dedicación y entrega. Ese sentimiento imparable que convierte al otro en el epicentro de tus días.

Sin embargo, en otras secuencias de nuestra pseudorelación, es como si exigiera más.

Más de mí.

Esto no es fácil.

Un tema que empieza a absorberme más de lo previsto, me distrae cuando trato de ser profesional y serio, y me deja mirando al cielo como un estúpido integral.

Tengo que plantearme si tanto desvelo merece la pena.

Sofía

Despido a las alumnas y reconozco que estoy de los nervios. Leo y revoco mi impulso natural, que es salir zumbando a verme con Alex. No. Tengo un plan y voy a cumplirlo a rajatabla. Me cruzo en el pasillo con Luluis, en la esquina de la máquina de bebidas energéticas.

—¡Nena! Acabo de agregarte a un grupo de *Whatsapp* que he creado para...

Lo agarro del brazo y tiro, en plan anaconda hambrienta.

—Necesito que me hagas un favor.

—... notificaciones relativas a mis clases de Ying-Yoga —masculla—. Gracias por dejarme acabar. ¿De qué se trata, señorita «*siempre necesito algo*»?

—Alex estará esperándome en la puerta.

—¿Alex el guapérrimo?

Su alarido me perfora el tímpano. Se pone a saltar y a dar palmas como si viniera Papá Noel con un saco a su nombre. Atrapo su brazo y chisto para que cierre el pico y deje de llamar la atención.

—El mismo. Necesito que vigiles si está o no, para escaparme por la salida de emergencias. No pienso salir y encontrármelo.

Luluis retiene el aire y enrojece por segundos.

—Has perdido la chaveta.

—Tengo mis razones, créeme.

—Qué crueldad la tuya. Me las explicas al momento o no colaboro.

Bufo, cabreada por su vil chantaje.

—Ya te lo cuento más tarde, hasta te invito a algo, pero lejos de aquí. ¿Ok? —Simula que se lo piensa, se rasca la barbilla y se hace el interesante— ¡Lulu!

—Sí, jolines, sí, ya voy a asomar las narices. ¡Hija de mi vida, qué estrés!

Salgo disparada hacia los vestuarios, mi taquilla está peor que el armario de entrada a Narnia, toda revuelta. Resuelvo empujando a presión lo que cae de las pilas amontonadas, y me meto de cabeza en la ducha.

Olga, Olga, me retumba una vocecilla maliciosa entre las orejas. ¿Será guapa? ¿Arquitecta? ¿Rica? ¿Majareta y controladora igual que Camila?

—¡Coño! —Me despisto y lo que consigo con toda efectividad es meterme el champú en los ojos.

Cincuenta minutos más tarde, estoy acodada en una mesa con Luluis enfrente y millones de malas pulgas dando quehacer. No estoy del todo segura de no arrepentirme del plantón que acabo de regalarle al chico más irresistible de la ciudad. Se ha desinflado la sensación de morbosa satisfacción del principio y ya no lo veo igual de ocurrente.

¿Soy mema, o soy mema?

—Toca desembuchar. Y con imagen por delante, *pliiis*, para ponerme en situación.

Con un suspiro de incredulidad, localizo una foto de Alex en el móvil y pido otra cerveza.

Luluis entra rápidamente en un trance exagerado de los suyos, me arrebató el teléfono de las manos. Se calza las gafas graduadas de diseño, casi más grandes que su cara y abre ojos y boca al límite.

—¡Por el santo Lama! Si me gustasen los hombres diría que este ejemplar es lo...

—Por favor, Luluis —interrumpo cortés—, claro que te gustan, y me parece muy bien.

—¿Crees que soy gay? —me pregunta por encima de sus gafas.

—No te ofendas, si es que te ofendes. Podría jurarlo.

—Pues no pongas las manos «*on the fire*» porque te abrasarías. —Me devuelve el aparato —. Tengo novia, vive en Tailandia y compartimos aficiones y tiempo libre. Precisamente ahora, vuelvo a casa por todo un mes.

Lo repaso con rendida admiración y una pizca de envidia sana. Este hombre siempre brilla, por costumbre, mira al horizonte con una sonrisa acogedora.

—¿Y qué me dices de Momo?

—Esa historia ya pasó —asegura, con un gesto casi de asquito.

—Era un chico —le recuerdo cautelosa.

—De acuerdo, no te diré eso tan trillado de que me enamoro de la persona y no de su sexo y tal y cual, seré explícito: me va el menú completo.

—Debe de estar súper contenta contigo. Tu novia, digo.

—¡Y que lo jures! —Me da una palmetada en el brazo— ¡Soy una imparable máquina sexual!

—Me refiero a tu lado femenino tan desarrollado, a tu sensibilidad, a tu capacidad de empatía con las mujeres...

Paro porque las lágrimas están ahí, empujando, amenazando con brotar y una vez que lo hagan no habrá fuerza divina que las detenga. Luluis desliza su culito de melocotón por los cojines y se aprieta contra mi costado para poder rodearme los hombros con el brazo.

—Ay, *darling*. ¿Robó ya el pirata tu cofre de los tesoros? —señala mi entrepierna—. Pues claro que sí, qué estúpido soy, fue verte y arrancarte las bragas, no estamos en el siglo diecinueve.

—Lo cierto es que me resistí un poco más —confieso sorbiendo por la nariz—. Solo un poco.

—Mi consejo: fóllatelo cual coneja en celo, disfruta lo que puedas y mantén la mente fría —me clava el índice en la sien—. Cuando todo termine, quédate con los buenos recuerdos.

—Idéntico consejo a los de Xime. Me temo que ya no puedo hacer eso.

—¿Puedo preguntar cuál es la razón?

—Me he enganchado. El sexo me enamora, cuando quiero algo lo quiero ya. Quiero un flechazo, amor y compromiso al primer choque de miradas.

—Hija, todo el mundo no funciona así.

—Lo sé —gimoteo.

Lulu me acaricia el pelo con una manaza como una raqueta de *paddel*.

—Me temo que no conoces el valor de la santa paciencia.

Ni de otras cosas, majo.

—Vamos derechos al barranco gracias a mis miedos, a mi esconder los sentimientos, a mi pretender quedar por encima de ni siquiera sé qué —intento dar forma a lo que pretendo decir —. Ya mismo, Alex no querrá saber absolutamente nada de mí, si es que alguna vez ha querido. No lo culpo.

El suspiro que lanza Luluis tras mi desmorone, podría desgarrar en dos pedazos las

paredes de hormigón.

—¿No eres capaz de vivir una aventura sexual sin comprometer el alma?

—Querría, pero no sé cómo hacerlo.

—Si es que ni siquiera tú estás limpia de los residuos que te dejó el tal... ¿Sergio?

—No debí dejarme arrastrar. Ni ver a Alex una segunda vez. Mucho menos a solas. Debí huir y no lo hice. Soy yo la que mete la pata, la que enseguida pide romanticismo y quiere más. Él puede seguir enganchado de su ex, de su primera novia o de quien le dé la gana. Si yo estuviera en mi sitio no me dolería tanto.

Los dos clavamos nuestras pupilas en la desgastada tabla de la mesa. Mi amigo meneaba la cabeza en un claro gesto de desaprobación.

—En fin, menuda mierda mística. Siempre nos quedará el Ying-Yoga.

#CumpleañosFeliz

A riesgo de pecar de incoherente, cuando Alex dé señales de vida, pienso atender su llamada y acudir a la cita que me proponga.

¿Motivos? Dos.

Uno, ya se me ha pasado el mosqueo, aunque no puedo negar el desencanto. Una rival enemiga ya era suficiente, no necesitaba de otra que encima venga etiquetada con el rimbombante «primer amor». Da asco.

La segunda razón es que me propongo enloquecerlo. En lugar de achicarme voy a jugar con sus mismas cartas.

Si él cambia de humor sin toque de corneta, yo haré lo mismo. A tomar viento las reglas. Está claro que esto no será nunca una relación como a la que yo aspiro. Un conocerse, apoyarse y conquistar la confianza mutua en las buenas y en las malas. Durará lo que dure y al final me hará daño, lo sé, pero no me aparto porque la arrolladora química que se cuece entre los dos es demasiado intensa como para obviarla.

Siendo sensatos, ¿qué oportunidades surgen a diario de vivir un tórrido romance con un tipo como Alex Conde? Sería como no mirar al cielo y perderse el sol solo porque molesta a los ojos.

Ya no sé lo que me digo. Es obvio que preferiría no tener que sufrir.

Ando dándole vueltas a la perola y a los expedientes de mi cliente más raro, cuando llaman a la puerta del despacho y un repartidor aparece con un ramo de flores tamaño catedral. Es para Silvia. Helen y yo, con las pupilas clavadas en la tarjetita que lo acompaña, hacemos apuestas.

—Es de André —aventuro con entusiasmo.

—Demasiado lejos, llegarían pochás —alega Helen. Luego me mira y estalla en carcajadas—. ¡Es *bromaaa*!

Silvia brota de su oficina, contoneándose dentro de un camisero de seda por encima de la rodilla, en rabioso mostaza. El súper ramo luce rumboso sobre el mostrador de recepción. Nos guiña un ojo y desembala la tarjetita con aparatoso secretismo.

—Quién será, ¿quién será...?

—Y lo más importante, ¿por qué? —Las dos giran los ojos al unísono y coinciden en mí—. ¿Qué?

—¿No lo sabes? —Silvia parece decepcionada. Se ha quedado con el sobrecito a medio abrir.

—No lo sabe. No tiene ni idea —confirma Helen.

—¿El qué? —me impaciento.

—Es mi cumpleaños —informa Silvia con un gracioso mohín.

—Oh, lo siento, lo siento, yo... Solo hace unos meses que nos conocemos y olvidé preguntarte... En realidad, nunca hemos hablado de...

Silvia rompe a reír.

—No pasa nada, Sofía, cielo, yo tampoco sé la fecha del tuyo.

—Podríamos preparar un calendario para la oficina —sugiere Helen—, ya sabes, con nuestros santos y cumpleaños. El de Carlos también —agrega, sus palabras impregnadas de aire soñador.

—Carlos comienza el lunes. Está entusiasmado con la perspectiva. —Silvia reanuda su tarea con la tarjeta y sus ojos risueños se oscurecen un tanto cuando la lee—. Ah, vale, es mi madre.

—Está muy bien, son preciosas —me apresuro a animarla.

Pobre, seguro que se convenció de que eran de André. Sería lo lógico.

Suena el timbre de la puerta y Helen acude a abrir. Aquella rubia despampanante que conocí en la fiesta de Alex, parece que mil años atrás, llega envuelta en perfume caro y en un abrigo de cachemira que debe costar un riñón y parte del otro. Abraza a su hija, la felicita y la besa con grandes aspavientos. Sus ojos verdes, idénticos a los de sus retoños, se detienen en el ramo.

—Veo que han llegado. ¿Te gustan?

—Claro que sí, mamá. Son divinas, mis favoritas.

Silvia intenta imprimir algo de énfasis a sus frases, pero suenan dormidas. Su madre le pinza la barbilla con los dos dedos y la observa compasiva.

—Sé que es difícil. Un día especial y André lejos. Pero no permitiré que estés triste, va a ser una jornada maravillosa, comeremos juntas, iremos de compras... —Recorre el espacio con atención y frena cuando llega a mi persona—. ¡Hola! Eres Sofía.

Puesto que no pregunta, sino que afirma, asiento con la cabeza. Me zampa otro par de besos y otros dos a Helen. Esta mujer es un torbellino de inagotable energía.

—No te desveles, mamá, está todo bajo control, hasta las melancolías —asegura Silvia con su mejor tono—. Tengo reservado el «*Treintaytantos*» para esta noche y nos pondremos hasta las cejas de jamón del bueno, vino tinto y música.

—¿Puedo ir?

—No hace falta, tendrás miles de cosas que hacer. —Elisa, esa madre con apariencia de modelo, se queda cortada. Me da cosita, parece una chiquilla a la que impiden asistir a un festival—. ¿Quieres pasar?

Se van las dos charlando corredor adelante, como si Silvia no acabase de tronchar sus expectativas nocturnas de la peor manera. Ya quisiera para mí una madre tan moderna, ya.

—Vuelvo a mis quehaceres, que son muchos y aburridos —bostezo hasta enseñarle la campanilla a Helen, que promete prepararme un té tamaño palangana.

Antes de marcharse, Elisa asoma la cabeza rubia y bien peinada por mi puerta. La sonrisa es deslumbrante y yo diría que me la dedica.

—¿Puedo?

—Claro que sí, entre, entre.

—No me llames de usted, me hace mayor y no lo soporto —confiesa tomando asiento con elegancia. Cruza las piernas y decido que, a excepción de la ropa interior, no tiene nada que

envidiar a Sharon Stone—. Lo que más feliz me hace de este mundo, es cuando paseo con mi hijo y nos preguntan si somos hermanos... ¡o novios!

Me pongo del color de las remolachas.

—Vergüenza me da admitirlo, pero fue lo que pensé la primera vez que la... que te vi, en la fiesta.

Estira el brazo por encima de mi mesa y me agarra la mano.

—Quiero agradecerte tu presencia aquí, tu apoyo para con Silvia que tiene su carácter, sé que es difícil de llevar a veces, pero tiene buen fondo. Eres una magnífica influencia, Sofía. Imagino que todas las madres diremos lo mismo, pero me gusta ver contentos a mis hijos. Últimamente, noto a Alex tan cambiado, siempre dicharachero y sonriente. ¡Si hasta canta!

Suelta eso y se queda callada, mirándome sin más. No añade nada, pero está agradeciéndome algo que no creo merecer. De pronto, se azora, se revuelve en su silla, recupera su abrigo y su bolso y se pone en pie.

La imito para acompañarla a la salida.

—Bueno, me marchó, se hace tarde. Pasadlo muy bien esta noche ya que a los carrozas nos habéis vedado la entrada.

—Sabes que Silvia no hablaba en serio —murmuro, conmovida por su puchero—, puedes pasarte si te apetece y serás más que bienvenida.

—Me temo que toca hacerle compañía a un viejo cascarrabias, mi marido. Hoy tenemos partido y defendemos equipos rivales. He comprado palomitas, cerveza y desempolvé nuestras bufandas de forofo enloquecido. Va a ser la pera.

Vuelvo a valorar lo afortunados que son los hermanos Conde con una madre como esta, mientras Elisa besa mis mejillas y me dice adiós.

Subidón, subidón, a causa de sus palabras me vengo arriba, sospecho que sabe lo nuestro y no puede ser otra cosa que Alex ha decidido sincerarse con sus padres y contarles que existo. Y valorando la mirada que acabo de recibir, cuento con su beneplácito.

Menudo paso adelante.

Revoloteo por la habitación en un bailecito ridículo que me hace muy feliz, y una hora más tarde, me encuentro aceptando la invitación a almorzar de Mario Vallés.

Porque sí, porque me llama, es mi amigo, y me siento Flex.

#SiQuisiera

Zarandeo la carta en lo que cuento como la enésima vuelta.

—No sé qué pedir. Me gusta el pescado crudo pero el tema ese de las larvas que crecen, se multiplican e infectan el cuerpo humano, me da pavor.

—Mira, los Temaki están rellenos de arroz, crema de queso, aguacate y bocas de mar. Los hay de langostino o de atún cocido. Cero pescado crudo.

—Puede que pida un par de ellos, y unos Maki...

La sensación delante de Mario es de relajante confort. Somos amigos, no tengo que impresionarlo ni él a mí, ambos estamos enamorados de otras personas, es genial. Nada de nudos apretados en la boca del estómago, nada de gargantas secas ni de escrutar el menor de sus comentarios esperando encontrar la clave de un mensaje oculto.

Me chifla tener un confidente con el que plantear la visión masculina de las cosas, que no sea gay y con el que no pretendo nada. Me gusta que quite el hipo y ver cómo las chicas se descoyuntan el cuello conforme pasa. La entrada al restaurante ha sido apoteósica. Me entenece que no sea consciente de su atractivo, de sus posibilidades y de que si quisiera, tendría media ciudad a sus pies.

La otra media se inclinaría ante Alex Conde.

Mario me ha confesado que empezó a salir con Paula y yo, una vez que la camarera japonesa se recupera de la impresión y nos toma la comanda, le abro el corazón sin problemas.

—Mario, ¿crees que enamorarse es una equivocación?

Sonríe y se le forman dos adorables hoyuelos bajo los pómulos.

—Creo que enamorarse es el paso más enriquecedor que puede dar un ser humano. Será un estado de idioticia transitoria, no te lo discuto, pero lo tiñe todo de colores, la gente te cae mejor, lo cotidiano brilla, el trabajo es menos pesado...

—¿Todo eso te provoca Pauloca?

Se ríe con ganas.

—No, no solo ella. Ya me he enamorado otras veces, conozco los síntomas.

—Es tranquilizador saber que existen hombres que no temen entregarse.

—¿Acaso soy un caso aislado? —Parece encantado.

—Eso dicen de mí —replico—. Y no sé hasta qué punto es positivo apartarse de la media.

—Siempre es genial apartarse de la media —recalca—. La masa es mediocre, prefiero pertenecer al club de los locos visionarios.

—A la gente de la universidad os rodea siempre ese halo de inalcanzables

extravagantes...

—Hablas como si no pertenecieras a nuestro mundo.

—Fui parte de la rueda, pero desde que renuncié a quedarme en el departamento, mi universo es otro, menos pintón —bromeo.

—En cualquier caso, me agrada ser diferente. La vida es algo que hay que morder, aunque yo sea la lengua lo que me muerdo la mayoría de las veces.

Coge el vasito de sake con la punta de los dedos y se lo lleva a la boca. Son dedos largos y elegantes, un hombre de letras al que sin embargo, no me cuesta imaginar vestido de aventurero, conduciendo su *Jeep* por un páramo polvoriento en los confines de la tierra conocida.

—Espero que tu Paula sepa valorar lo que tiene —medito muy seria.

De verdad, siento que lo aprecio, que le deseo lo mejor. Y lo mejor no se llama precisamente Paula. Es un pálpito.

—Lo mismo digo. Que respondan a tu pasión con el mayor amor imaginable, eres tan especial que nada por debajo de la excelencia sería justo.

Me ruborizo ligeramente y me mojo los labios reseco. La comida ha sido deliciosa y su conversación fluye, pero quizá ha puesto demasiada vehemencia en sus elogios, o la potencia de su mirada azabache me está traspasando y no esperaba experimentar una sacudida de este calibre.

No con Mario, no con un amigo.

Él percibe mi turbación y desvía la charla.

—Si alguien me dijera que el sake es vino de arroz fermentado, no lo creería. Es fuerte como un desatascador de tuberías —ruge tras apurar el vasito. Se relaja la tensión y volvemos a charlar de intrascendencias, poniéndole fecha a la fiesta de jubilación del profesor Martínez—. No lo vas a creer, se niega a montar un jolgorio, dice que jubilarse es el acto más vergonzoso de toda su carrera, dejarlo, darse por vencido. Mantenemos una batalla cruenta con él, no creo que lo logremos.

—Es cabezota como él solo —ríe recordando algún episodio aislado con el buen maestro—. Prueba a sobornarlo con canapés de pasta de salami. Lo vuelven turulato.

—Paula está ocupándose de los preparativos.

—¿Una fiesta sorpresa? No te la recomiendo, el profesor puede enfadarse.

—Ella sabe ser muy persuasiva si le pone interés.

No lo dudo. Se me tuerce la boca en una mueca. Me espina oír el nombre de la susodicha y tampoco admito que seamos tres en esta mesa. Este es nuestro almuerzo. Solo nuestro y ella sobra.

Al cabo de un rato, doy por terminada la velada. Paula ha llamado... ¡¡Tres veces!! A ver dónde se mete su churri.

—¿No piensas pedir postre? ¿Té, café español?

—Estoy llena, Mario, ha sido genial.

Hago amago de levantarme y entonces, no sé de qué modo, nuestras manos tropiezan y se encuentran encima de la mesa. Mario retiene la mía un segundo más de lo normal y su pulgar recorre mi palma en un roce insinuante que parece accidental.

Capto el mensaje, esa caricia me grita «*quédate*» y me confunde. Me libera en cuanto se da cuenta de lo que está haciendo. Carraspeo para recuperarme.

—En la consulta tengo que atender a un señor obsesionado con cortarse las uñas hasta hacerse sangre. Y luego doy clase en el gimnasio. Podrías pasarte un día, invitado por mí es gratis.

Repaso con disimulo su cuerpo musculado y flexible, marcado bajo la ropa. Buenos tutes

de gimnasio debe darse don Mario, un cuerpo así no solo es fruto de la naturaleza divina.

—Sí, espero poder escaparme un día de estos, será divertido verte dar órdenes a ritmo de samba. Con una condición.

—Tú dirás.

Como quiera traerse a Pauloca, lo estampo contra la pared, me digo.

—Nada de mallas rosa.

#ImpulsosLocosOtraVez

Soy demasiado impulsiva a veces. Otras tengo más razón que un santo. Hoy no sé en cuál de los flancos me encuentro.

Alex piensa en Olga y habla de ella con su hermana, echa el rato conmigo, le falta la sinceridad que yo requiero, y me he vengado de sus afrentas con un plantón que ni el trofeo de la Copa Davis. Pero me muero por verlo. Así somos las mujeres, así son las trampas del corazón, inestables e impredecibles.

He pasado dos horas largas de reloj delante del armario sacando y metiendo trapos, hasta decidirme por un conjunto que solo me he puesto una vez. Es atrevido y diferente, una falda maxi, recta, con abertura lateral hasta mitad del muslo, combinada con un top de manga corta y cuello a la caja, cuyo largo acaba sobre las costillas. Es satén negro, pero podría ser el traje de gala de una india de casta alta. Es precioso.

Me plancho el pelo rubio con la raya en medio y unos pendientes de pedrería negra ponen el toque final. Rojo sexy para los labios y un poco de ahumado en los ojos. Voy dispuesta a hacer estragos en una sola víctima: Alex Conde, vas a ver lo que vale un peine, *cachocabrón*.

«Treintaytantos» es un amplio bar de copas en la calle Beatas, del casco antiguo de Málaga, que lleva abierto casi quince años y monta las mejores casetas de feria que recuerdo. El dueño es un viejo conocido de Silvia, dice que del colegio, seguro que desde entonces se pajea pensando en ella, y está dispuesto a cerrar el negocio para que la rubia celebre su cumpleaños con sus allegados. Han dispuesto una mesa de catering al fondo con docenas de bandejas con miniaturas dulces y saladas, y la barra es libre.

¿Puede pedirse más para una noche perdida en mitad de la semana?

Solo me falta Ximena para redondear lo perfecto.

He hecho una excepción dejando a Martita en casa y me he pillado un Uber, que no me fío de la raja de la falda, montada en la moto puede llegarme al ombligo si me descuido, y no llevo bragas por aquello de las marcas. Silvia corre a recibirme con los ojitos brillantes y la melena más rubia y reluciente que nunca.

Me aleja, después de besarme, para revisar mi aspecto.

—¡Estás... joder, estás divina!

—Lo mismo digo, amiga —le entrego un paquetito—, feliz cumpleaños. Te prometo no olvidarlo el año próximo.

Desenvuelve el regalo, excitada como una chiquilla, mientras yo admiro el maravilloso vestido que lleva puesto. El cuerpo es neopreno negro con estratégicos cortes que lo convierten

en un *bustier* con muchos escotes. La falda es corta, dorada, de vuelo y magnifica sus largas y esbeltas piernas. Los tacones dorados son de infarto.

—¡Muchísimas gracias! —Iza al aire el colgante de Tous que le he comprado a toda prisa — ¡El osito de la suerte! ¿Me ayudas a abrocharlo?

—Yo te ayudaré —se interpone una voz masculina y aterciopelada, sumamente sensual, que al principio comparo con la de Alex.

Es Carlos Reyes, la última adquisición legal de nuestro despacho, que se desliza a su espalda y sin cortarse, permite que la coqueta Silvia aparte a un lado su melena y le cierra el broche con delicadeza.

Juraría que la he visto estremecerse. Tarda un pelín en recuperar la compostura.

—¿Una copita? —nos ofrece— ¿Algo de comer?

La seguimos al fondo de la sala y respondo a las cortesías de Carlos en simultáneo con un eficaz barrido en busca de Alex. Debe de estar a punto de llegar, Silvia es su única y queridísima hermana, puede que estemos enfrentados, pero no va a faltar a esta reunión, ¿verdad?

Al cabo de un rato he dado ciento veinticinco mil vueltas, he desgastado las baldosas del suelo, arramplado con media bandeja de canapés, le tengo caliente la oreja a Helen y como no suelo roerme las uñas, me retuerzo los dedos. Alex está tardando mucho. Mucho. Empiezo a temer que no venga...

Apuro de un trago mi copa y voy a por otra. Ni corta ni perezosa me acoplo junto a Silvia que, por cierto, tiene mucho que contarle a Carlos, a juzgar por lo que le cuesta separarse de su verita, y ansiosa a más no poder, la interrogo:

—¿Tu hermano no viene?

Ella se encoge de hombros.

—Debería. Pero a la hora que es, si no ha aparecido aún... —frunce los labios pintados de rosa—. Igual ha conseguido quedar con Olga.

Mis mejillas mutan a gris ceniciento.

—No me digas esas cosas —gimo.

Y es un lloriqueo que me brota directamente del alma.

Silvia se aparta una pizca de Carlos, que sigue acodado en la barra, y me rodea los hombros con el brazo.

—Tesoro, no lo digo por herirte, por nada del mundo quiero verte sufrir. Es que necesito que abras los ojos, ¿no te das cuenta?

—Pues no es eso lo que debes decirme —insisto, en mis trece—, debes decirme que él me querrá, que estaremos juntos y felices por siempre jamás y que te alegrarás un montón porque has jurado romperle las piernas si me hace daño.

Suspira tan hondo que temo que se quedará en el sitio.

—Con Alex las cosas no funcionan exactamente así. Él hace su vida y yo, por la cuenta que me trae, no me meto.

¡Señor, qué poca esperanza me deja!

Sigo consumiendo alcohol, vagando sin brújula por el local como un alma en pena hasta que... ¡Bingo!

En cinco minutos clavados lo tengo en la puerta. Directo desde el gimnasio, aún húmedo y con la bolsa de deporte echada al hombro. Con aires de indiferencia absoluta por lo que le rodea. Pantalón vaquero ceñido al trasero, camisa con pequeño estampado color frambuesa y cazadora de cuero negro con cremallera.

Señor... ¡Qué planta, qué facha, qué *to*!

No es solo su apabullante atractivo, es su actitud cuando se mueve, su seguridad aplastante. Siento un chispazo en mi ropa interior (la de arriba, os recuerdo que abajo no llevo ni pelo) y una aguda punzada en el vientre me recuerda lo colgada que estoy por este tío que no me conviene.

Explíquenselo a mi cuerpo, que lo desea con cada fibra.

Abro la garganta estilo anaconda para que el alcohol descienda a toda velocidad y me anestesia. Mi precipitado plan de «ahoramismo» me empuja a escurrirme lejos de la entrada, cerca de la barra. Pido más vodka. Pero caigo en la tentación de espiarlo de reojo.

Divisar, incluso de lejos, sus magnéticos ojazos verdes, en contra de mi voluntad, me aclara la mente. Voy rindiéndome a la evidencia, mis miedos, más vivos que nunca, pican si no está él. Lógico. Me gusta mucho, no lo niego, quiero que me quiera, que mi interés sea correspondido, por eso tiemblo y temo pensando que no me tome en serio.

Tiene sentido, ¿verdad? Nos pasa a todas, espero que ellos sufran del mismo síntoma asqueroso.

A medida que Alex se abre paso como una tijera en mi dirección, con ojos chispeantes nada más verme, los nombres de Olga y Camila resuenan en mi cráneo y me recuerdan que no debo dejarme convencer..., como de costumbre.

Me mira enrabiado, analiza mi rostro y se centra en mis labios húmedos y entreabiertos.

—¡Hombre! Es un alivio comprobar que no te han abducido los marcianos como sospechaba.

—¿Tengo que reírme? —espeto de la peor manera— Porque el chiste tiene poca gracia.

Deja caer la bolsa hasta el suelo y compone una mueca de desencanto.

—Menos gracia tuvo dejarme esperando en la puerta del gimnasio hasta las diez de la noche.

—Tuve que salir corriendo —miento tan tranquila—, una emergencia con un paciente... ¿En serio esperaste una hora completa?

—Soy así de imbécil cuando quiero algo, sí —esconde incómodo las manos en los bolsillos del pantalón—. Me imagino que con las prisas olvidaste que existen los móviles. Y los mensajes. Y la delicadeza.

Me derrito. Puede que mi enfado esté solo hilvanado por encima.

—Sí —afirmo, incapaz de decir nada más.

Hago un esfuerzo consciente por no mirarlo mientras hablo.

—Sin embargo, ahora, me pones ojitos de guerra.

—¿Ojitos de...? —Consigue lo que quiere, que yo desentierre mis pupilas del suelo oscuro y levante la cara. La luz de los focos de colores del bar se estrella directamente en mí— ¿De qué coño hablas?

Soy levemente consciente de que atrapa mi cintura con un solo brazo, recupera su bolsa de deportes con la mano libre y me arrastra a un rincón en sombras, lejos de las miradas indiscretas y de todas las demás miradas, porque podría decirse que nos escondemos de Dios y del mundo. Es notar su lengua lamiendo la mía, y temblar como una hoja.

Su sonrisa provocadora me pone cangreja perdida. Me gustaría muchísimo que un buen samaritano me devolviese la neurona que cortocircuita cada vez que Alex me toca. Continúa seduciendo suave mi boca, se olvida de la bolsa y hunde los dedos en mi melena.

—Eres demasiado guapa y lo sabes —gruñe—, ese es tu problema.

Por más que lo intento, no logro zafarme de su abrazo cerrado. Ha sacado provecho del instante de vacilación en el que me hincho orgullosa al comprobar que ha cruzado el bar directo,

que pasa de las miradas de deseo que le lanzan otras mujeres, que su visión de túnel se centra en mí. Vaya, que me siento importante, codiciada y todas esas cosas que justifican mi momento de debilidad.

O de estupidez supina, como lo queramos llamar.

Cuando creo que va a exigirme desaparecer juntos, encerrarnos en mi apartamento y fornicar hasta despellejarnos, me libera el cuerpo, que no el corazón, da un paso atrás y me mide con una maliciosa sonrisa colgada de su comisura.

—Vas a volverme loco.

Demonios, ¿es alguna especie de comentario-trampa?

—Seguro —ironizo.

Lo que no revelo es que me deshago de placer por dentro.

—Vamos a asegurarnos de que mi hermanita tenga su fiesta con todos los invitados en su sitio.

Extiende la palma abierta suplicándome con la mirada, me enreda, e inicio el proceso de rendición. Este hombre ejerce sobre mí un influjo perturbador que no sé mitigar. Renuente, le entrego mi mano y con ella, mi voluntad.

Bailamos y reímos mezclados con el grupo hasta bien entrada la madrugada. No parecemos, desde luego, una pareja, solo dos amigos con cierto grado de intimidad, que se entienden. Dosifica con inteligencia sus atenciones sutiles y poco comprometedoras. Ansío que me toque, pero no. Se limita a ser encantador y divertido, siempre en grupo. Protegido. Cerca, muy cerca, y a la vez tan lejos.

El muy cabrón deja que me vaya cociendo en mis propias ganas.

Y más tarde... Más tarde, hace algo horrible. Una puñalada incomprensible que me niego a recordar.

Pero cuando todo ha terminado y el bar cierra sus puertas, acabo sucumbiendo y perdonando, que no olvidando. Momentáneamente aparto del tejido de mi consciencia todo lo que hiere, y nos fundimos sobre mi colchón, somos uno solo. Él debajo, yo encima con las piernas separadas, trastornada de deseo, lanzando gemidos dentro de su boca.

Masajea mi vulva y gruñe de placer. Los círculos que describe se aceleran conforme mi respiración se convierte en jadeo, y todo mi cuerpo se tensa y se arquea al ritmo de su caricia. La sensación de estar unidos va mucho más allá del sexo, traspasa la piel y dota de significado a la palabra «entrega».

De pronto, pellizca mi sexo con toda la mano, aísla el clítoris erecto y concentra en él todo el movimiento. El orgasmo es tan brutal como inmediato.

El primero, pero no el único.

#CuestiónDeOpiniones

De repente parece que a todo el mundo le ha dado por volver a la ciudad.

Unos sin avisar, como André, que aparece en plan pato desbandado reclamando mi auxilio.

Otras avisando, como Ximena que me llama para contarme sus planes de fin de semana y a la que arrollo, saltando por encima de su conversación, para calentarle la cabeza con Alex.

Otra vez Alex, siempre la misma historia, va a hartarse hasta de ser mi amiga y dejará de llamarme. Avisará por mail cuando viaje y santas pascuas. Qué cansina llego a ser sin proponérmelo.

Bajo examen de conciencia, expío mis culpas como puedo: aguantando a otros por lo que unos me aguantan a mí. Ser psicóloga acarrea cantidad de compromisos, la gente toma tus consultas por el pito de un sereno, convencidos de que basta invitarte a café para que los psicoanalices gratis. Aquí me veo, sentada en el salón de almuerzos de La Moraga de Antonio Martín, con un André recién llegado de más allá del charco, al que le cuesta entrar en materia y me habla con forzada jovialidad.

Manhattan deja su rastro. En tan escaso lapso de tiempo, lo ha mimado y acostumbrado a la calidad, menudo restaurante, con su pared derecha acristalada de techo a suelo, mirando al mar y una carta de platos que no bajan de veinte euros. Hasta ahora no me ha aclarado qué diablos pinto aquí y las horas se escurren. Tengo que trabajar. Miro con delicadeza la pantalla de mi móvil.

Por lo visto, no soy lo suficientemente discreta porque se percata.

—Sofía, necesito consejo.

Vaya. ¿Por qué será que esa frase la tengo ya manida y más que usada?

—Se trata de Silvia —adivino sin demasiada dificultad. Él asiente, agacha la cabeza y yo descargo la artillería pesada—. Me pediste que la mantuviese al margen de este encuentro y como ves, he cumplido.

—Algo que te agradezco profundamente.

—Lo que no significa que no llegue a enterarse —advierito.

—Lo asumo. —Suspira—. Silvia siempre se las arregla para dar con la información que busca.

—Pues ahora dime que tu intención es comprarle un regalo de cumpleaños tardío y que mi papel es asesorarte, porque en mi idea de lealtad no entran las conspiraciones a escondidas con las parejas de mis amigas.

—No imagines cosas extrañas. Si estamos aquí juntos es porque la amo con todo mi

corazón.

—André, si pensabas viajar por sorpresa, ¿cómo es que no estuviste la noche de su cumpleaños?

—Ya se lo expliqué, un colapso en el aeropuerto nos impidió despegar. Le envié varios mensajes de felicitación, pero tenía desconectado el teléfono.

—Nada grave —lo tranquilizo—, estaba bebida y actuando como anfitriona de unas cuarenta personas.

—Pero llegué al día siguiente. Sin embargo, no consigo que me perdone, me encuentro que nada es igual a lo que dejé al marcharme.

Tuerzo la boca.

—¿A qué te refieres?

—Está distante, indiferente. Es como si le fastidiase mi vuelta.

—Puede que te esté castigando por el hecho de haberte ido —lo oriento.

Pero de inmediato regresan a mi memoria los descarados flirteos de mi amiga con Carlos en el bar, las risas amortiguadas que se oyen en el despacho a todas horas, y lo bien que se las componen para hacer que sus agendas coincidan, e ir y venir pegaditos al juzgado. Para ahorrar gasolina, aseguran.

Me muerdo la lengua o arderá Troya.

Temo estar situada en medio de un fuego cruzado, una historia de infidelidades con víctimas, que acabará muy mal. Miro de soslayo a André y sus ojos enrojecidos como si estuviese a punto de llorar. Me da tanta pena que solo pienso en poner pies en polvorosa, nunca se me dio bien esconder mis emociones.

—Las mujeres sois complicadas —resume dolorido.

—Los hombres también —defiendo con énfasis—. Sufrió mucho cuando te fuiste. Quise hacerle entender que se trataba de tu carrera y todo ese viejo rollo de las grandes oportunidades que no vuelven, pero la noté destrozada. Justo ahora empezaba a levantar el ánimo —omito el motivo, puede que lo de Carlos solo sean fantasías mías— y al verte ha tenido una reacción adversa. —Un interrogante se pinta en su cara—. Ha exteriorizado todo el resentimiento que se acumuló cuando la abandonaste.

—¡Yo no la abandoné! ¡Fui a trabajar! —exclama ofendido.

Y no es que no lo entienda.

—Tus motivos son tuyos, André, Silvia se sintió abandonada, responde conforme a sus sentimientos y la resaca que arrastra. Se le pasará —afirmo sin estar del todo convencida.

En el trocito de paseo marítimo que acierto a ver, a nuestros pies, superados los ventanales, un niño de unos seis años mantiene en vilo a media plantilla del restaurante, dispuesto a recorrer con su monopatín la friolera distancia de cinco metros en ligera pendiente. Debe ser hijo del dueño, por eso todos le hacen la pelota. O no es nadie y los que trabajan aquí son así de simpáticos.

—¿Crees que me sigue queriendo?

¡Jesús, qué preguntita!

André me observa con la suficiente intensidad como para que mis orejas enrojezcan con el escrutinio. Por lo visto no quiere perderse una micra de mi lenguaje corporal.

—Qué bobada, claro que te sigue queriendo.

—Anoche estuvimos hablando de nosotros, del futuro, de si me marcharía de nuevo a New York para cumplir los contratos que dejé tirados, de la posibilidad de que me acompañase...

—¿Y dijo...? —El comienzo de la frase muere en mis labios.

—Se limitó a llorar. No logré nada concreto, solo lloraba. Pero eso es porque me quiere, ¿verdad?

Trago saliva.

El pobre André, que todo lo que tiene de exótico lo tiene de soso, es un mulato espectacular enamorado hasta las trancas, ciego como un topo.

—Sí, claro que te quiere. Dale unos días para que se le pase el berrinche. La conoces mejor que yo, sabes lo temperamental que es.

Me oigo a mí misma y me felicito. Sueno convincente y el rostro crispado de André se relaja.

—¿Podrías hablar con ella de este asunto? ¿Me harías ese favor?

—No sé si querrá abrirme la caja de sus secretos —me zafo mirando los dibujitos en el mango de la cucharilla de café. El peque del monopatín acaba de dejarse los piños contra la acera. Pobrecillo.

—Te tiene muchísima estima, Sofía, te contará la verdad. Quiero hacerlo bien ahora, te lo juro —retuerce la servilleta—; si marchándome la cagué, estoy a tiempo de arreglarlo. Dime que estoy a tiempo, que no es tarde.

Me deshago en sonrisas y se lo digo, claro. A fin de cuentas, es lo que quiere oír.

#EntreLaEspadaYLaPared

Desde que me propongo conquistar un minuto de intimidad para tener con Silvia «la gran charla», se ha vuelto escurridiza y su agenda parece haberse multiplicado por cinco. Nunca está y si está, no tiene tiempo para cotorreos. Nuestros desayunos a solas no han vuelto a repetirse, Carlos siempre está presente y en medio, y mi absorbente amiga muestra un relax en cuanto a mi persona, que me asombra.

Antes de extinguirse el cuarto día desde que recibí el encargo, cojo el toro por los cuernos y la arrincono. Aparte de Alex, del que recibo noticias espaciadas por veinticuatro horas, migajas salpicadas de «*hasta arriba de trabajo*» o «*bestialmente ocupado*» que a veces no respondo para darme a valer, lo único que me bulle en la cabeza es que Ximena viene este fin de semana, y cumplir la promesa que le hice a André.

Que ya me vale.

—Silvia, no me dijiste que André había dejado los Estados Unidos. —No es muy original, de acuerdo, pero no se me ocurre mejor manera de arrancar la conversación.

Ella, por toda respuesta, gruñe.

—Ese chico ni come ni duerme, dice que pones distancia y que ya no lo quieres —vomito de golpe.

Silvia parpadea y sus ojos verdes lanzan destellos suspicaces.

—¿Dice? ¿Y cómo sabes tú lo que André dice?

—Vamos, no te hagas la tonta, me ha usado de paño de lágrimas, como casi todo el mundo, debería añadir, y me ha rogado que te sonsaque la verdad.

—Y tú lo intentas con astutos ardides —valora sarcástica.

—No tan astutos, si te das cuenta, siempre he sido partidaria de ir directa al grano y con la verdad por delante —confieso.

Vale, puede que la única excepción conocida sea Alex, pero es porque tengo miedo a que si lo pongo entre la espada y la pared me mande al infierno.

Silvia suspira y parece que por su boca escapa toda la chulería que la mantenía tensa.

—Siento cierta... atracción por Carlos.

Puede que me lo oliera, así y todo, me congela su respuesta.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vi su irresistible foto en un maldito currículum del Colegio de Abogados. Fui a por él con toda la munición posible.

—Me asombra tu franqueza.

—Frente a una defensora de «con la verdad por delante», cualquier otra estrategia sería una imbecilidad —replica con intención.

—Pero ¿y André?

—Ahora que tiene sus ojos puestos en USA, nuestra relación ya no tiene sentido. Es inútil que me empeñe en mantenerla viva. Al final se irá por el desagüe y lo pasaré fatal.

—¡Pero ha regresado! —me altero—¡Ha vuelto por ti, maldita sea!

—Ha vuelto cuando el miedo a perderme ha vencido a su egocentrismo. Tarde, para variar. Los hombres casi siempre llegan tarde.

Cierto. Ahora que me he convencido de que lo mío con Alex es puro sexo sin sentimiento, se empeña en escribirme en plan amiguete, un mensaje al día. No voy a tirar cohetes, pero antes, ni eso.

—Al menos se merece que seas sincera con él.

Silvia da un paso atrás y me mira con enfado.

—¡Coño, Sofía, no me psicoanalices!

Ha levantado la voz dos tonos por encima de lo normal y la preciosa cara de Helen, que acaba de cortarse el pelo, asoma por el pasillo a preguntarnos si todo va bien.

—Tienes razón, es tu vida —claudico tras calmarme yo y serenar a Helen—, no debo meterme.

Cada vez que tomo en serio la decisión de no darle más vueltas al asunto, el castillo de naipes se me desmorona.

Hago memoria.

Con otras relaciones previas disfruté del no cuestionar tanto cada detalle, no forzaba nada y las cosas fluían. O no. Entonces, la hora de dejarlo sonaba en plan sirena de bomberos y yo cortaba por lo sano. No pasaba nada, sin dramas, vuelta a empezar. Pero ahora...

Ahora no parezco yo, maniática, desmenuzo cada frase que Alex me dirige, contabilizo las veces que me llama o me escribe, vivo sin vivir en mí...

Y todo esto, fingiendo que no me importa.

¿Quién puñetas es el artífice de este cambio?

Sin duda, el palazo de Sergio. Me ha vuelto frágil, desconfiada y temerosa. Es como salir a la calle en carne viva con miedo a que alguien te arroje a la cara una botella de lejía. Al final va a resultar que me hirió más y más profundo de lo que pensaba. Yo que presumía de no haber permitido más huella que una pizca de resentimiento.

Cuando se trata de autoengañarse, soy única.

Hemos quedado para comer y Alex me lleva hasta Marbella. Muy lejos para tratarse únicamente de un almuerzo. Eso sí, el sitio es precioso y el desplazamiento en el Q5, confortable y placentero. Paso de preguntarme si nos escondemos de algo, aunque me martillee en la cabeza. No me cabe duda de que Alex ha nacido con un cuerpo para el pecado y un listado demencial de virtudes por el que las mujeres de este planeta se sacarían los ojos unas a otras.

Su perfección alimenta mi inseguridad, tengo que luchar contra ello.

El encuentro a pie de mi edificio ha sido de película. Se ha abalanzado ansioso nada más verme, y cuando deja un segundo de besarme para que pueda tomar aliento, murmura un «*me moría de ganas de verte y de tocarte*» que hace temblar las aceras. Claro que enseguida «lo arregla» al añadir en tono canalla, «*vas a hacerme perder las dos cabezas*».

Romanticismo, ¿a dónde puñetas te has ido?

#EllaNoSeMarcha

Ahora me mira desde su silla, con una copa de vino blanco en la mano y su media sonrisa pecaminosa.

—Me dejaste en ascuas con lo de tu novela. Quiero el informe completo. —Callo. Él me acosa con la mirada—. Vamos, ojos de plata, tenemos tiempo y no habrá interrupciones. ¿Cómo se te ocurrió escribir?

—Es... No sé, la terapia va lenta y trata a las personas una a una.

—Bueno, espero por tu bien que no se les ocurra visitarte en manada, quizá uno por uno sea la solución más sensata.

Suena su móvil. ¿Dónde oí que no habría interrupciones?

Alex mira de soslayo la pantalla y sin mediar palabra, corta la llamada.

—No es eso. Somos —continúo—, ¿cómo decirte? Predecibles.

—¿En serio? ¿Qué estoy pensando?

Dios. Va y lo dice tan tranquilo mientras me atormenta con los luceros que lleva puestos por ojos y su boca carnosa se frunce en un encantador mohín.

Alex Conde, Caballo de Troya.

—Hablo en serio, repetimos patrones con más o menos especialidades. Y al darte cuenta de eso también te percatas de que, en líneas generales, se puede ayudar a un extenso colectivo con planteamientos idénticos.

—Eso te llevó directa al objetivo. Recoger tus conclusiones en un libro y llegar a un montón de gente distinta de una atacada.

—Exactamente eso.

La llamada entra por segunda vez y su expresión relajada se convierte en una mueca crispada. Bloquea el volumen de su dispositivo y lo lanza al bolsillo. Se retrepa en su silla.

—Magnífica idea. Ahora me pareces, además de bonita, generosa.

Estira el brazo por encima de la mesa, toma mis dedos y los trenza con los suyos. Me sacude un calambrazo placentero, algo me somete y no sabría definir qué es, pero porque este hombre me amase, sería capaz de darlo absolutamente todo.

Suena un runrún lejano y Alex resopla molesto, mete la mano en el bolsillo y fisgonea. Lo que lee no debe ser de su agrado porque se le marca una arruga profunda entre las cejas.

—De ti me gustan cosas cotidianas —comenta sin previo aviso, sin explicar nada de lo que acaba de ocurrir—. Por ejemplo, el modo en que te paseas las tazas de té y las copas de vino por debajo de la nariz antes de beber.

—Aromaterapia.

Trato de tomármelo bien, apretando la brida de mi curiosidad. Aunque al sonreírle me devuelve un amago, algo no va bien. ¿Qué le causa tanta angustia? ¿Camila?

—Perdona, ¿quién tiene tanto interés por localizarte? ¿Trabajo? —interrogo sedosa.

El tiempo que se toma él decidiendo si me cuenta o no la verdad, me lo paso yo, retorcida del disgusto.

—¿Camila? —adivino.

Asiente con un golpe seco de cabeza.

Retiro la mano lejos en cuanto puedo y miro al mar.

—Está visto que no piensa dejarte en paz.

—No te enfurruñes, nena. Es serio.

—¿Serio? ¿Tratándose de una adicta al drama hay algo para tomarse en serio?

—Por lo visto le han entrado en el piso. Se llevaron el ordenador, la tele y han dejado bastantes destrozos.

Mis pupilas ardiendo vuelan del ventanal, a su cara. Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¡Vaya, un delito! Pues que avise a la policía.

—Es lo que voy a recomendarle. —Ya tiene el móvil en la mano y teclea a toda velocidad.

Quiero golpearlo con mi peor mirada de odio profundo, pero no funciona.

—Lo que deberías recomendarle es que se olvide de que existes. Ya no eres su pareja, que recurra a otro cuando se le presenten problemas, joder.

—Está cagada de miedo. —Termina de responder y posa el móvil junto a su plato—. Raro, porque vive en un barrio muy tranquilo.

No pienso preguntarle dónde. Este almuerzo, este rato al sol lejos de todo, era nuestro y ella ha vuelto a romperlo a su antojo, en mil pedazos.

—Nueva pregunta en el ranking del «quiero conocerte mejor». ¿Qué parte del día te gusta más? —Me aborda de nuevo. No sé bien qué responder, estoy cabreada y momentáneamente en blanco. Sospecho que salta de tema sin orden ni concierto, desquiciado de los nervios, aparentando no estarlo— ¿Salir de noche, dormir de día? El sueño de cualquier noctámbulo fiestero como yo. Me cambiaría por un vampiro.

Ladeo el cuello. Vale, hagamos como que volvemos a la normalidad.

—No eres tan trasnochador...

—Tú no me conoces, Sofía —suelta cortante—, soy un horror, solo que no contigo.

En el par de frases que llevamos intercambiadas ya ha ojeado el móvil tres veces. Renuncio al postre, aparto la servilleta y me pongo en pie. Basta ya de preguntitas chorra.

—Será mejor que nos vayamos, te veo inquieto.

—No es necesario, en serio.

—Sí, sí que lo es.

Me mantengo firme, lejos de la silla, esperando. Cede, pide la cuenta con un gesto y yo me escabullo hasta la puerta a lanzar mi berrinche a la línea del horizonte. Llega por detrás, me envuelve en sus brazos y me besa el cuello.

Porque el tacto de sus dedos y sus labios húmedos sobre mi piel me hacen perder la cabeza, es por lo que aparco mi saco de reproches. Hasta cierto punto es natural que las relaciones cuando arrancan trastabilen, tropiecen y hasta se detengan un millar de veces antes de coger carrerilla. Somos dos desconocidos con una química fuera de lo normal que todavía tienen que demostrarse si funcionan fuera de la cama.

Contengo el aliento y dejo expuesto mi cuello para que la lengua de Alex lo conquiste

con pequeños lametones. Pero su ansia es extrema, la lentitud no está hecha para este hombre que ama deprisa, con un ímpetu difícil de traducir.

Son ganas de mí.

Me remolca hacia el coche y con voz ronca me dice:

—Joder, nena, no te enfades.

—No tengo derecho, lo sé —refunfuño.

Él me toma de la barbilla y vence mi resistencia a mirarlo.

—Por ahí no, no es eso. La que ocupa mi pensamiento eres tú, no puedo sacarte de ahí ni un solo segundo. Siempre estás, da igual dónde mire. Tú, tu culo —me lo aprieta con un manotazo que me hace respingar—, tus fabulosas tetas —se aprieta contra mí. Tira de mis caderas como si quisiera marcarme y su erección abre el camino en mi vientre—, todo lo que escondes bajo la ropa y que ya conozco es una auténtica tortura.

—Haces conmigo lo que te da la gana —ronroneo.

—Umm, qué más quisiera yo. —Frota su nariz contra mi oreja, mi mejilla.

Cubre el lateral de mi cara con pequeños besos dulces. Nos quedamos en silencio un puñado de minutos, mirando el mar, devorando el tiempo.

—Vamos a tu casa y ensayo parte de lo que tengo pensado hacerte. Advierto que se trata de una larga lista, una lista interminable.

Mi respuesta se apaga en un gemido. Me pasa lo mismo. La atracción es invencible, me arrastra, nubla por completo mi raciocinio. Tenía tan claro que las «relaciones escalón» están abocadas al fracaso, que jamás caería en ninguna. Todas esas memeces son pasado, son de antes de que Alex me poseyera y yo me sintiese suya hasta el tuétano de los huesos.

Los reparos pierden sentido con cada beso. Me estoy enamorando.

No, corrijo. Estoy total y absurdamente colada.

Por eso, cuando han pasado otros tres días sin más noticias tuyas que vagos mensajes de móvil preguntando por la salud en plan simpático, yo me amanso repitiéndome que no pasa nada, que no está obligado a llamarme ni verme a diario, que anda por ahí, resolviendo sus cosas.

Bienvenida, paz mental, ya me hacías falta.

No por mucho tiempo, no soy lo que se dice una chica afortunada. Basta que Ximena me avise de un fiestorro al que va todo el grupo, para que se me caigan los palillos del sombrero.

Dicho en cristiano, para quien no hable andaluz, se me va el alma a los pies. Porque es otro sarao al que ni me lleva, ni me invita, ni se molesta en avisarme. Genial. Si con este comportamiento modélico no leo claro entre líneas, no sé qué clase de guantazo con la mano abierta necesito.

De modo que me plantifico delante de mi ropa, sí, una vez más, y me debato entre la vida y la muerte, a ver qué me pongo que lo deje patidifuso y medio cadáver, en el supuesto de que venga.

En ese momento, mi móvil chirría con una campanita. Mensaje.

«¿Te apetece darte una vuelta esta noche por la fiesta de unos amigos? Nada del otro mundo, pero lo pasaremos bien»

Aprieto el aparatito, contengo a mis dedos que quieren perforarlo hasta sacarle las tripas. Ahora me viene con estas, a tres horas del festival cuando ya podría estar enrolada en otros planes o asqueada con el pijama puesto y un helado sobre la lengua. Seguro que Antonio le ha comentado que asiste con Ximena, Ximena es mi amiga del alma, no es difícil atar cabos, me invita por compromiso. Si le saliera del corazón lo habría hecho antes y desde luego, no con un triste y lacónico mensaje de texto.

Esa historia no hay primo que se la trague.

Tecleo, alterada:

«Sí, gracias, ya me habían invitado Ximena y Antonio. Supongo que nos veremos allí».

Espero haber sonado lo bastante displicente. Chupa del frasco, Carrasco.

#SituacionesRealmenteEstúpidas

Circunstancias en las que cada cual es más gilipollas que el otro, nos superamos haciendo el indio y como es de suponer, no llegamos a ninguna parte.

Estoy fabulosa con un vestido tribal corto en diversos tonos de rosa, con cortes estratégicos a los flancos, cuello desbocado hacia un hombro y mis botines de tacón de aguja. Alex aparece con un pantalón chino oscuro, camiseta blanca y sobre ella, un suéter fino azul marino. Cazadora de cuero marrón y un foulard anudado al cuello. El pelo revuelto y el casco en la mano, que una amiga risueña en exceso se apresura a guardar.

Guapo de remover. Para ponerle un piso, vaya.

Me busca con los ojos hasta que me encuentra. Y aguarda que corra despepitada a sus brazos.

Yo hago exactamente lo mismo.

Ninguno de los dos se mueve, nos retamos con un leve aleteo de pestañas y a continuación, fingimos divertirnos a rabiar con lo que tenemos alrededor. Acepto una copa, respondo a un par de cumplidos, me entretengo con Helen que me cuenta entre gemidos semiorgásmicos lo alucinante que está siendo descubrir a Miguel entre sábanas, y mientras me pregunto desolada qué malas estrellas se han aliado en mi contra para que la dicha me rehúya, detecto el corpachón de Alex junto a la improvisada mesa de Dj.

Tres minutos más tarde suena a toda pastilla el «*Beds are Burning*» de Midnight Oil y yo pierdo la cabeza. El mensaje mudo ha pasado de ser subliminal, a un disparo en mitad del cráneo. Apoyado en la jamba de la puerta, con pose de chulo perdonavidas, Alex degusta su copa sin dejar de taladrarme con esos ojos verdes que le ha dado la naturaleza y la gente salta y chilla al ritmo endiablado de esta puñetera canción, que me pone caliente como una estufa con los tres primeros acordes.

Pasado el momento exaltación, trato de esconderme allí donde nadie pueda ver mi piel arder. Levantar las losetas del suelo y meterme debajo no sería una mala idea, no sé qué dirá el dueño del piso. Mejor un poco de agua fría en las muñecas. Se me seca la boca en cuanto Alex y su risa envolvente y descarada me encierran camino del baño.

—Nunca en toda mi vida —silabea ronco—, me la han puesto más dura que aquel día comiéndote el helado. Desde entonces no puedo oír esta canción sin imaginar que te tengo debajo, gritando y retorciéndote de gusto.

—Buenas noches, Sofía —me mofa empleando una voz cómica y chillona—, cómo me

alegro de verte. Igualmente, Alex, yo también doy saltos mortales agradeciendo la bendita casualidad de encontrarnos.

Me responde con una mueca provocadora.

—¿A qué jugamos? ¿A los indiferentes? —farfullo molesta por la invasión—. Bien, yo te indiferencio, tú me indiferencias... Que también puedo ignorarte.

Parece que contiene la risa. Me desliza por encima una mirada interrogante.

—¿Qué te has bebido, Sofía de mi alma?

—El brebaje que me permita demostrarte que sé jugar a todo lo que me propongas con la misma frialdad e incoherencia tuya.

Mi espalda choca contra la pared y delante lo tengo a él. Con los brazos flexionados, apoyado en sus manos, a ambos lados de mi cabeza. Empuja con la cadera hasta conectar con mi ombligo. Agacha la cabeza y aspira fuerte el olor de mi melena. Calza unas botas militares desabrochadas cubriéndole el tobillo. Mi corazón se desboca.

—Hueles como Dios, nena.

—Ya sabes, Bvlgari.

Niega despacio, chasqueando la lengua. Intento darme la vuelta, pero me detiene con su cuerpo. Deja caer el peso sobre el brazo izquierdo, y su mano derecha liberada, reptar por mi muslo hasta encontrar el encaje de mi *culotte*.

—Bvlgari no tiene nada que ver, eres tú. Es esta piel tuya, sedosa como el nácar.

Esos largos dedos en los que tan a menudo pienso, retiran el pedacito de tela y se mojan en mí. Mi pecho sube y baja alteradísimo, mi respiración no es más que un jadeo entrecortado. Quiero que me haga suya, claro que quiero. Cerrar los ojos y abandonarme a la sensación que se apodera de todo.

Pero en lugar de eso, calibro la situación.

Va a follarme aquí en el corredor, o de pie en el baño, apoyada en el lavabo, con la cara incrustada en los grifos, mientras él se regodea y se pone cachondo con su imagen empujando en el espejo.

Y luego nada.

Más indecisión, más esperas, más sí pero no. Me revuelvo como una leona herida y sus dedos salen de mí. Todo mi ser acusa el vacío con un estremecimiento, los ojos me escuecen.

—¡Basta ya! ¡No soy un puto agujero en el que meter la polla cuando te pica!

Alex parpadea como si fuese incapaz de entender mi arrebató.

—Pero ¿de qué hablas? ¿A qué viene esto ahora?

Me compongo la ropa, me cubro el hombro desnudo, y me siento peor a medida que pasan los segundos y él espera una ráfaga de lucidez por mi parte, que desde luego no llegará.

—Estoy harta de arreglar las cosas bajándome las bragas.

—Apenas tendríamos cosas que arreglar si no te empeñases en retorcerlo todo.

—¿Retorcer? ¿Qué es exactamente lo que retuerzo? Me indigna que Camila ocupe toda tu mente, que te manipule incluso a distancia, que se las arregle para fastidiar los pocos ratos felices que tenemos juntos.

Pone los ojos en blanco.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Creo que lo hemos hablado mil veces.

—Y si no es Camila, es otra. El caso es que siempre habrá alguien con dos buenos melones dispuesta a ponernos la zancadilla.

—No puede indignarte que me preocupe por alguien a quien aprecio.

—Esa es la triste clave del asunto, adivinar hasta qué punto las aprecias —escupo con

amargura.

Él menea despacio la cabeza.

—Que me afecten sus desdichas no te quita protagonismo a ti.

—Te comportas como si le debieses algo.

—¡Se lo debo! —se desespera— La dejé tirada como una colilla, ¡la dejé por ti!

Un grito se arremolina en mi garganta pugnando por salir. Me pueden las ganas de romper algo, el espejo, por ejemplo. Podría coger uno de estos muñequitos de hierro fundido, los angelotes que adornan el aseo, y estrellarlo contra la luna.

—Jodidos remordimientos de conciencia... ¡Pues no haberla dejado! ¡Si tanto la querías, no haberla dejado, y menos por mí! ¡No sabes cómo odio que me lo echas en cara una y otra vez!

—No te reprocho nada, fue mi decisión —replica inusitadamente calmado.

Tiene tensa la mandíbula, un pequeño músculo palpita y lo traiciona.

—Una decisión con la que ahora no eres consecuente. ¡Déjala fuera del cuadro de una puñetera vez!

—Esto es lo que me alejó de una relación que podía haber funcionado —expone ácido—, los follones, los celos. Y es lo que vuelvo a cosechar. Se ve que no sé elegir bien...

No pienso permitirle que remate la frase, no pienso permitir que me hiera más todavía.

—Vete a la mierda, Alex Conde.

Doy medio giro y enfilo el pasillo desierto como si me faltara el aire. El corazón al galope, los ojos húmedos. Necesito aire fresco, huir de mala manera, boqueo como una carpa en una pecera vacía. Llego al salón y solo noto bullicio, notas estridentes de una canción que sería incapaz de identificar y bultos que se mueven frenéticos. Algunas risas, retales de conversación. Alguien alto y grande de rostro difuso me frena y cierra unos dedos enormes en torno a mi brazo. Miro aturdida a Víctor.

—¿Te encuentras bien? —creo que gesticulo algo parecido a un asentimiento— ¿Y...? Ah, por ahí viene.

#OrgulloMaltrecho

Deduzco que se refiere a Alex, cuando su potente energía me llega por la espalda y me rodea entera, como una brisa helada. Se mantiene ahí, donde no puedo verlo. Soy el relleno de un sándwich en el que los dos amigos representan el pan.

—¿Nos piramos a Granada? —propone Víctor con inusitado entusiasmo.

Y no me lo propone a mí.

—¿Granada? —La voz de Alex es ronca, desgarrada... y sexy.

Aprieto los párpados y rezo porque el suelo me trague, cosa que no sucede.

—Sí, una amiga a la que no veo hace mucho acaba de llamarme para proponérmelo, podemos quedarnos a dormir en su casa —suena burlón—, ya sabes, lo pasaremos bien.

Alex deja transcurrir unos segundos antes de responder.

—Adelante, por lo visto aquí no hago nada más que perder el tiempo.

Sus palabras traen el efecto demoledor de un cañonazo. Me alejo y busco desesperada las puertas francesas que dan a la azotea, previo paso por unas escaleras estrechas y empinadas, de escalones altísimos. No suponía que los tacones colaborasen hasta este punto, más que caminar, vuelo. Una bocanada gélida se estampa en mi rostro y me despabila, no soy la única con la ocurrencia de escapar del salón atestado, otros invitados han subido con sus copas y sus abrigos y charlan a la intemperie.

Yo voy semidesnuda, con mi vestido de noche y sin nada que me cubra el dolor.

Apoyo las manos sobre el borde de la pared que se abre a la bahía de Málaga y aprieto hasta que los nudillos se blanquean. Me muerdo los labios y se contrae mi cara, tratando de no llorar. Si lo hago, mi maquillaje me transformará en un mapache herido y seré la comidilla de todo Cristo.

Eso, o hacerme la borracha arrastrándome por el suelo. No sorprendería demasiado.

—¿Es por Alex?

La voz que me asalta por encima del hombro es femenina, pero de nadie que conozca. Podría ser Ximena, o Helen, aunque me he cuidado mucho de que ninguna de las dos sea espectadora del numerito. Esta chica es rubia y delicada, pequeña, y tiene los ojos castaños y una plácida mueca de desencanto en los labios.

No me molesto en responder. No sé quién es, ella se ha acoplado a mi costado sin invitación de ninguna clase.

—No deberías tomártelo muy a pecho, él es... bueno, él.

Coño, habla como si lo conociera muy bien, ¿esta también se lo ha tirado?

¡Hola! ¿Queda alguien en la ciudad que Alex Conde no se haya pasado por la piedra?

—Igual con todas, folla hasta reventar y luego nos deja tiradas. Usa a las mujeres y luego las arroja al cesto de la ropa sucia, aunque sabe que se lo perdonaremos por estar tan bueno.

Un cepo con todos sus dientes es lo que acaba de cerrarse contra mi estómago. El orgullo de Sofía ya está lo suficientemente maltrecho, no hace falta abollarlo más aún con explicaciones crueles como esta. Ignoro si el objetivo de la chica es recochinearse o consolarme, pero le está saliendo de pena.

—¿Fumas? —oigo que me pregunta.

Musito un débil «no gracias».

Respiro todo lo hondo que puedo y lanzo la mirada al horizonte hasta que se topa con la única torre que luce la catedral de Málaga. Las lágrimas que NO pienso derramar me abrasan. Cuesta aguantarlas, pero no voy a derrumbarme, y menos delante de esta fulana que no me quita ojo y a la que no conozco de nada.

Seguramente sea buena chica y tenga roto el corazón.

Seguramente, si conversamos, descubra que tenemos un patrón común, pero malditas sean las ganas de hacer amigos que tengo ahora mismo. Todo lo que siento es el labio inferior temblando. Me acuerdo del cigarro que acabo de rechazar. Este es uno de esos momentos en que poner pose de distante diva del cine y echarle el humo en la cara al primero que se arrime, vendría de perillas. Pero no fumo, soy una chica sanota sin más vicio conocido que Alex Conde el destrozabragas.

Es hora de desaparecer. Va a ser mucho más elegante que liarme a voces como una histérica, puteándolo y reclamando unos derechos que ni siquiera sé si tengo.

No me despido de nadie. Para qué, desvirtuaría mi huida. Helen, Ximena, todas andan de arrumacos con sus parejas y yo no haría sino amargarles la velada. Para lo que tengo que hacer, que es esfumarme en plan elfo, no necesito compañía.

Los últimos acordes que oigo antes de huir son los de un tipo cantando «*sabes que yo puedo ser terriblemente cruel...*». Una señal, un puto mensaje de advertencia.

En la calle, me recibe una temperatura desapacible que de inmediato me congela la punta de la nariz. Aseguro las cremalleras de mi anorak, arranco la vieja Vespa y me consuelo con su ronroneo. Si pudiera, si solo pudiera dar marcha atrás todos estos meses y volver al instante en que me vi libre de Sergio, sin mayores expectativas, pero feliz...

Habría estado bien que una amiga sensata me restregase por las narices mis propios consejos: las relaciones puente están condenadas al fracaso. Yo aún demasiado vulnerable, las heridas infringidas por mi relación fallida, demasiado abiertas. Cualquier cosa que Alex hiciese que no fuera amarme por encima del bien y del mal, sería sal sobre ellas.

Hemos pagado contra el otro, los rencores, las fobias, los celos acumulados en nuestro triste pasado. Debimos abrir de par en par las ventanas del alma para que corriese el aire fresco, limpio y sanador. En lugar de eso, nos embarcamos en un intento de amorío sin cimientos que no ha tardado en derrumbarse.

Noto las lágrimas rodar mejillas abajo. Me galopa el corazón. No me percaté de que Alex me persigue con su moto hasta que nos detenemos en un semáforo y me pide que pare donde podamos hablar. No respondo.

—¿Estás enfadada?

—Valiente pregunta. Échale imaginación —rujo sin mirarlo.

Espero que los lagrimones se sequen antes de que pueda verlos o me moriré del bochorno.

—Odio las adivinanzas.

—Y yo otras cosas.

—¿Como por ejemplo?

Ahora sí giro el cuello y lo enfrento directamente. Puede que tenga fruncido el entrecejo, que parezca atormentado, pero no me engaña. Yo estoy peor. El semáforo pasa a fase verde, aunque como son las tres de la mañana, podemos quedarnos allí clavados sin consecuencias.

—¿Sabes, Alex? Paso.

—Así, sin más, sin dar una jodida explicación, pasas.

—Así, sin más —repito apretando el acelerador.

No me marchó. El silencio nos cubre de tensión.

«Baja de la moto. Baja y abrázame. Dime que me quieres, dime que te importo. Dímelo»

—Sofía. Para, aparcamos y lo hablamos. Somos adultos, ostias, podremos, ¿no?

«Baja de la moto. Baja y abrázame. Dime que me quieres, dime que te importo. Dímelo»

—No hay nada que hablar, este no es nuestro momento y se acabó.

—¿Por qué crees saberlo todo?

—Hay mucho en tu comportamiento que son mensajes a voces. Quizá los más valiosos, porque no tienes tiempo de manipularlos.

—¿Quién manipula a quién? —explota en un rugido fiero.

—Deja de darle la vuelta a todo. Esto es una mierda.

—Tú misma —detecto en su contestación un tinte de desprecio que pagaría por borrar—, quien te entienda que te compre.

—No quiero pasar a tu lado, ni pensando en ti, un solo minuto más de mi vida. Esto es... tóxico.

—Ahora que lo mencionas, sí, ha sido espantoso.

Detecto su matiz marcadamente irónico.

—Te refieres a la cama, la cama ha sido increíble. Pero todo no es sexo en esta vida, ya me cansé, quiero volar allí donde no me asfixie.

Levanta las manos por encima de su cabeza y las agita en un gesto exasperado.

—Por fin lo has soltado.

—¿El qué?

—Toda esa puta historia del agobio. Yo te agobio.

—Eso te lo acabas de inventar.

—¿Por qué? ¿Porque no lo has dicho? Yo también sé leer entre líneas.

—Presuntuoso hasta el final.

—¿Estás segura de lo que crees sentir?

Eso último queda flotando en el aire, pues cuando vomito mi última consigna con una mirada altiva, retuerzo la maneta derecha de Martita y enfilo la avenida de Andalucía, convencida de que Alex me seguirá.

Ya me he arrepentido de todas las idioteces que he dicho. Quiero arrinconarlo en nuestra escalera del garaje y hacer el amor a lo salvaje. Quiero fundirme entre sus brazos como chocolate caliente.

Lo admito, estoy mal acostumbrada.

#CapitánCaosAlMando

Alex

Ya está. Ya se ha roto. La veo alejarse y esa mirada suya de desprecio voy a guardarla como un clavo en la memoria por muchos años. Acudiré a ese doloroso recuerdo cada vez que la eche de menos, que me reproche dejarla escapar.

Eso que en la fiesta estuve a punto de dedicarle una canción cuando oí que decía «*sabes que yo puedo ser terriblemente fiel...*». Gilipollas.

Soy humano, me agrada sentir que me necesitan y Camila lo hace.

Sofía no.

Sofía es autónoma, independiente, libertaria. Acostumbra a tomar decisiones sin consultar, detesta depender de otra persona. Si me alejo, rehará su vida en un abrir y cerrar de ojos. Camila no. Camila se siente desamparada si mi mano no la guía.

Adoro a la chica de ojos de plata, pero me hace sentir débil.

Sofía

De haber apostado una mano, la habría perdido. Todos los cerebros no funcionan igual.

Me alejo de estampida cual damisela ultrajada, y cualquiera de mis anteriores parejas me habría alcanzado en la puerta de casa para aclarar el universo de puntos oscuros que aún nos separaban y recuperarme.

Cualquiera de ellos.

Alex no es cualquiera. Así que no lo hace.

Llego hasta el garaje y me detengo con una inocente esperanza revoloteándome en el estómago. La calle está desierta y negra. Tétrica, neutra y callada. Me estremezco.

No está. No ha venido.

Pulso el mando y el portón abre sus fauces. Me cuelo dentro del edificio con el corazón en un puño y después de desconectar el motor de mi desvencijada moto, los ojos se me van, sin querer, al recodo de la escalera donde nos tocamos a fondo la primera vez. Ya no puedo contener las lágrimas, sollozo en espasmos como si fuese a darme un ataque.

Lo que me dan, son las seis de la mañana acurrucada en un polvoriento escalón de mierda, escuchando «*Whatcha say*» de Jason Derulo, una y otra vez, una y otra vez.

Ximena me alarga la taza con la infusión caliente y me alerta de que quema. Estoy tan anestesiada que podría abrasarme sin notarlo. Acto seguido se recuesta a mi lado en el sofá. Tengo los ojos hinchados y escocidos, parezco un payaso a medio desmaquillar.

—¿Él sabe lo mal que estás? ¿Tiene idea de lo mucho que te está afectando este jueguito enfermizo?

Meneo la cabeza y le confieso que antes muerta que permitir que me vea llorar.

—Eso, haciéndote la dura, rompiéndote por dentro, pero sin que se note. El exterior, siempre impecable. ¿Me explicas para qué?

—Los tíos odian a las lloricas —casi grito—, yo odio a las lloricas, blandas y ñoñas, chantajeando a los demás con un puñado de hipidos.

—Ponlo contra las cuerdas ya, joder, machácalo, pero que tome partido de una vez por todas.

Me llevo la taza a la nariz, el vapor me hace cosquillas, con las mismas, la aparto sin probar el líquido.

—Esto estaba muerto antes de empezar, Xime. La historia con Camila lo tenía agotado, respiró unos meses conmigo. No te digo que no deseara que funcionase, ni te niego que tuviese buena intención... —me frotó la nariz rojo pimiento—, pero no fui suficiente. Buscaba otra cosa, a la tal Olga, alguien más parecido a Camila... No sé, no sé una mierda.

Mi amiga más querida me abraza. Yo me encojo y me hago pequeñita ante su arrebato de compasión.

—Yo lo quería —gimoteo.

—Qué coño vas a quererlo. *Encoñáita*, todo lo más, que era muy pronto, amiga.

Su matiz me consuela. Si no estoy enamorada, el sufrimiento pasará antes.

Así nos quedamos. Abrazadas, meciéndonos como bebés.

—Es injusto que vengas a Málaga dos días y te los pases dándome cuerda. Está tu madre —suspiro— y está Antonio. Tu chico va a ponerme dos velas negras...

—Como no te calles, te juro que te endiño. —Obedezco y de nuevo me acuna.

Pasado un rato, trato de forjar una broma que se me escurre por los lados.

—Qué morena estás, tú te das rayos en la capital.

—Sí, rayos y centellas. Sobre todo, cuando veo a mi jefe aparecer por el pasillo. Ese sí que me tiene negra carbón.

Estiro el cuello como puedo. Ximena me tiene agarrada que ni con grilletes.

—¡Anda ya! ¿Problemas, tan pronto?

—No todo lo que reluce es oro en la MFO. Estoy ya un poco hasta los ovarios de tanto tipo estirado dando órdenes, mangoneando fondos públicos y desprestigiando a todo el que no pertenezca a su redil.

En ese microsegundo caigo en la cuenta de que Ximena también tiene atascos en su camino a la felicidad y al éxito, y que yo he monopolizado el planeta de las desgracias sin merecerlo.

—Cuéntamelo todo.

—No tiene importancia. Mierdecillas, ya sabes.

—Cuéntamelas. Si son tus mierdecillas, me importan.

—Me han robado la idea más genial que he tenido en toda mi vida. Jamás volverá a repetirse un momento de lucidez de tal categoría. Fui tan ilusa que se la conté a mi superior. Le faltó tiempo para ir a venderla como propia a las altas esferas.

—¡No!

—Sí.

—Joder, vivía convencida de que esas putadas solo se las hacen a los protagonistas de las novelas.

—La realidad siempre supera a la ficción, mi filosófica amiga. —Se estira la falda con las manos—. Estoy pensando en volver.

—¿A tu antiguo puesto? ¿A Málaga?

—Aunque traiga las orejas gachas, sí.

Se me dibuja una sonrisa que me parte en dos la cara.

—No tiene por qué parecer un humillante retroceso, tienes la excusa perfecta, tu madre.

—Sí, bueno, eso también.

—¡Tenerte aquí de nuevo! ¿Imaginas? Sería genial.

—Hasta es probable que me ascendieran gracias a los conocimientos que traigo acumulados. En Madrid he participado de proyectos ambiciosos y de largo recorrido.

—¿Has tanteado la posibilidad...?

—Estarían encantados si decidiera reincorporarme.

Ahora soy yo la que me cuelgo de su cuello chillando de entusiasmo, sin dejarla siquiera terminar.

—Y Antonio quiere que nos vayamos a vivir juntos. Él y yo solos, sin mi madre.

Siento un desbordante alivio recorrerme las venas. Pero suena el timbre de mi apartamento, y el sonido basta para tensarme y crispas mi cara que lanza miradas aterrorizadas hacia la puerta.

No puede ser. No voy a poder soportarlo.

Si Alex aparece por ese hueco y me dice dos palabras, solo dos, con su voz de terciopelo rasgado, voy a arrojarme a sus pies, derretida de amor y de deseo. Pienso esconderme debajo de la cama, ya.

—Debe de ser Antonio —Ximena interrumpe mi torbellino de pensamientos—, le pedí que me recogiese aquí, espero que no te moleste... —calla porque me ve levantarme de un salto y recorrer frenética el pequeño salón—, ¿qué haces?

—Busco algo contundente que tirarte a la cabeza. —El descubrimiento de quién llama, rebaja de golpe mi nivel de adrenalina.

—¿Por qué? —se irrita mientras va a abrir— ¿Por qué de repente quieres matarme?

—Por preguntarme estupideces. Ni tú, ni nadie que esté ligado a ti, molestaréis en mi casa ni en mi vida, jamás de los jamases.

Ximena se detiene un metro antes del picaporte y me sonríe tierna por encima del hombro. Tiembla mi barbilla, mi mandíbula inferior. Aprieto los labios contra los dientes para controlar el berrinche que se avecina. Voy de sobresalto emocional en sobresalto.

Y del suelo al sofá.

#TresSemanas

Cuando terminan de besarse y decirse cositas dulces en susurros, Antonio y Ximena vuelven a mi madriguera enganchados del brazo.

Está muy guapo, con su camisa azul celeste, su *parka* de plumas azul marino y sus vaqueros. Antonio no es muy alto, pero tiene una cara preciosa, ojos ámbar y manos fuertes y nervudas. Y es, pese a lo que nos temíamos en un principio, un tipo en quien se puede confiar.

—¿Cómo te encuentras? —Deposita un pequeño beso en mi frente y sobre la mesa, una bandeja de pasteles del obrador de la entrada de la calle, que conozco el envoltorio. Ximena nos deja solos y desde la cocina nos grita que preparará té y café en abundancia.

Hago un esfuerzo por enfrentar los preocupados ojos de mi «casicuñado».

—¿Estás bien? —repite.

Yo suspiro. Creo que voy a tener que sacar fuerzas de flaqueza y contestar.

—Se pasará.

—No quiero verte sufrir, Sofía, todo esto me toca muy de cerca, y no solo por Ximena. Alex es mi amigo, tiene buen fondo, te lo aseguro. Lamento que haya pasado esto, ibais muy bien encaminados.

Tuerzo el gesto. ¿En serio cree eso?

—Nunca vi a Alex tan interesado por nadie —me dice—. A su manera, no te lo voy a discutir, pero lo estaba.

—Quizá eso sea lo terriblemente malo de estar colgada de Alex, «su manera» de interesarse.

—Estaba muy quemado por las broncas con Camila, es posible que solo necesitase tiempo.

—Pues va a tenerlo en cantidad —sonrío burlona—. Todo el del mundo. De esta pobre imbécil ya no va a reírse más.

—No conozco una definición que te pegue menos que «pobre imbécil». Venga, mujer, levanta ese ánimo, la vida es bella y tengo casi convencida a nuestra Ximena para que abandone Madrid.

En ese momento, mi amiga aparece con la bandeja de pasteles en las manos, exuberante de alegría, y a dúo inician su rosario de consolación. Siento un dolor terrible en la cabeza, su entusiasmo me conmueve, puede que debiera prestarles más atención, pero no puedo. La modorra me va envolviendo como una capa y creo que hasta pego un par de cabezadas.

Menos mal que los invitados son de confianza.

Tres semanas, tres. Son muchos días.

He fingido una gripe para justificar mi depresión de caballo y mi ausencia total de energía para salir de la cama. He soslayado las acuciantes preguntas de Ximena, Silvia y Helen. Les juro que estoy tomando un complejo vitamínico que me subirá de nuevo los arrestos y el desinflado coraje.

Lo cierto es que necesito oír su voz y Alex no da señales de vida.

Si algo me queda claro a estas alturas es que no piensa volver. No pedirá ni disculpas, ni explicaciones. Nuestro tambaleante universo de cartón mojado acabó por derrumbarse y me duele tanto que apenas consigo respirar.

Recurso, en plan terapéutico, a mis imágenes tristes del pasado.

Sergio me apuñaló en lo más hondo y al recuperarme me fortificó, eso fue lo que me dije a mí misma en aquel momento. Sin embargo, ahora todo me escuece mucho más, puede que me hieran con mayor facilidad, o que ni siquiera haya cicatrizado. Admito que me precipité demasiado a lo loco a esta nueva aventura.

No obstante, con todos mis errores, Alex significó un antes y un después en la manera de entender el deseo: le querré toda la vida.

Por fin me incorporo a mi puesto de trabajo, más bien me arrastro, confío en que gestionar los problemas de los demás auxilie mi desesperación y, jornada a jornada, la lime. Una hora más tarde de lo previsto, Silvia se materializa en el hueco de mi puerta, radiante como una pequeña bombilla de LED. Entra haciendo ruido con sus tacones, enfundada en un vestido tangerina, delicioso.

—Felicítame, soy una chica soltera y loca por comerme la vida. —Extiende los brazos a los lados para darle énfasis a su anuncio—. Lo mismo que tú.

—Yo soy una chica soltera y ahí me quedo —replico avinagrada.

Silvia parpadea estupefacta.

—¿A qué viene ese humor de perros? Si aquí empieza nuestra feria.

—¿He oído bien? ¿Has plantado a André?

—Como una mata de hierbabuena —resume satisfecha.

A mí me echan chispas las pupilas.

—Después de toda la que liaste porque se marchaba, y ahora cortas con él.

—La que «lié» —recalca la palabreja con mala baba—, la lié porque lo amaba, mucho más de lo que ese malnacido egoísta se merecía. Y este ha sido el resultado. Me he desenganchado.

Silvia es contundente al hablar, está segura de lo que afirma. Y yo, en mi estado semicatatónico, odio su ímpetu y sus frases asesinas.

—¿Le has hablado de Carlos? —interrogo sin fuerzas.

—No, claro que no, sería del género tonto. Lo que ha pasado entre nosotros es ajeno a Carlos. Tiene más que ver con un avión rumbo al Atlántico y sus muchas ganas de ser *celebrity*.

—Está bien, como quieras, pero te advierto que no tengo cuerpo de jolgorios. Para todas esas verbenas que estás maquinando, va a ser mejor que te busques otra compañera.

—Ni de coña, guapa. Tú eres la elegida —entona, ahuecando la voz y apuntándome con el dedo, como el portero del «Túnel del terror».

Vaya, cualquiera lo diría, a pesar de la muerte de su noviazgo, conserva intacto su buen humor.

—Te advierto que es posible que te entren ganas de suicidarte conmigo al lado.

—Ya verás como no. —Para dar fe, me guiña un ojo—. Y quita esa cara, que parece que

has mordido un limón.

—¿Ves? Ya estamos.

Desaparece con un bailoteo sin mencionar a la causa de mis penas, y yo me pregunto si la razón de su esotérica alegría se llama «*Carlos*» o «*mi amiga ya no sale con mi hermano*».

#SinDemasiadaBrújula

El amor que todo lo puede, el amor que a veces se comporta como una fiesta, empieza de maravilla y acaba con una resaca de mil infiernos que te hace jurar por tu bisabuelo que no se repetirá.

Pero se repite, vaya si se repite.

Allá voy, embutida en un vestido de terciopelo borgoña vergonzosamente corto, montada en un Uber porque la noche podría criogenizarme si me decido por Martita, camino de «Lemon», un restaurante de alto copete donde se reúne la gente del departamento para despedir con todos los honores al profesor Martínez que por fin se jubila.

Ha sido arduo librarme de Silvia esta tarde, últimamente no me deja ni a sol ni a sombra. Desayunamos, almorzamos juntas cada día y a menudo, sobre todo los días que no doy clase en el gimnasio, me enreda con descaro para picar algo por el centro antes de volver a casa. Si mantiene una relación eróticoamorosa con Carlos, lo llevan bien en secreto, tanto que Helen aún se hace ilusiones con el abogado bombón.

A mí, que a estas alturas ya se me escapan pocas, me basta percibir la energía que emanan al mirarse, para saber que allí hay tomate.

A la entrada del palacete donde se encuentra ubicado el restaurante, una doble hilera de camareros de ambos sexos pulcramente uniformados en blanco y negro, me reciben con copas de cava. Apenas dan las ocho de la tarde, el profesor está mayor y no aguantaría el folklore tardío. A saber qué rollo le han contado para arrastrarlo hasta aquí.

A mí ha sido Mario quien me avisó.

Por él y para impresionarlo, aún no entiendo del todo la razón, me coloqué esta vestimenta, de la cual, empiezo a arrepentirme. Quizá no sea excesiva para una vuelta con mis amigos, pero a los universitarios igual los escandalizo, al profesor le da un infarto, y nos quedamos sin cena.

Con una flauta de cava entre los temblorosos dedos y sonriendo como un tentetieso, cruzo el jardín en equilibrio sobre estos tacones demenciales. Distingo un grupo de unas treinta personas en el salón, a través de las ventanas, no puede ser que todos hayan llegado ya, juraría que no voy tarde. Voy a morirme de vergüenza atravesando a solas ese umbral. Igual se me desordena el paso y caigo de bruces cuan larga soy.

Envío un mensaje a Mario. Caballero al rescate.

«Estoy en el jardín. Te pareceré una moñas, pero me da apuro entrar sola, ¿saldrías a acompañarme?»

No tarda ni un minuto en aparecer por la puerta, sonriente y luminoso. Con un traje de chaqueta cruzada gris marengo, camisa blanca y corbata gris con rayitas. Es una oda a la perfección clásica, cara y cruz con el aire canalla y gamberro de Alex, que tanto me pone. Ojalá no fuese una masoquista de premio, Mario sería una opción a tener muy en cuenta.

En tres zancadas se pone a mi altura y me abraza. Seré idiota, pero la fuerza de sus brazos rodeándome, ofreciéndome algo cercano a seguridad, me reblandece y tengo ganas de llorar. Trago saliva, carraspeo y me paso los dedos por el rabillo del ojo, alegando que todo esto de las despedidas me pone tontorrón.

—Y te has perdido la carita del profesor cuando nos ha visto a todos reunidos, cantando «sorpreesa» —me cuenta.

Su mano anclada en la curva de mi cintura me empuja con suavidad al interior. A la boca del lobo desde donde todo el mundo se gira a mirarnos.

—Pero se supone que llegaba a las ocho —protesto—, he sido puntual, ¿cómo es que...?

—Era a las siete, Sofía, cambiaron la hora y te envié un mail... —Deja la frase en sospechoso suspenso.

—No lo he recibido.

—En realidad, no los mandé personalmente, encargué a personal del departamento —frunce el ceño molesto—; la verdad, pensé que serían más competentes. Lo siento mucho.

Antes de responder, oigo una voz exaltada que grita mi nombre.

—¡Sofía! —Mi querido director de tesis me recibe con los brazos abiertos y en mi memoria se agolpan un ciento de recuerdos entrañables vividos a su lado. Tiene buen aspecto— ¡Mi preciosa niña, pensé que no vendrías! —Su mirada se posa un instante en mí con admiración, antes de estamparme dos besos en las mejillas.

—Aunque sea un tópico, profesor —juro mientras le devuelvo el saludo—, no me lo perdería por nada del mundo. Está muy guapo, se nota que el descanso le sienta bien.

Se zambulle en un mar de explicaciones acerca de sus rutinas diarias, bajar a la calle, caminar unos treinta minutos, tomar café en una coqueta pastelería... Leerá mucho mientras le respondan los ojos e incluso tiene previsto dar clases particulares a algunos desorientados alumnos de primero.

—¡Qué maravilla! Viene usted lleno de buenas ideas —alabo, no del todo tranquila.

El largo del vestido me granjea las miradas belicosas de más de una y en un rincón tenebroso se esconde Paula, el orco rubio que me perfora con ojos criminales.

—Habéis estado liados, ¿a que sí? —cuchicheo a Mario en cuanto nos dejan solos y dispongo de oportunidad.

Se ruboriza, me parece encantador.

—Ya te dije que no funcionó. No llegó a tener el suficiente relieve.

Pestaño. Me pregunto qué entiende Mario por «relieve» ¿serán tetas? Jo, no debería seguir bebiendo, pero es que los dardos asesinos que la profesora me envía desde el fondo de la sala me están poniendo cachonda.

Quiero ser mala por un rato. Malota de verdad.

—¿Por casualidad no será Paula la que debía enviar los mails? Ya sabes, con el cambio de hora de la fiesta —adivino con un chispazo de malicia. Él asiente—. Me lo figuraba.

—Te excluyó.

—Debe de ser que por algún oscuro motivo le estorbo. Lo siento, profesor Jones, te mereces algo mejor que esa bruja —calibro, desinhibida por culpa del ponche.

¿A quién se le ocurre servir ponche en una fiesta a estas alturas del siglo XXI?

—¿Algo como...? —Entorna los ojos oscuros hasta convertirlos en dos rendijas y mis piernas tiemblan un segundo, apabullada por su intensidad.

Es extraño lo que me ocurre con Mario, me turba como si tras el límpido brillo de sus pupilas se escondiese algo prohibido, sugerente y muy sensual, cuando no es más que mi inofensivo amigo.

—Bueno, ya sabes —escondo la mirada—, una buena chica que te prepare el desayuno y no cometa tropelías por la espalda.

—Dime que esa joya podrías ser tú. —Me lanza una sonrisa insinuante.

Tal vez sea un error, pero se la devuelvo.

Y en menos que canta un gallo, estamos flirteando con tantas ganas como descaró, apoyados en la baranda del porche que asoma a los jardines, sin notar el frío y sin incomodarnos. Una sutil fragancia a dama de noche llega de los jardines y me saca del presente.

Cuando la cena comienza, nos separamos con naturalidad, yendo a sentarnos, cada uno a un costado del profesor Martínez, como sus privilegiados niños mimados. Nos dedicamos unas emocionadas palabras en público que arrancan enfervorizados aplausos de la achispada concurrencia, ayudamos a soplar las velas de una tarta que más bien parece el incendio de Chicago, y mantengo orgullosa el tipo, pasando del veneno que destila mi nueva enemiga, Paula. Aplacando mis ganas de mandarla al cuerno, que también las tengo.

Las horas vuelan, señal de que estamos a gusto, y yo me alegro de haberle hecho caso a Xime y haber venido. No creí que fuese capaz ni de pintarme el rabo del ojo, pero aquí estoy, después de todo, acaparando la atención de un chico guapísimo, que cuando las luces se amortiguan y los asistentes inician su despedida, se ofrece a llevarme a casa.

—¿En ese engendro de *Jeep* que tienes? —casi chillo, aturdida por el alcohol—. Se me pondrán los pelos de espantapájaros.

—No, mujer, estamos en invierno, va cubierto con el techo rígido. —Atravesamos juntos la sala, su mano guiando la parte baja de mi espalda, y levanta la que tiene libre para decir adiós a todos, incluida Paula que nos dedica un disparo de resentimiento—. ¡Chicos, nos vemos mañana!

Apuesto a que la voz de la rubia no está entre esas que han respondido con afecto.

#DasMiedo

—Te va a empalar —ríó, contorsionándome sin lograr acoplarme en el sillón.

El vestido es tan corto que no me lo permite. Entonces Mario se acerca, me toma por la cintura con ambas manos y me alza en vilo hasta depositarme con suavidad sobre el cuero. Me sacude un ramalazo de libidinosa excitación. Me gustaría separar las rodillas y animarlo a que mirase.

Dios, estoy borracha. Menudo ejemplo para los becarios.

—Quién, ¿Paula?

—La misma que viste y calza. Mañana procura que no te sirva el café, puede ser que haya vertido por equivocación quince gotas de Evacuol dentro, y te pases el día en el trono.

Suelta una sincera carcajada.

—Más le vale no intentar ese tipo de tretas tan viejas y rastreras.

—Perdona que te diga, te la habrás estado beneficiando, pero tiene pinta de que le van los ardidés mezquinos.

—Tú me animaste a intentarlo.

—Parto de la base de que todo el mundo es bueno —murmuro. El cosquilleo asciende por mis muslos y se convierte en punzada en mitad de mi sexo. Sigo aquí sentada, con las piernas hacia fuera y Mario, prácticamente aparcado entre ellas, charlando tan tranquilo— y se merece una oportunidad. A veces, muchas veces, meto la pata, no nos vamos a engañar.

—Que se ande con cuidado, puedo ser muy vengativo si me lo propongo —afirma con una contundencia que me sobresalta—. Venga, adentro esos preciosos tacones, voy a cerrar.

Obedezco y lo veo rodear el *Jeep*, acomodarse ante el volante y arrancar. El ponche me ha vuelto imprudente, osada y la ausencia de Alex me empuja a desear un cuerpo a cuerpo excitante. Pero respiro hondo unas cuantas veces, normalizo el acelerado latido de mi corazón, y me recuesto en el asiento rezando por adormecerme.

—Uff, qué miedo me das, doctor Jones.

Mario ríe. Es un gustazo oír esa miríada de campanillas festivaleras.

—¿Por qué demonios me llamas así?

—Porque eres como Indiana, tienes dos caras. —Extiendo ambas palmas mirando al techo—. El erudito y el aventurero. —Las muevo a modo de balanza.

—Todos tenemos zonas oscuras en la personalidad. ¿Sabes que ese fue precisamente el tema de mi tesis?

—¿Zonas erróneas? La siguiente calle es la mía —aprovecho para indicar.

—No, erróneas equivale a quebradizas. Oscuras, zonas oscuras.

—Te refieres a la maldad.

—No necesariamente hasta ese punto. Pero sí, alguien muy diferente a lo que solemos ver a diario, un Doctor Jekyll escabroso, que por precaución no se asoma.

Al decir esto, sus fuertes manos se contraen sobre el volante de piel. Un remolino se agita en mi estómago y me hace suspirar de deseo. Definitivamente, descontroló. El motor rugiente del *Jeep* se desvanece y el silencio de una noche de invierno nos rodea.

—Ya estamos —susurra muy cerca de mi cara.

—Te refieres a que ya estamos en mi casa. —Miro de reojo el portal y su luz mortecina.

Puede que sea el empuje del alcohol, mi libertad frente a Mario al que nada me une, o el hecho de que él exhiba una enternecedora timidez de cuando en cuando, pero me envalentono.

Cuando Alex sonrío, toda una tromba de promesas sensuales me invade. Mario, por contra, nunca desencadenaría en mí ese estado, su sonrisa es más angelical que diabólica. ¿Verdad? Me lo pregunto en el exacto segundo en que nos miramos, tan próximos que quedamos enganchados.

Somos dos asomándonos a un pozo profundo sin fondo visible.

Entonces, Mario rompe mis esquemas. Me coge una mano y la acerca a sus labios. ¡Dios! Son firmes y húmedos, deseables a más no poder. El estómago me burbujea travieso.

—Espero que volvamos a vernos muy pronto —murmura sin apartar de mí sus intensos iris.

—Antes de otra fiesta de jubilación —musito con desmayo.

—A ser posible, antes de la mía. Me refiero a quedar por nuestra cuenta.

Suelta mi mano y llega el momento de marcharme. Discreta y elegante, como él merece. Asiento, sonrío y acciono la manivela de la puerta. Pero cuando voy a impulsarme lejos de él, me lo pienso mejor, ruedo sobre mi trasero, atrapo su rostro con ambas manos y deposito un tierno beso en la comisura de sus labios.

Diría que se ha quedado patidifuso.

—Sofía. —Me reclama cuando me bajo.

Puede que quiera un segundo beso que, de momento, lo que es hoy, no va a llevarse. Agito la mano por encima de mi cabeza y saco las llaves del bolso.

Atravieso el portal, caliente como un horno abierto, pero encantada con mi ejercicio de autocontrol. Esto no es más que el experimento fruto de una intoxicación etílica, del que mañana renegaré. No necesito más problemas y menos con alguien como Mario, al que aprecio.

Antes me quito la vida cien veces.

Cuando despierto a la mañana siguiente, tengo la sensación de que me ha caído un martillo en la cabeza. Estiro el brazo, busco a tientas el despertador y me horrorizo al comprobar que son las ocho. Me hundo un momento en las almohadas y cierro los ojos.

Ojalá no tuviera hoy la agenda plagada de visitas, ojalá no fuese jueves y Silvia no se empeñase en salir a tomar algo y algo más que algo después, por el centro. Regresan los viejos y vergonzosos tiempos en que me escondía para no cruzarme con Alex. La novedad ahora es ir acompañada de Silvia que maneja información privilegiada o sabe de sobra dónde ahoga las penas su hermano, porque en casi un mes, no me lo he topado ni de lejos.

Voy dando tumbos hasta la cocina y maldiciendo a la parentela del fabricante del ponche, busco una aspirina en el armario y la trago con un vaso de agua. Mi móvil parpadea abandonado

desde anoche sobre la encimera y por un instante fantaseo con que sea Alex que me escribe un SOS desesperado.

Pues no, es Mario. Otro guaperas, otra historia.

«Me has tenido en vela toda la santa noche. Me debes una, doctora. Que tengas el mejor de los días»

Se me dibuja una sonrisa bobalicona en la cara. Las amabilidades, si despiertas con resaca, son muy bienvenidas. Me meto en la ducha mientras reposa la bolsita de té y una hora más tarde, entro como una exhalación, por delante del mostrador de Helen.

—¿Café?

—Aunque suene raro y sin que sirva de precedente, gracias, sí.

—¿Cargado?

—Mucho. Sin azúcar. —Vuelvo a sacar la cabeza del despacho— ¿Tanto se me nota?

Compone un mohín gracioso y agita arriba y abajo el flequillo.

La visita de la señora Peláez, que confiesa haber descubierto su ninfomanía a raíz de la lectura de romántica-erótica, me deja centrifugadas las neuronas. Lleva viuda cinco mil años y no conoce varón al que martirizar, de modo que martiriza a su psicóloga. No sé si el tratamiento que le he aconsejado, irse de picos pardos con las amigas a Torremolinos y ponerse ciega a daiquiris, será muy ortodoxo, pero me la he quitado de encima y ella se marcha feliz como un gorrión con una miga en el pico.

Me alejo del teclado, estiro los brazos por encima de mi cabeza, tiro de las costillas y crezco unos cuantos centímetros, cuando Helen golpea con los nudillos mi puerta y me pide paso.

—Tienes una clienta nueva, acaba de llegar sin cita. Pregunta si la podrías atender.

Tuerzo una ceja.

—¿Te ha dicho de qué va?

—Celopatía —susurra bajito.

—¡Guau! ¿Ella misma se ha definido como celópata? Esto promete, dile que venga a las seis...

—No me has entendido, está ahí fuera, leyendo una revista. Estos son sus datos —me tiende el impreso rutinario que rellenan todos nuestros clientes. Mujer, treinta y un años, Esperanza Gutiérrez.

En fin, suspiro, nada puede ser peor que los sueños mojados de la señora Peláez.

—De acuerdo. Haznos unos cafelitos o caeré muerta dos veces contra la mesa antes de que la pobre salga por esa puerta.

—Volando.

Helen desaparece y yo me concentro en aligerar el aspecto de mi escritorio, retirando expedientes ya trabajados y procurando despejarla de anotaciones y otras zarandajas. Introduzco documentos en una carpeta, hago girar mi silla hacia el mueble archivador y cuando la estoy colocando, oigo a mi espalda entrar a la tal Esperanza.

—Siéntese, en un segundo estoy con usted.

Percibo un pequeño alboroto, tropiezos, no es muy sutil al moverse, que se diga. Pero cuando termino, me yergo, giro y la encaro con una sonrisa, se me congela la cara.

#EncuentrosFatales

—Camila.

Se me seca la garganta, se me apaga la voz.

Ella no parece sorprendida, de lo que deduzco que sabía muy bien a quién visitaba. Sus sagaces ojos negros me revisan con ansia. No debe quedarme un solo músculo en el cuerpo que no se haya encogido. Por Dios, estoy rígida como si me hubiesen vertido hidrógeno líquido por encima.

—Me temo que estoy esperando a una clienta... —empiezo a excusarme.

—Esperanza Gutiérrez —me ayuda con una sonrisa socarrona.

La observo conteniendo el aliento, pero no, no emana violencia ni tintes dementes. De hecho, la noto de lo más serena.

—Supongo que eres tú.

—Si usaba mi nombre real no ibas a querer recibirme.

Sagaz análisis. Yo afianzo los tacones contra el suelo, pretendiendo extraer fuerzas del centro de la tierra.

—Tampoco voy a atenderte con el ficticio. ¿Buscas a Silvia? —aventuro deseando que la respuesta sea un «sí» como la catedral de Burgos.

—No —suelta una risita—, ni mucho menos. Vengo a verte a ti.

La boca del estómago se me retuerce un pelín más. Retornan a mi cerebro sus gritos y golpes tras la puerta del apartamento de Alex, su cara de loca al buscarnos en aquel restaurante, y directamente, me mareo.

—Camila, no sé a qué has venido, pero tú y yo no somos amigas, de modo que no vamos a fingir que nos caemos bien. Estoy en mi lugar de trabajo. Numeritos aquí, ni uno.

Su expresión ahora es de inocente sorpresa.

—No busco peleas, ni discutir, ni pedirte explicaciones por nada.

—Faltaría —la corto tajante—, no sé que tenga que darte.

—Vengo porque necesito ayuda psicológica.

Me recuesto en mi sillón director, a punto de soltar un lamento de alivio. Analizo su lenguaje verbal. Sentada en el borde mismo de la silla, insegura, mirando a la moqueta con las manos escondidas entre las rodillas, no parece peligrosa. Trae los ojos enrojecidos e hinchados, faltos de sueño. De momento puedo fiarme.

—Seguramente no soy la persona indicada para tratarte.

Su plácida y tristona mueca muta a angustia. Se echa sobre la mesa con brusquedad y yo doy un respingo por lo que pueda avecinarse.

—Estropeé mi maravillosa relación con Alex —el término «maravillosa» podía habérselo ahorrado— y sé que fastidiaré cualquier otra que comience, con los dichosos celos —gime—. Tengo que controlar esto, del modo que sea, tengo que controlarlo.

—Y te doy la razón —mantengo la calma—, pero no conmigo.

—No soy una amenaza, Sofía, sé que Alex y tú...

—Estás muy desinformada. Alex y yo no tenemos nada, de hecho, salgo con otra persona —me doy el gusto de fantasear, en mi mente se forma de inmediato un cuadro con la imagen de Mario.

Sin embargo, el goce me dura poco: su gesto contenido de súbita alegría y el destello en sus ojos pardos, me hace arrepentirme de haberle regalado tanta información y tan valiosa. Quizá esta visita no es más que una trampa para tantear el terreno y he caído como una estúpida. Debí echarla nada más asomar la nariz por la puerta.

—Entonces con más motivo —se anima sola. De repente, masca chicle como si triturara mi futuro—, podríamos incluso, no tratar de hacer amistad, eso lo entiendo, sería precipitar las cosas, pero una especie de alianza... Sofía, he sido muy injusta contigo.

—Ah, ¿sí? —me mantengo a salvo, sin implicarme.

A la espera de cuales sean sus razones.

—Te culpé del abandono de Alex cuando en realidad no hay más culpable que él mismo. Y yo. Mis celos terribles. He sido una persona difícil de soportar, ahora lo entiendo, por eso quiero terapia.

—Te recomendaré dos o tres colegas excelentes en su especialidad, que podrán ayudarte. —Cojo bolígrafo y papel—. Hombres y mujeres indistintamente para que puedas elegir con quién te encuentras más a gusto.

—Pero yo preferiría...

—No estoy preparada para atenderte, Camila, lo siento, las celopatías no son mi especialidad. En realidad, estoy especializada en trastornos alimenticios —invento sobre la marcha.

—Bueno, he tenido algún que otro episodio de bulimia que...

—Que no debe ser tratado de forma individual, las manifestaciones del trastorno componen un todo global que debe analizarse y gestionarse unido.

Le tiendo el papel con las anotaciones. Ella duda si aceptarlo o no. Incluso se muerde el labio inferior, aunque reacciona en positivo y lo toma con la punta de los dedos.

La distancia del tiempo transcurrido y el desamor, hacen que no la vea tan exótica. De hecho, lleva bailarinas y tiene los pies como un puñetero *hobbit*.

Jodida Camila, cuántas noches de insomnio me provocaste.

—De acuerdo, no voy a insistir, tampoco quiero incomodarte. —Se pone en pie, tambaleante, y yo la imito marcando las distancias con un rictus rancio en los labios—. Si ya no sales con Alex, te confesaré que pienso reconquistarlo. No ahora, cuando me cure, cuando no sea más un peso muerto.

Siento algo desagradable escalar mi espalda. Es el miedo otra vez, que se agarra a mis entrañas. Una zarpa dolorosa que si vuelve es para quedarse. O eso pretende. No voy a permitirselo.

—Me parece muy bien, haz lo que estimes pertinente. —Articulo cada letra con entereza e indiferencia.

Justo lo contrario a lo que siento.

Se dirige a la puerta y una vez allí, me mira por encima del hombro. Solo entonces, tengo

la sensación de que su sonrisa se vuelve maliciosa. Al quedarme sola me derrumbo contra mi sillón, me pican los ojos, me tapo la boca con la mano y ahogo un gemido de auténtico pánico.

#LaGranEquivocación

Alex

La teoría del siempre falible Víctor, es que me he librado de una buena.

—No le des más vueltas, tío, has hecho lo correcto, mandarla a la mierda.

—No la he mandado a la mierda —le recuerdo en un mugido.

Él menea las manos, condescendiente.

—Ya sabes, es una manera de hablar. No volver a llamarla, ni hacer por verla. Esto está bien.

—¿Por qué será que yo no lo tengo tan claro?

—Porque esa chica se te metió en la entrepierna, porque te has encoñado, por cierto, nunca fue tan rápido con nadie, joder. Pero se pasa. Ya se ha pasado otras veces.

—No era ni parecido.

—Si te empeñas en ver magia y estrellitas de colores, eso será lo que veas. Pero lo cierto es que Sofía es una tía normal, una tía más. Está buena, sí, pero es una bruja manipuladora y posesiva de la misma quinta que Camila.

No respondo. No estoy de acuerdo con casi nada de lo que sale por su boca, pero tampoco tengo energía para discutir con alguien tan testarudo como Víctor.

—Si te digo, hasta peor que Camila, porque a esa al menos la ves venir, esta es una mosquita muerta con cara de ángel que espera a que bajes las defensas y entonces, ¡zas!, hachazo en mitad del cráneo.

—O del corazón.

Como si fuese el hogar de un enjambre de avispas, Víctor abandona el puf donde está desparramado, con la lata de cerveza en la mano. Da un par de vueltas frenéticas por el amplio salón.

—*Joooder*, no te pongas moñas, que en ese plan no hay quien te aguante.

—¡Pues lárgate, coño! —estallo, señalando la puerta. Hemos quedado para ver un partido de fútbol, aunque esto se ha convertido en una jodida pesadilla, una batalla campal donde Víctor ha sacado el único tema marcado como tabú desde hace casi un mes: Sofía—. Se supone que esta era una tarde tranquila de tele y cervezas, no te he pedido que vengas a leerme la cartilla, ya soy mayorcito para saber a qué me enfrento.

—¿Tú te ves? ¿Tú te has mirado al espejo?

—Cada tres días, cuando me afeito —rezongo.

Víctor se deja caer a plomo sobre el saco relleno de bolas diminutas, que adopta la forma

de su cuerpo y lo envuelve.

—Te vas arrastrando por el suelo por culpa de una mujer, cuando tienes cientos haciendo cola con tal de que les bajas las bragas. Hay que ser gilipollas.

—Ninguna de esas que mencionas se le parece ni de lejos. Es otra historia, Víctor, ni sabría explicarte ni me da la gana hacerlo.

—Oh, vaya, hemos naufragado —se burla con voz de teleñeco—, el señor ha decidido que merece la pena morir por una niñata...

Secuestro el mando a distancia y de un gesto brusco, le robo la voz al exaltado comentarista del partido. Giro el cuello y miro a mi amigo con algo muy cercano a la animadversión.

—Quede claro que ya soporté bastante drama con Camila, no necesito más de eso, y que jodidas sean las ganas que tengo de encoñarme con una tía que cojee del mismo pie. La lección la tengo más que aprendida.

—Pues entonces no veo dónde está el problema. Sofía es celosa y posesiva como la que más, ya te lo ha demostrado.

—A Sofía yo la agobiaba, me lo dijo Silvia, debió confesárselo ella misma algún día que ya no me soportaba.

—¿Se sinceró con tu hermana y no contigo?

—Eso parece. Su anterior relación la dejó tocada y entonces llego yo, con follones pendientes, llamándola y queriéndola ver a diario en lugar de concederle tiempo y espacio. No, no es tan posesiva como crees.

—Entonces, explícame si puedes, las escenitas de celos que te montaba y el que no dejase de lanzarte dardos con Camila y otras tías. Porque tú, historial mujeril, tienes un rato. Si la muñequita conociera solo la mitad, se pegaba un tiro en la frente.

—Pues debe de ser rara, coño, rara. De las que dicen sí cuando quieren decir no, de las que se niegan, pero esperan que insistas, se enfadan si no lo haces, y te vuelven loco.

Cardo mi pelo con los dedos. No es por eso únicamente por lo que la niña de los ojos plata me roba la razón y el sosiego, no es solo por eso. Pero todas las emociones que despertó en mí desde la primera noche que la vi, me han explotado en la cara.

—Ahí tienes la respuesta. Mejor lejos que cerca —resume Víctor con aires de sabelotodo.

Con un suspiro, vuelvo a conectar el volumen de la tele y le lanzo a mi amigo el teléfono de casa.

—Marca el tres en memoria y pide unas pizzas. Las tenemos en la mesa en veinte minutos. Yo mientras, aviso a Antonio y que se pase.

No es que me apetezca montar una juerga en casa en mitad de la semana. Es que confío en que la presencia de Antonio calle por fin la inacabable verborrea de Víctor y lo que él entiende por consejos sentimentales.

Ya ves, él, que tiene la vida social de una estatua. Hay que joderse.

También reconozco que me gustaría saber de Sofía, qué hace, cómo está llevando esta separación absurda pero necesaria, cuánto se ha divertido a mi costa... Daría lo que no tengo por saber qué ronda esa linda cabecita. El resentimiento se mezcla con el deseo de volver a tenerla. Someterla y someterme en un disparatado juego de lazos que se aprieten aun en contra de mi voluntad.

Describir lo que siento implicaría admitir que me han pateado el culo, aunque no tengo muy claro quién ha dejado a quién.

Víctor tiene suerte de no haber caído en este bache en toda su vida, de que no haya

llegado la suya. Así y todo, tiene parte de razón. La actitud de Sofía es irracional y opresiva. Exige lo que no da. Me haría sufrir, al final del camino, yo que siempre fui un superficial que se mofaba de las cuitas del amor, me desangraría por ella.

Mejor así, solo y libre ¿verdad?

Ojalá pudiera sacarla de mi pensamiento, de mi corazón y de donde quiera que se haya agazapado ahí en lo profundo. No pidió permiso para colárseme tan adentro.

Pero mi amigo llega al mismo tiempo que las pizzas y la cerveza fría corre que se las pela. El Madrid mete un golazo por la escuadra, Víctor se cabrea, nosotros nos cachondeamos y en cuestión de minutos todo se difumina en una nube parda de indecisión.

Sofía

Necesito airearme. La visita sorpresa de Camila, breve pero espantosa, me ha desequilibrado. Me abochorna reconocer que me intimida. No querría tener a esa mujer cerca ni implicada en mi vida, ni aunque me la cambiasen por oro en pepitas.

Y Alex la lleva fotografiada como una hebra en su ADN. Mientras él no se libre de su influencia, la derramará como vapor que asciende al techo formando volutas y moja a todos los presentes.

Rezo para que mi voz temblorosa no haya traicionado la fachada arrogante y en pleno control de la situación que me he esforzado por aparentar. Cada vez estoy más segura de que ella fingía su apocamiento.

Me despido de todos en el despacho y acudo a una supuesta cita que, desde luego, no existe más que en el baúl de mis excusas. Bajo la calle Larios, atravieso la acera de la Marina en dirección al parque. Pienso hacerles una visita a los patos, al mismo lugar donde me traían mis padres de pequeña, a subirme en el viejo burrito de bronce pulido por tanto frote. Enfilo el último paso de peatones, cuando una potente motocicleta se cruza conmigo a velocidad endiablada.

Ha faltado el flequillo de un calvo para que me lleve por delante. Sin embargo, mi cuerpo no se tensa debido al peligro.

«*Es estúpido*», pienso. «*No morir cruzando una calle debería importarme*», pero tengo un pálpito que se adueña de mis cinco sentidos y no me deja pensar en nada más. Giro la cabeza en todas las direcciones posibles, aún a riesgo de descoyuntarme el cuello. Y lo hago buscando la matrícula de la moto que ha estado a pique de acabar con mi vida, porque sé a ciencia cierta que es él. Alex. El atrevido ronroneo salvaje del motor de su Harley a la que ama como a algo vivo. Entonces lo leo: SEA.

Nuestros nombres entrelazados sobre sus ruedas, devorando kilómetros, como él quería. ¿Habremos dejado de ser nosotros para ser de nuevo, simplemente, el mar vacío? Pronto retomará su rutina, igual que yo, en una dirección que nos aleja de forma inexorable.

Es terrible recrearse en lo que pudo ser y no fue. Momentos equivocados, almas todavía sucias, falta de hueco para amores nuevos. Sufro. Porque allá donde voy, parezco llevar tatuado su recuerdo. Y no es justo, es cruel, no fue más que un esbozo de relación, algo apenas comenzado. A ver si va a tener razón Ximena, y cuando por casualidad te topas con esa otra mitad de tu alma, te perfora las venas, te contamina y ya no hay escapatoria.

Me enjugo un par de lágrimas rebeldes que ruedan mejilla abajo. Qué gusto. Solo me ven los patos, puedo hacer el ridículo y lloriquear cuanto quiera.

Es posible, solo posible, que Alex fuera la pieza que siempre parece faltar en mi felicidad, pero nos conocimos en un mal momento, en el peor. No supimos hacer del otro nada mejor que una relación peldaño y por eso nos hundimos.

El nuestro fue un naufragio anunciado con carteles de neón, que ninguno de los dos quiso ver.

Continuará...

Y la 4ª entrega llega...

¡El 5 de marzo!

Ya en PREVENTA toda la serie de Sofía

Por favor, no olvides dejar tu valoración por estrellas o un breve comentario o recomendación. No imaginas lo mucho que ayudas a mi trabajo con algo tan sencillo.

Sígueme en Amazon Author Serendipia Stark

Pinchando este enlace:

<https://www.amazon.com/author/serendipiastark>

O usando este código QR:



SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue GRATIS el precioso BOOK JOURNAL 2025 que he creado para ti.

Pincha este enlace y deja tu correo electrónico:

<http://subscribepage.io/np9cTD>

Mis lectoras son... Regencias

**Y si quieres novelas románticas históricas, me
convierto en
Lady Seren.**

Mira lo que tengo:

Lady Seren

(Serendipia Stark)



TUS SECRETOS Y LOS MÍOS

Lady Seren

(Serendipia Stark)



LIBERTINA VENECIANA



<https://mybook.to/tussecretosylosmios>

<https://mybook.to/libertinaveneciana>

Lady Seren

(Serendipia Stark)



ALMA ROTA

Lady Seren

(Serendipia Stark)



DELICIOSO GRANUJA



<https://mybook.to/almarota>

<https://mybook.to/deliciosogranuja>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Guante de seda»

Serie «Las Ladies»



<https://mybook.to/marquesladrona>

<https://mybook.to/suenoparaunadama>



<https://mybook.to/jaquecaballero>

<https://mybook.to/deseosdemilord>



<https://mybook.to/profeciaparamilady>

<https://mybook.to/condemeroy>

**KINDLE
UNLIMITED**

Serie «Calle de Madrid»



<https://mybook.to/hijamarques>



<https://mybook.to/nosotrosbajoestrellas>

NOTA: Esta serie aún no está completa.
Faltan por publicar 2 entregas

**KINDLE
UNLIMITED**